

ZULIA

PARAÍSO DE MIL CARAS

Antonio Pérez Esclarín





ZULIA: PARAÍSO DE MIL CARAS

Antonio Pérez Esclarín

Antonio Pérez Esclarín
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2025.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798293142330
Depósito Legal: ZU2025000190

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

PÓRTICO

Zulia, tierra bendita, llena de encantos y riquezas, con un inmenso corazón de agua que es su lago majestuoso. Coquivacoa lo llamaron los primeros habitantes: larga canción musical en los labios de las palmeras, el viento y el agua.

El lago de Maracaibo, que es el más grande y rico de América del Sur, es un asombroso milagro de la naturaleza. Tiene una superficie de 14 mil kilómetros cuadrados (más de la cuarta parte del total de la extensión del Zulia), una longitud de norte a sur de 155 kms, su anchura máxima alcanza los 115 kilómetros, y su mayor profundidad es de 35 metros.

Al lago de Maracaibo fluye la mayor parte de las aguas de los Andes venezolanos. Más de cincuenta ríos bajan bramando de las tierras montañosas y encuentran descanso en la placidez de las aguas del lago. Entre ellos, el Apón, el Chama, el Escalante, el Motatán, el Palmar, el Limón, el Santa Ana y el Catatumbo, que ilumina las noches zulianas con el espectáculo, único en el mundo, de sus increíbles relámpagos.

Durante generaciones, las aguas transparentes y limpias del lago calmaron la sed y el hambre -pues eran muy ricas en diferentes variedades de pescado-, de los habitantes que vivían en sus orillas, y fueron anchos caminos para el viaje, el comercio y la aventura. En 1922, con la explotación petrolera, el lago de Maracaibo es la fuente principal de los recursos de Venezuela. De sus entrañas y riberas se han sacado y se siguen sacando torrentes de petróleo que posibilitaron la modernización y el

progreso de Venezuela para poner en marcha el desarrollo moderno.

Pero el Zulia no es sólo petróleo. Es también el Estado de mayor producción carbonífera, petroquímica y ganadera de Venezuela. En las riberas del lago están también las tierras más fértiles del país: “En la cuenca del lago de Maracaibo tiras un clavo y nace un riel”, se solía decir para significar de este modo su asombrosa fecundidad. De hecho, el Zulia es pionero en la producción de carne de res, aves, huevos, leche, quesos y plátanos. Es también productor importante de palma africana, hortalizas, verduras y frutas, en especial, yuca, tomate, pimentón, ají dulce, berenjenas, cebollín y cilantro, uvas, guayabas, nísperos, patillas, melones, limones, lechosas, cacao, aguacates, y cocos. No en vano a las tierras benditas de las riberas del lago se les ha llamado “El granero de Venezuela”.

El Zulia es también un Estado de inmensas potencialidades turísticas. A parte del lago, que es un enorme poema, está Maracaibo, la segunda ciudad de Venezuela, llena de encantos y contrastes, que se recuesta en las orillas del agua y galopa incansable sobre inmensas sabanas apedreadas por un sol implacable. A pesar de su clima supercálido, Maracaibo encierra en su nombre misterioso todos los secretos del embrujo amoroso. Hembra colosal, Maracaibo enamora y seduce a quien se acerca a sus orillas. Por ello, todo el que llega a Maracaibo termina por quedarse, y no hay nada más triste y desvalido que un maracucho lejos de su tierra. En vano buscará el que no ama, razones del amor. El amor no se explica: se siente, se vive. La gente no

tiene razones para quedarse en Maracaibo. Tiene latidos, respuestas de amor.

Además de Maracaibo y el lago, el Zulia cuenta con nueve islas (San Carlos, Zapara, Toas, Pescaderos, Capitán Chico, Providencia, Pájaros, Barboza y Zaparita o Nueva Zapara), pueblos y ciudades encantadores, playas infinitas de finas arenas y aguas cristalinas en las costas del Golfo de Venezuela, ríos majestuosos, lagunas asombrosas, tierras ardientes como La Guajira sobre la que cabalga un viento indómito y crecen impávidos los cardones, inmensos pastizales cargados de vacas y de garzas, zonas de lujuriente vegetación, ciénagas y bosques apretados...; y si en general, El Zulia es un Estado llano, el pico Mana-Tará de la Sierra de Perijá, lugar sagrado de los indígenas yukpa, levanta su colosal cabeza de piedra hasta casi los tres mil metros de altura.

Crisol de razas y de pueblos, el Zulia es también el Estado que cuenta con la mayor población indígena de Venezuela. Ellos nos legaron sus costumbres, tradiciones y cultura, que cada día se hace presente en las mesas zulianas en las crujientes arepas, en las cachapas, en la yuca, jojotos, bollitos, hallacas y chichas. Indígenas son también las maracas, las canoas, numerosos nombres de lugares y pueblos, los chinchorros y hamacas en que descansamos, la importancia que le damos a los sueños... El aporte de los africanos se conserva, entre otras cosas, en la rica variedad de platos cocinados a base de leche de coco, y sigue sonando vigoroso en la voz multitudinaria de sus tambores que, con motivo de las fiestas de San Benito, convierten las calles en anchos ríos de música y fiesta. Por todo esto, la mayor riqueza del Zulia

somos los zulianos, de una gran variedad étnica y cultural, pueblo trabajador, vivo, alegre y jovial, que enseguida brinda al visitante, junto con su sonrisa y su mano generosa, la calidez de su enorme corazón.

1.- LEYENDA DEL ORIGEN DEL NOMBRE DEL ZULIA

Lo que hoy conocemos como Estado Zulia tiene sus orígenes en la Provincia de Maracaibo que, en tiempos coloniales, ocupaba una extensión mucho más amplia que la actual. En 1622, la Provincia de Maracaibo comprendía los actuales Estados Zulia, Táchira, Trujillo, Mérida, Barinas y Apure y una parte importante del actual territorio colombiano. Sucesivas divisiones y cambios territoriales irán reduciendo la extensión de la Provincia de Maracaibo que, sin embargo, siempre se asociará con toda la amplia cuenca del lago y por ello comprenderá gran parte de las regiones andinas. El Zulia, como unidad político territorial, aparece por vez primera en 1824. Para esa fecha, Venezuela era una parte de La Gran Colombia, y estaba dividida en tres departamentos: Departamento del Orinoco, capital Cumaná, con las Provincias de Cumaná, Barcelona, Guayana y Margarita; Departamento de Venezuela, capital Caracas, con las Provincias de Caracas y Barinas; y Departamento del Zulia, capital Maracaibo, con las Provincias de Maracaibo, Trujillo, Mérida y Coro. Tras la ruptura de la Gran Colombia en 1830 y la supresión de los Departamentos, desaparece el nombre de Zulia y de nuevo vuelve a hablarse de Provincia de Maracaibo. Hasta que, en 1864, se crean los Estados, en lugar de las provincias, y desde ese día el nuestro será bautizado como Estado Zulia. La palabra Zulia es de origen guaraní y significa

“río de aguas turbulentas”. No hay duda alguna que nuestro Estado tomó el nombre precisamente del río Zulia, que nace en las tierras colombianas del Páramo de Cachirí y, tras verter sus aguas en el Catatumbo, desemboca en el lago de Maracaibo.

Hay una leyenda muy bella que nos cuenta el origen del nombre del río y, por consiguiente, del Estado Zulia:

Un día, Guaimaral, hijo del cacique Mara, que vivía con su padre en un poblado a las orillas del lago, decidió emprender un largo viaje para librarse de la honda e inexplicable tristeza que se había apoderado de su corazón.

- Padre, mi corazón sigue triste -le dijo Guaimaral a Mara al despedirse-, por mucho que la busco, no encuentro la alegría. Voy a emprender un largo viaje por las tierras donde nacen los grandes ríos que alimentan nuestro lago. Quiero sentir en mis manos y en mi rostro el agua fresca de las grandes montañas. Quiero lavar mis tristezas con semillas de nieve. Guaimaral navegó hacia el sur, se internó por la boca del río Catatumbo, y llegó a las tierras del Cacique Cúcuta, donde fue muy bien recibido. Muy pronto, Guaimaral se enamoró de una de las hijas del cacique Cúcuta y, con el amor, volvió a latirle en el pecho la alegría. Unos meses más tarde, celebraron el matrimonio con gran solemnidad. Sin embargo, la felicidad de Guaimaral duró muy poco, pues en breve tiempo murió su esposa.

Carcomido por una tristeza todavía más honda, Guaimaral decidió proseguir su viaje hacia las montañas. De nada sirvieron los ruegos del cacique Cúcuta, que le pedía se quedara con ellos:

- Hijo, quédate con nosotros. Tengo otras hijas. alguna de ellas volverá a hacer sonreír tu corazón. No te vayas, no nos abandones.

- Gracias, Gran Cacique Cúcuta, muchas gracias -le contestó Guaimaral-, pero tengo que irme. Aunque quisiera quedarme, no podría. Siento dentro de mí una fuerza irresistible que

empuja mis pasos. Es como si un espíritu desconocido me llamara desde lejos con su voz imperiosa e imposible de desoir. Me voy, muchas gracias por todo.

Remontando el río, siempre en busca de las raíces del agua, Guaimaral llegó a tierras del Cacique Cínera, que vivía en compañía de su hija Zulia. Tan sólo verla, Guaimaral quedó locamente enamorado y comprendió que era ella quien lo había llevado hasta allá con una fuerza extraña e irresistible.

El amor entre Zulia y Guaimaral fue una hoguera que crecía y se alimentaba de su propio fuego. Se casaron, y en el corazón de Guaimaral, la felicidad ocupó el lugar de las viejas tristezas. Su vida se convirtió en un continuo y renovado florecer de alegrías. Hasta que, un día, llegaron unos hombres extraños, de piel pálida y enfermiza, que venían sembrando torrentes de muerte con sus armas de fuego. Los tambores y cuernos indígenas llamaron a combate. Hombres y mujeres pelearon valientemente en defensa de sus tierras y de sus propiedades. Zulia sobresalía entre todos con un valor tan increíble que comunicaba fuerza a sus compañeros. Hasta que el disparo de un arcabuz le arrancó de cuajo esa vida tan llena de belleza y valentía.

Loco de dolor por la muerte de la esposa, Guaimaral se montó en una canoa y emprendió su tortuoso viaje de regreso. Con sus gritos lastimeros iba bautizando el cauce del río:

- ¡Zulia, Zulia, Zulia...!

2.- LOS PRIMEROS HABITANTES

Se calcula que fue hacia el siglo X o XI de nuestra era, es decir, hace unos mil años, que llegó a las tierras de la cuenca del lago una oleada de indígenas de raza arawaca, provenientes del Amazonas. De ellos descienden los actuales guajiros y paraujanos. Años después, llegaron los caribes, raza indómita y guerrera, que habían alcanzado un notable desarrollo en el cultivo y uso del algodón, con el que fabricaban sus vestidos y hamacas y chinchorros. De ellos provienen los actuales yukpa. De las planicies de Colombia y mesetas de Bogotá, subieron también los chibchas, raíz de nuestros actuales barí o motilones. Son escasos los datos que tenemos de los primeros habitantes de nuestra región, y no son muy objetivos, pues se los debemos a los conquistadores y cronistas que, incapaces de verlos como sus semejantes, exageraron los aspectos negativos y los consideraron primitivos, inferiores y salvajes, con lo que justificaron en cierto modo su explotación y exterminio. Los primeros cronistas dividieron en dos grandes grupos a los indígenas de la región: los que vivían en el agua, es decir, en palafitos; y los indígenas de tierra. A los primeros los llamaron indistintamente Onotos, Toas, Zaparas, Alcoholados, Aliles y Sinamaicas. Los Toas y Zaparas vivían en la entrada del lago y su nombre ha sobrevivido en el de las islas Toas y Zapara. La palabra Toas es de origen guaraní y significa negrura. Parece ser que este nombre se debió a la abundancia

de carbón que había en la isla. Zapara significa “lo que atraviesa al mar”, y se refiere a la situación de la isla de Zapara en la mitad de la entrada del Golfo.

A todos ellos los llamaron los conquistadores indistintamente Onotos y Alcoholados por la costumbre que tenían de pintarse la cara y alrededor de los ojos. El onoto o bija es una planta de cuyas semillas se obtiene una sustancia roja que todavía hoy utilizan muchos indígenas para pintarse. En cuanto a la palabra alcohol, además de significar ese líquido de uso medicinal, significa también “polvo negro que se utiliza para pintarse los ojos y los párpados”.

Estos indígenas eran muy valientes y se opusieron con todo coraje a la conquista por los europeos de sus tierras.

Entre los indígenas que vivían en tierra, los historiadores y cronistas mencionan a los Guajiros, los Caquetíos, los Bobures, los Tansares, los Kirikires, los motilones, los Chaques, los Coanas y los Macoas. Pueblo indómito y libre como el viento, los Guajiros, que vivían en la parte semidesértica noroccidental, sobrevivieron a los acosos de los conquistadores y son hoy el pueblo más numeroso de indígenas en Venezuela. De ellos hablaremos con detalle más adelante. Los Caquetíos, pueblo noble y leal, habitaban en la parte nororiental, pues se habían extendido por todo el territorio que hoy ocupa el Estado Falcón. A la llegada de los españoles, los gobernaba un gran cacique, Manaure, que hizo un pacto de amistad con el conquistador español Juan de Ampíes.

Los Tansares habitaban la región que hoy ocupa la

ciudad de Maracaibo, San Francisco, La Concepción y La Cañada. Posiblemente, el cacique Maracaibo, al que le debemos el nombre de nuestra capital, pertenecía a este grupo.

Las tierras del sur del lago eran habitadas por los Bobures y los Kirikires. Los Bobures eran pacíficos y amables. Su nombre significa “pies”, lo que ha llevado a pensar que eran excelentes caminantes o muy veloces. Posiblemente, estaban emparentados con los actuales Barí o Motilones, a los que todavía les encanta competir en carreras. Además, a los Bobures algunos cronistas los llamaron “Coronados”, porque acostumbraban cortarse el pelo en forma de corona, a semejanza de los frailes, y los Barí fueron llamados Motilones por su costumbre de “motilarse” o cortarse el pelo como los capuchinos.

Excelentes navegantes de los ríos y aguas del lago, los Kirikires opusieron también una tenaz resistencia. Su nombre proviene de la palabra caribe “Kire”, que significa “hombre”.

En el occidente del Estado, habitaban los Coanas, los Chaques y los Macoas, que posiblemente son los antecesores de los actuales indígenas Yukpa.

Como no es mucho lo que podemos decir con certeza de todos estos indígenas, preferimos no abundar en más detalles sobre ellos y detenernos a presentar con amplitud a los actuales grupos indígenas que hoy comparten con nosotros la zulianidad.

2.1.- Indígenas Zulianos hoy: Guajiros, Paraujanos, Yukpa y Barí o Motilones¹.

2.1.1.- Los Guajiros

Los guajiros son el grupo más numeroso de indígenas venezolanos. Viven en la Península de la Guajira que, si bien históricamente perteneció a Venezuela, hoy sólo una décima parte de dicha península es territorio venezolano siendo el resto de Colombia.

La población total de los guajiros se estima en unos 170.000 individuos. Son de raza arawaca y ellos se denominan “WAYUU” que significa “NOSOTROS” o “GENTE”. A todos los que no somos indígenas nos llaman “ALIJUNA” que significa “EXTRANJEROS”.

La sed de La Guajira

Azotada por los vientos alisios que arrastran las nubes, la Península de La Guajira es una zona semidesértica, y su gran problema es la falta de agua. Durante nueve meses reina una gran sequía, y en esta época los guajiros se surten de agua en casimbas y jagüeyes o pozos que cavan en el piso. Suele llover en los meses de septiembre a noviembre. Los guajiros esperan con ansiedad estos meses para sembrar sus semillas de maíz, frijoles, patillas, melones... Pero algunos años ni siquiera llueve en estos meses o no llueve lo suficiente, y entonces la

1Algunos de los elementos culturales que desarrollo a continuación se han extinguido o están en proceso de extinción, dados los niveles de “criollización” de las poblaciones indígenas..

sed y el hambre persiguen a los guajiros. No tienen más remedio que abandonar sus tierras y buscar otras menos castigadas por la sequía. Por ello, muchos guajiros han dejado sus tierras y se han ido a vivir a las ciudades (Paraguaipoa, Maracaibo...), o a las haciendas de Perijá y Sur del Lago, donde trabajan, las mujeres fundamentalmente dedicadas al comercio, y los hombres en la construcción y el trabajo agrícola. De hecho, se calcula que una quinta parte de la población total de los guajiros vive ya en los barrios de Maracaibo.

Sin embargo, fue la sequedad de sus tierras y el carácter rebelde de los guajiros los que impidieron su desaparición o la total asimilación por los criollos. Los españoles nunca pudieron dominar a los guajiros y éstos siempre mantuvieron una gran independencia y orgullo racial.

Durante la colonia, los guajiros, que eran nómadas, se fueron convirtiendo en pastores y ganaderos. Las primeras cabezas de ganado las obtuvieron cambiándoselas a los españoles por perlas. Después, aumentaron su ganadería mediante asaltos a las haciendas de los españoles. Desde este momento, el guajiro mide la riqueza de las personas por la cantidad de cabezas de ganado que posea.

Los clanes

La Sociedad Guajira está dividida en clanes matrilineales; es decir, en grupos de parientes por la línea materna, pues, para el guajiro, sólo son parientes de uno los familiares de la madre. Así, para un niño guajiro, el defensor y representante legal no es su padre, sino el hermano mayor de su madre, es decir, su tío materno.

Por eso, los niños guajiros pasan con su madre los primeros años de su vida y luego van a depender de su tío materno, o sea del hermano mayor de su madre, del cual serán herederos cuando muera.

Se calcula que en La Guajira hay como 30 clanes diferentes. Cada uno de ellos se asocia con un animal. Los diez clanes más importantes, junto con sus animales distintivos, son los siguientes:

Los Urianas con el tigre;
Los Pusháinas con el báquiro;
Los Epinayúes con el venado;
Los Epieyúes con el buitre;
Los Ipuanas con el halcón;
Los Arpushianas con el zamuro;
Los Jusayúes con la culebra cascabel;
Los Sapuanas con el alcarabán;
Los Jayayiús con el perro;
Los Hualiyús con la perdiz.

Según los mitos guajiros, los clanes fueron creados por el propio Maleiwa (DIOS).

Vivienda

La vivienda típica guajira está hecha con varillas de YOTOJORO, el corazón seco del cardón. Por lo general, consta de tres partes: la cocina, el dormitorio y, entre ellos, separándolos y uniéndolos, una enramada, que es un techo sostenido por cuatro o más puntales, sin paredes, siempre en dirección al viento, que resulta por ello un lugar fresco y muy aireado. Allí reciben a las visitas, descansan la siesta y tejen sus bellísimas hamacas y tapices de un colorido muy vivo.

Junto a la vivienda, suele haber uno o varios corrales, con cercas de cactus, para sus ovejas y cabras.

Vestido

En cuanto a su forma de vestir, si bien el hombre prácticamente ha abandonado el típico guayuco, las mujeres siguen vistiendo con orgullo y elegancia sus hermosas y coloridas mantas. La manta es de origen español, pero las guajiras la asimilaron muy pronto y la convirtieron en un elemento cultural propio.

Las mujeres adornan sus cuellos, tobillos y muñecas con distintos collares y brazaletes. Calzan unas sandalias con una gran borla de algodón o lana en el empeine. Para protegerse del sol, se pintan el rostro con una mezcla de esporas de hongos, nuez silvestre y grasa. También, sobre todo en las fiestas, se suelen pintar el rostro con dibujos artísticos.

El blanqueo

Antes de poderse casar, la muchacha guajira debe pasar por un período de encierro, conocido también como blanqueo. A la llegada de la primera sangre menstrual, se le corta el cabello al rape a la muchacha y, vestida únicamente con su manta o totalmente desnuda y descalza, la acuestan en una hamaca y la levantan hacia lo alto. Así pasará tres días de riguroso ayuno, con los ojos clavados en el techo, para que su cuerpo bote las maldades de su niñez, y oyendo los cantos que algún familiar entona para ella. A los tres días, por la madrugada, la sacan de la hamaca, la bañan con agua fría y la hermosean. Le dan a comer mazamorra de maíz y el zumo de algunas plantas especiales, dieta que debe continuar por algún

tiempo para que engorde. Y entonces comienza un largo encierro en una pequeña habitación donde no entra ningún hombre. La muchacha no puede salir de allí, debe hablar en voz baja, y su madre, tías o primas le van enseñando a hilar, tejer, y demás oficios del hogar durante meses o incluso años, según la posición social de la joven encerrada.

Una fiesta con el baile de la chicha maya o “YONNA” señala el fin del encierro de la muchacha guajira que ya es una “MAJAYURA” (señorita), que puede ser pretendida en matrimonio. Como en todas las fiestas guajiras, se consumen grandes trozos de carne asada y corre abundante el CHIRRINCHE o licor. Para bailar la Yonna forman un círculo, sale al centro un hombre e invita a salir a una mujer. La guajira se esfuerza moviendo ágilmente sus pies por pisar al hombre y tumbarlo, y éste tiene que poner toda su habilidad en evitar que lo tumben. Cada vez que la mujer logra su intento los espectadores ríen y festejan el hecho, y una nueva pareja sale al ruedo.

El baile de la cabrita

El otro baile característico de los guajiros, aunque hoy casi ha desaparecido, es el baile de la cabrita. Este baile siempre tiene lugar después de la época de lluvias, y es una ocasión especial para prestarse ayuda en las tareas agrícolas de limpieza del conuco. El que necesita peones para limpiar un terreno, invita a un baile de la cabrita, y se encarga de proveer de comida y bebida abundantes a los que van a participar. Durante el día trabajan, y en la noche se prende la fiesta. Organizan una gran variedad de juegos y representaciones teatrales que consisten, sobre

todo, en imitar las acciones y gestos de animales, o los fenómenos de la naturaleza como la lluvia, la tormenta, etc.

El matrimonio

El matrimonio guajiro establece que el novio, para poderse casar, debe pagar (DOTE) una determinada cantidad de cabezas de ganado y collares (hoy día se ha impuesto la costumbre de pagar también en dinero), a la familia de la novia.

Cuando un guajiro pretende a una muchacha, lo comunica a su tío materno, y éste -o algún otro que el tío señale- va a ofrecer un regalo a la familia de la pretendida. La aceptación del regalo supone la aceptación del novio por parte de la familia de la muchacha, y enseguida se fija la cantidad a pagar: si la muchacha es pobre, pueden bastar unos pocos chivos; si es rica, el pago puede elevarse a cientos de vacas o millones de bolívares.

En el pago de la novia, deben colaborar los familiares del clan del novio; de este modo los parientes toman parte activa en hacer posible el matrimonio.

Si la esposa es infiel al marido, éste exige que se le devuelva lo que pagó por ella. El esposo ofendido recibe además, compensación de los parientes de su mujer por sus sentimientos lastimados.

Es evidente, según lo que acabamos de decir, que no es exactamente que los guajiros “VENDEN” a sus hijas, o que en La Guajira “SE COMPRAN” mujeres, como muchos dicen. Esta costumbre guajira del pago tiene, más bien, un sentido muy bello y profundo. En primer lugar, el novio demuestra que realmente aprecia a la muchacha y lo demuestra con

hechos. En segundo lugar, es una forma de que todo el clan del novio participe en el matrimonio, pues deben ayudar al novio a recoger la paga; y tercero, es un medio de asegurarse la fidelidad de la esposa, ya que si ella es infiel, la familia debe devolver lo que se pagó por ella más una cantidad por la ofensa de la infidelidad.

La ley guajira

La ley guajira exige que se paguen los problemas ocasionados, y todo derramamiento de sangre. Para el guajiro, la sangre es el lazo de unión de la familia, y su derramamiento supone una ruptura de dicho lazo y, por ello, toda la familia está obligada a exigir una satisfacción.

Es tan exigente esta ley, que se deben pagar no sólo las heridas voluntarias, sino también las involuntarias -por ejemplo, las que uno ocasiona a otro jugando-, e incluso se deben pagar las que uno se hace a sí mismo sin querer.

Del mismo modo, hasta los suicidios deben ser pagados por aquellos que directa o indirectamente ocasionaron que la víctima tomara tal decisión.

En caso de heridas graves y, por supuesto, de muertes, la compensación exigida puede llegar a cientos de cabezas de ganado o millones de bolívares, de acuerdo a la importancia social del ofendido. Por lo general, primero intentan llegar a un acuerdo por las buenas. Para ello, el clan del ofendido envía a un palabrero que discute con el clan del ofensor el precio a pagar por la ofensa. Si se aceptan por las buenas las condiciones del pago, éste se suele realizar en dos partes. Mientras no se cobra la segunda, se

mantiene la enemistad, y si algún miembro de uno de estos clanes se encuentra con otro del clan rival, tienen obligación de darse la espalda sin dirigirse la palabra. Con el pago de la segunda parte, las relaciones vuelven a la normalidad y la ofensa se considera totalmente pagada.

De no llegarse a un acuerdo por las buenas, el clan ofendido tiene el deber de cobrar violentamente la ofensa, causando un daño semejante al que se le hizo a ellos. De este modo, la muerte sólo podrá pagarse con otra muerte. En estas ocasiones, La Guajira arde bajo la violencia.

Entierro guajiro

Cuando muere un guajiro, los parientes lavan el cuerpo del difunto, lo visten con su mejor traje y lo adornan con sus joyas y objetos queridos. Lo envuelven con una sábana o cobija y lo colocan en una hamaca. Empieza entonces el velorio, donde las mujeres, con el rostro cubierto con unos mantos, se alternan para llorar al muerto con una especie de quejido largo y triste que repiten con ritmo lastimero. Mientras tanto, los familiares del muerto matan varias cabezas de ganado y reparten la carne, junto con abundante licor, entre todos los presentes. El resto del ganado del muerto se repartirá, terminado el entierro, entre los asistentes al velorio.

Las ceremonias del velorio duran varios días -de acuerdo a la posición social del difunto- y, terminadas estas, entierran al muerto.

Pasados unos años de este entierro, los restos del muerto son desenterrados un amanecer; una mujer va limpiando bien los huesos, los coloca en una

sábana, después en un chinchorro donde son velados de nuevo como la primera vez. Terminado el velorio los depositan en una tumba nueva.

Cuando han transcurrido muchos años después de este segundo entierro, se hace el tercer velorio, donde se agrupan en una tinaja los restos de la familia y son enterrados en el cementerio del clan.

La vida después de la muerte

Al morir, los guajiros van a Jepira, “la tierra de los indios muertos”. Jepira es una península montañosa y desierta al noroeste de La Guajira Colombiana.

En Jepira, los muertos se transforman en “YOLUJA”, o “espíritus de los muertos”. Estos suelen hacer cortas visitas a los vivos para inquietarlos. Se les suele encontrar al amanecer o al atardecer, mudos, como borrachos. Sin embargo, el modo más directo que tienen los Yoluja de comunicarse con los vivos es a través de los sueños. Si uno sueña con un muerto, si le habla, esto significa que el alma se ha encontrado con un Yoluja que andaba vagando por ahí.

En Jepira, los Yoluja vuelven a morir y se transforman en JUYA (lluvia), o en WANULU (espíritu portador de enfermedades y muerte). Para los guajiros la lluvia no es otra cosa que los guajiros muertos en otro tiempo. Por eso, cuando va a llover, se sueña con los muertos y las lluvias vienen siempre de Jepira.

De este modo, transformados en Juya o en Wanulu, los guajiros muertos regresan de nuevo a la tierra como portadores de vida o de enfermedades.

2.1.2.-Los Paraujanos

Los paraujanos son un grupo de indígenas zulianos que, junto con los guajiros, pertenecen al grupo lingüístico arawaco. Los paraujanos viven en palafitos o viviendas construidas sobre el agua. Sus principales poblados están contruidos en la Laguna de Sinamaica (El Barro, Boca de Caño, y Sinamaica) y en el Lago de Maracaibo (Barrio Nazaret en el Moján y Santa Rosa de Agua en Maracaibo). Su auténtico y original nombre es añú, que significa personas o gente.

La población actual de los paraujanos se calcula en unas 20.000 personas. Si bien la lengua paraujana estaba prácticamente extinguida pues sólo la hablaban unos pocos ancianos, hoy se están haciendo esfuerzos por recuperarla y mantenerla.

Los actuales paraujanos son los descendientes de los grupos indígenas que los conquistadores encontraron sobre el Lago de Maracaibo y Laguna de Sinamaica y que, como ya dijimos, llamaron Onotos, Alcoholados, Aliles, Sinamaicas, Toas y Zaparas. Estos indígenas, antepasados de los actuales paraujanos, eran muy valientes y se opusieron con todo coraje a la conquista por los europeos de sus territorios.

El palafito

El elemento más característico de la cultura paraujana es el palafito, vivienda construida sobre el agua y sostenida por estacas que hunden en ella. Los paraujanos construyen sus palafitos con madera de mangle, techos y paredes de enea. El mangle es un árbol de la América tropical, de tres o cuatro

metros de altura, que vive en las orillas inundadas y fangosas de los mares y estuarios tropicales. Es típico del mangle el tener sus raíces levantadas y muchas de ellas son aéreas. La enea o anea es una especie de hierba alta que crece también en terrenos muy anegados y se utiliza para hacer cestos y esteras. La comunicación entre los distintos palafitos la hacen los paraujanos mediante pequeños cayucos o canoas y entre los más cercanos o entre algunos palafitos y la tierra existen rústicas pasarelas a manera de puentes. El piso del palafito está cubierto generalmente con esteras o cueros de res y de venado para impedir la entrada de viento por entre las varillas de mangle de que está hecho el piso.

Las casas son, por lo general, muy pequeñas y se componen de un recinto que sirve de vivienda, almacén y dormitorio para toda la familia y otro más pequeño, generalmente abierto, que sirve de cocina. El fogón está formado por un montón de tierra y unas piedras sobre las que cocinan. El piso del palafito se encuentra aproximadamente a 1,20 metros sobre el nivel del agua, y toda su estructura pretende imitar al mangle. Parece ser que esta singular manera de construir obedece a la necesidad de protegerse de las fieras y serpientes y también de la plaga de mosquitos que brota en verdaderas oleadas de los manglares cercanos, pero que la brisa del lago los ahuyenta.

Algunos criollos del Zulia han adoptado este tipo de viviendas y han construido así pueblos como San Timoteo, Lagunillas, Boca del Zulia, Ceuta, Congo y otros.

Pesca y caza

Los paraujanos viven fundamentalmente de la pesca y son por esencia pescadores. De hecho, parauja significa en guajiro hombre de mar o pescador.

Los guajiros suelen llamarles también “come-pescado”, designación que en la mentalidad del guajiro, que se considera ganadero y por ello “comedor de carne”, tiene claras intenciones de desprecio. Los paraujanos comen, además de pescado, plátanos que compran a los criollos. Más raramente, carne, maíz y algunas legumbres. En situaciones de escasez, sequía y hambre, los paraujanos debieron recurrir a la enea, de cuya raíz machacada elaboraban una especie de arepas que llamaban arepas de taque.

Antiguamente, los paraujanos utilizaban un método muy hábil para cazar patos salvajes, hoy ya prácticamente en desuso: Dejaban siempre flotando en el agua alrededor de sus viviendas calabazas vacías para que los patos, acostumbrados a su vista, no se asustaran. Cuando querían comer patos, el cazador paraujano metía la cabeza en una calabaza con huecos que le permitían ver sin ser visto, y de pie, con todo el cuerpo cubierto por el agua, se acercaba lentamente a las aves; cuando las tenía a su alcance, las agarraba por las patas y las sumergía con tanta rapidez que no tenía tiempo de gritar ni de hacer ningún movimiento que pudiera advertir a las otras del peligro que corrían. El paraujano amarraba en su cintura las que iba agarrando y se retiraba cuando ya tenía una buena cantidad.

Esta caza silenciosa tiene el mérito de no asustar a las presas y de poderse repetir con éxito sin costo alguno.

Trabajo y costumbres

Después de la pesca, la actividad más característica de los paraujanos es el trabajo del mangle y la enea. Antes se utilizaba mucho la corteza, hojas y semillas del mangle para curtir las pieles. Hoy, las varas de mangle se utilizan sobre todo para los armazones en la construcción de edificios.

Con la enea, elaboran cestos, esteras, sombreros y otros objetos de artesanía.

En cuanto a las costumbres, si bien los paraujanos siguen aferrados a sus palafitos, sus canoas y la pesca, en todo lo demás han adoptado las costumbres de los criollos o de los guajiros. Parece ser que antes, al igual que los guajiros, observaban la costumbre de encerrar a las muchachas, al entrar en el período de la pubertad, para luego ofrecerlas en matrimonio. También tenían la costumbre de pintarse la cara desde las cejas hasta la punta de la nariz para protegerse del sol. Pero estas costumbres y otras típicas, lo mismo que el guayuco que era el vestido típico de los paraujanos, han sido totalmente abandonadas.

Paraujanos y decimistas

Los paraujanos son excelentes poetas populares. Con sus décimas expresan su vida, sus dolores, sus amores, sus problemas. La décima, como su nombre indica, es una composición poética de diez versos, cada uno de ocho sílabas, que riman del modo siguiente: el primero con el cuarto y el quinto, el segundo con el tercero, el sexto con el séptimo y el décimo, y el octavo con el noveno (combinación 8 abbaaccddc).

Entre los decimistas paraujanos más famosos podemos nombrar a Cheboche, Miguel Ortega,

Simón Palmar y Pedro Palmar. De este último te
ofrecemos las siguientes décimas:

Desciendo de pescador	(8a)
de Guajiro y Paraujano	(8b)
como desciende el zuliano	(8b)
bajo su cálido sol.	(8a)
Aquí forjé mi labor	(8a)
de indiscutible ranchero:	(8c)
aquí está lo que yo quiero,	(8c)
mis penas y mis dolores	(8d)
y el placer de los amores	(8d)
que tuve cuando manglero	(8c)

Aquí están mis compañeros,	(8a)
mis amigos, mis hermanos,	(8b)
Guajiros y Paraujanos	(8b)
con sus músculos de acero,	(8a)
nacidos bajo el alero,	(8a)
de un barrio trabajador	(8c)
donde la brisa es candor	(8c)
y el candor es poesía	(8d)
para el hombre que se guía	(8d)
por una vida mejor.	(8c)

2.1.3.-Los Yukpa

Los yukpa son un grupo de indígenas venezolanos que pertenecen a la gran familia caribe.

A la llegada de los conquistadores españoles, los caribes eran, sin duda alguna, el grupo indígena de mayor importancia en el país. Actualmente, como representantes de los caribes sólo quedan en Venezuela los panares, yabaranas yekuana, pemón, kariña y yukpa.

Durante el periodo colonial, los yukpa eran designados con diferentes nombres como Macoas, Sabriles, Aratomos, Coanos, Chaqués, etc. En tiempos más recientes, hasta aproximadamente el año 1.960, se acostumbraba llamar a los yukpa “MOTILONES MANSOS” en oposición a sus vecinos los barí o “MOTILONES BRAVOS”, error muy grave pues pertenecen a grupos lingüísticos distintos, ya que los yukpa son caribes y los barí son chibchas.

Los yukpa han sido arrinconados en los lugares más difíciles y menos fértiles de la Sierra de Perijá, donde sobreviven en situación de pobreza. Debido a la difícil situación que viven en la Sierra, muchos yukpa se han venido a Maracaibo y viven pidiendo limosna o vendiendo flechas y otros objetos de su artesanía, en condiciones de extrema miseria, pues prácticamente viven a la intemperie.

La Sierra de Perijá se encuentra en la parte más occidental del estado Zulia de Venezuela, y hace frontera con Colombia. De hecho, un grupo de yukpa vive en la parte colombiana de la Sierra. Allí se les llama yukos.

Los yukpa se subdividen en siete subgrupos: los

Japreria, los Macoitas, los Rionegrinos, los Wasama, los Irapa, los Parirí, y los Viakshi.

La población total de los yukpa se calcula en unos 4.000 individuos.

Cómo son

Los yukpa son más bien delgados, de tronco alargado y extremidades cortas. El cabello de los yukpa, como es típico en los indígenas venezolanos, es negro, grueso y lacio.

Son, por lo general, de baja estatura y lampiños, es decir, que no tienen vellos ni en la cara ni en el cuerpo. A pesar de su baja estatura, los yukpa poseen una gran resistencia física. Soportan, sin muestras de cansancio, cargas pesadas durante largas jornadas y por las duras cuestas de la Sierra. Esta cualidad se extiende también a las mujeres quienes, además de la carga, suelen llevar un niño o aun dos.

Cómo visten

Si bien ya casi todos los yukpa, tanto hombres como mujeres, han adoptado nuestra forma de vestir, el traje típico de los varones es la KORICHA, que es una especie de túnica de algodón. Es de forma rectangular y tiene unas aberturas para meter la cabeza y los brazos. Suelen ser de color blanco, con franjas verticales de color pardo, amarillo, rojo o azul.

El traje típico de las mujeres consiste en dos piezas rectangulares de tela, una, arrollada alrededor de las caderas a modo de falda, que les cubre de la cintura a las rodillas, y la otra anudada al cuello como una capa, cubriendo hombros y espalda y dejando el busto al descubierto.

Los yukpa gustan adornarse con collares de semillas ensartadas en hilos de algodón. Los de las mujeres son de cuentas mayores y de colorido más vivo. También, tanto hombres como mujeres se pintan el rostro con figuras geométricas o rayas verticales u horizontales. Los colorantes típicos son el onoto, el polvo de carbón y la ceniza.

La vivienda

La vivienda típica yukpa es extremadamente sencilla, y podemos distinguir tres tipos característicos:

a) El simple paravientos, cobertizo de una sola agua que apoya sobre el piso el alero inferior.

b) Ranchos de dos aguas, con cuatro horcones, uno en cada esquina, para sujetar el techo.

c) El de forma más o menos circular.

Los techos son de palma o de hojas de bijao, y casi todos carecen de paredes, o sea que no tienen protección contra el agua y el viento que, especialmente en los lugares más elevados de la Sierra, sopla muy frío. En las noches de lluvia, muy frecuentes en la Sierra de Perijá, no tienen más remedio que pararse y, pegados unos junto a otros, esperar al lado del fuego que deje de llover.

El mobiliario de los ranchos se reduce tan sólo a unos cestos de palma o MENURES donde guardan algunas taparas, collares, ollas de barro, frutas, yuca, restos de machetes viejos para hacer la punta de sus flechas, y pipas de cazoleta de arcilla blanca y tubos de bejuco, en las que fuman los yukpa, tanto hombres como mujeres.

Alimentación, caza y pesca

La base principal de la dieta de los yukpa la forman los plátanos que, por lo general, comen asados. Consumen también grandes cantidades de yuca y ñame que acostumbran comer cocinados, sin condimento alguno, excepto un poco de sal si es que la consiguen. Estos alimentos los obtienen de los conucos que cada rancho yukpa suele tener en un lugar cercano a la vivienda.

El varón es el que prepara el terreno del conuco y realiza la siembra. La recolección de los frutos corre a cargo de las mujeres y no tiene época determinada; a medida que van madurando, se recoge la cantidad suficiente para satisfacer las necesidades inmediatas. La preparación de los alimentos es también tarea exclusiva de las mujeres.

Desde hace unos años, algunos grupos yukpa cultivan el café con fines comerciales.

La caza

Los yukpa completan su dieta con los animales adquiridos de la caza y de la pesca. Para cazar, si bien hoy se ha introducido el uso de escopetas, utilizan sus armas tradicionales que son el arco y distintas variedades de flechas. El hecho de haber sido buenos guerreros durante siglos y de seguir siendo excelentes cazadores, hace que posean una puntería extraordinaria y dediquen a la fabricación de sus armas un gran cuidado. Hacen los arcos de macanilla, una palma de madera dura y flexible. Las puntas de las flechas pueden ser de metal, de macanilla o de otra madera.

Los yukpa suelen atraer a las aves mediante silbidos o

ruidos guturales de reclamo, con los que imitan a la perfección el canto del animal. Para cazar mamíferos, usan varios tipos de trampas. Por ejemplo, colocan una piedra plana sostenida con un palo de modo que forme un ángulo de 45 grados con el suelo; del palo atan una cuerda que sujeta por el otro extremo el cebo, colocado debajo de la piedra. Al tirar la presa del cebo derriba el palo, cae la piedra y aplasta al animal.

La pesca

Para la pesca, que entre los yukpa no tiene tanta importancia como la caza, utilizan también el arco y las flechas. Por lo general, pescan en pozos poco profundos, de aguas tranquilas, no en ríos de corriente turbulenta. Caminan cuidadosamente por entre las rocas, con el arco montado y la punta de la flecha cerca de la superficie. Al ver la presa, disparan con toda rapidez, y como el proyectil pierde poca fuerza, es difícil que el pez escape.

Utilizan también diferentes plantas tóxicas, parecidas al barbasco, que machacan y mezclan con el agua. Al respirar los peces, se emborrachan y suben flotando a la superficie donde los recogen.

La chicha y los chicheos

La bebida principal de los yukpa es la chicha o “TUTA”. La preparan en un tronco ahuecado a cuchillo, de unos dos metros de largo por medio metro de diámetro, y sostenido por unos palos cruzados en cada extremo.

Preparan la chicha a base de maíz, caña de azúcar, ocumo, plátanos, guineos maduros y agua. Una vez que llenan el tronco, lo envuelven con hojas de bijao

que amarran con bejucos, y lo dejan que fermente un par de días. La bebida resulta muy fuerte y embriagadora, si se consume en abundancia.

Para beber, usan unas taparas abiertas a lo largo y provistas de un palo, a modo de mango, las cuales introducen en la canoa y pasan luego de mano en mano.

El yukpa no concibe fiestas sin chicheo, es decir abundancia de chicha. Las fiestas comienzan con una especie de baile donde hombres y mujeres forman un corro, se echan la mano al hombro mutuamente y avanzan lateralmente moviéndose en un lento vaivén.

Mientras bailan, suelen cantar con entusiasmo y, por supuesto, beben abundante chicha. Poco a poco, animados por los continuos tragos, van envalentonándose y parecen recobrar todo su antiguo espíritu guerrero. Abundan entonces las provocaciones y desafíos de valor, no siendo extraño que todos los concurrentes al chicheo terminen dándose fuertes golpes con el filo de sus arcos de macanilla, produciéndose graves heridas en el cráneo. Si bien esta forma de pelea suele servir para probar el valor, a veces tiene una función de reconciliación. En efecto, si alguien ha ofendido a otro, aprovecha el chicheo para pagar su falta poniéndose de rodillas ante el que ofendió y aguanta pacientemente los arcazos que éste le descarga en la cabeza con todas sus fuerzas. Terminado el castigo, se olvidan las ofensas, y se restablecen las paces.

Nacimiento, matrimonio y muerte

Cuando una mujer yukpa va a dar a luz, se retira al monte con una compañera quien la asiste en el momento del parto. Cortan con un cuchillo el

cordón umbilical del recién nacido y lo guardan cuidadosamente durante la primera semana. Cuando el cordón está seco, lo arrojan a una hoguera y luego pasan al recién nacido sobre las llamas de ésta en un rito de purificación.

El día del nacimiento, el padre de la criatura debe salir de cacería y ofrecer el producto de la caza a la madre, quien debe rehusarlo. Al día siguiente, repetirá el acto y ahora sí la madre aceptará la caza.

El nacimiento es motivo de fiesta y chicheo. El padre baila a la luz de la luna, llevando a la criatura a la espalda, de modo que siempre quede iluminada. Si el nacido es varón, el jefe (tuano) tuesta y pulveriza algunas avispas KASSA, y con el polvo negro unta al recién nacido en la frente y debajo del labio inferior, para que, cuando sea adulto, sea ágil y valiente en defender a su gente, como la avispa KASSA.

Matrimonio

Entre los yukpa, cuando un hombre pretende a una mujer en matrimonio, se dirige al padre, madre o hermanos, ofreciéndoles regalos de tabaco, plátanos, yuca, etc; también es frecuente que haga un conuco para regalárselo a la familia de su pretendida.

Si es aceptado, se consideran ya casados sin ceremonia alguna, y los nuevos esposos se van a vivir unos días solos en el bosque; después, se establecen en el poblado del marido.

Muerte

Cuando muere un yukpa, lo envuelven en esteras o cobijas, y bien amarrado con bejucos o cuerdas, cuelgan el cadáver de las ramas de un árbol, sobre

una hoguera, que debe permanecer encendida durante la primera semana para secar el cuerpo. Durante un mes, permanece en su sepulcro aéreo. Pasado el primer mes, cuando el cadáver ya está suficientemente seco, un grupo de yukpa, ajenos a la familia, va a buscarlo. Al regresar con el cadáver a hombros, comienza una fiesta con abundancia de chicha, cantos, bailes, y música de flautas. El cadáver es bailado a hombros por última vez.

Finalmente, lo llevan a una cueva que hace de cementerio donde, sin más ceremonia, lo dejan sobre los montones de huesos de entierros anteriores.

Mitología

Según los mitos yukpa, al comienzo, la tierra era muy pequeña, y sólo Kemoko vivía en ella. La tierra fue creciendo y entonces Kemoko fue haciendo todos los animales. De entre ellos, escogió a la ardilla para que fuera su sirviente, y la ardilla sacaba de su cabeza los granos de maíz con que se alimentaba Kemoko.

Un día, Kemoko andaba solo por el monte, y vio cómo el pájaro carpintero picaba los árboles y que, al picar uno, salía sangre. Entonces Kemoko los cortó y con la sangre de los árboles formó un hombre y una mujer, y de estos todos los yukpa, guajiros y motilonos.

Para que los hombres tuvieran con qué alimentarse, Kemoko hizo crecer en una sola noche la batata, el ocumo, el ñame, los cambures, las caraotas, el frijol y toda la comida. Enseñó a los hombres a limpiar el monte para preparar el conuco y sembrar, y les dijo que él se quedaría con ellos enseñándoles muchas cosas, si es que eran buenos. Estuvo un año con ellos, y como no fueron buenos, se fue.

Entonces, al separarse de los yukpa, Kemoko agarró un zamuro hembra, y del zamuro hembra tuvo muchos hijos que son los blancos; a ellos Kemoko les enseñó más cosas que a los yukpa.

2.1.4.-Barí o Motilones

Pertenecientes al grupo lingüístico chibcha, los barí -generalmente conocidos como Motilones- son un grupo de indígenas de aproximadamente unos 2.000 individuos.

Se ubican en torno a la Sierra de Motilones, en la frontera Colombo-Venezolana, sobre los ríos Catatumbo, Barakai, Oro y Arikuaisá.

A la llegada de los conquistadores Españoles, ocupaban un amplio territorio que comprendía gran parte de los actuales Estados Zulia, Táchira y Mérida de Venezuela, y el Departamento Santander en Colombia.

En el año de 1.772 se logró la primera pacificación del pueblo Barí, pacificación que duró hasta los años de la guerra de la independencia, pues al ser expulsados de las misiones los capuchinos, los Barí regresaron a la selva. Allí van a vivir casi desconocidos y ajenos a la marcha del país por unos cien años.

La pacificación de los barí

El 22 de julio de 1.960, luego de quince penosos años de preparación, que incluyó los famosos bombardeos del territorio barí con “bombas de paz”, cuyo contenido era alimentos, ropas, machetes, ollas, fotografías de los misioneros..., los capuchinos establecieron un contacto fraternal con ellos que trajo el fin de los años de enfrentamiento que se inició cuando los colonos y compañías mineras se

adentraron en territorio barí.

La valiente defensa de sus tierras ganó para el barí una fama de bravo, salvaje y hasta sanguinario, cuando en realidad es un pueblo muy noble, fuerte, y sano.

Cómo son

Los barí son de constitución física fuerte, de tórax potente y amplio, de piernas muy musculosas, que los hace extraordinarios atletas. Ello se debe sin duda a su alimentación rica en proteínas y vitaminas ya que los Barí consumen grandes raciones de carne (tanto de la cacería como -hoy- de sus ganados) y pescado que combinan con plátano y yuca.

Bien integrados a su medio ambiente y perfectamente organizados entre sí, con unas relaciones comunitarias donde cada uno asume su rol con absoluta espontaneidad y gran sentido de responsabilidad, los barí gozan de una extraordinaria salud psicológica desconocida en nuestra cultura. Un psicólogo europeo que convivió con ellos una larga temporada, llegó a la conclusión de que los barí eran el grupo más maduro afectivamente de todos los que él había conocido.

Organización

En la estricta división del trabajo propia del mundo barí, el hombre es el encargado de cazar y pescar con flecha larga o chuzo, realizar las tumbas y quemas del monte para los conucos, sembrar, construir los bohíos, arreglar las trochas en la selva, participar en las carreras deportivas, combatir en caso de guerra y enterrar a los muertos.

Trabajos propios de las mujeres son: traer y cocinar los alimentos, tejer la falda, el guayuco, el chinchorro y la estera, limpiar el bohío y acarrear la palma para la construcción del techo del bohío.

Comparte con los hombres algunas tareas como limpiar el conuco, ayudar a hacer el muro inferior en la pesca, pescar a mano corronchos y cantar en la fiesta de la flecha.

Los niños barí, además de acompañar a los adultos al conuco y a la pesca, ayudan en la limpieza de los lugares comunitarios y en el aprovisionamiento de agua que suben del río. El trabajo lo realizan con toda libertad y responsabilidad, sin desligarlo del juego.

Los niños barí sorprenden por su espontaneidad, alegría y falta de inhibición. De hecho, uno de los objetivos primordiales de los barí al educar a sus hijos es que sean bondadosos y no se enfaden nunca, ya que cuando Sabaseba (DIOS) hizo a los barí, les dijo que debían sonreír siempre.

Es rarísimo que los padres golpeen a sus hijos, y si entre los adultos alguien comete una falta o manifiesta una actitud de flojera en el trabajo comunitario, el grupo lo segrega mediante el silencio hasta que el que faltó cambia de actitud.

El cacique

El cacique barí, que siempre es varón, es elegido por sus cualidades morales y su habilidad física, de forma que su autoridad se ejerce primordialmente como servicio. Su objetivo es mantener unido al grupo y garantizarle lo necesario para vivir. Sus métodos de gobierno jamás son impositivos, y el grupo lo acepta de forma natural como su líder legítimo. No goza de

privilegios con respecto al grupo, de forma que su función directiva pasa casi desapercibida.

En Bogshí, uno de los pueblos barí más importantes, pude observar cómo el cacique se quedaba siempre con lo peor, y era el último en gozar de los beneficios que iban logrando en su comunidad.

Vivienda

La vivienda típica barí es su casa comunal, llamada también bohío o soaika. Tiene forma ovalada y semeja la mitad de una enorme piña, ya que, según la mitología barí, Sabaseba, su Dios, formó a los primeros barí al partir en dos mitades iguales una piña dulce.

Los bohíos se construyen siempre muy cerca de los ríos, pero en una altiplanicie que los proteja de posibles inundaciones.

En cada bohío pueden habitar de 50 a 90 indígenas distribuidos por familias. El centro del bohío lo ocupan los fogones a cuyo alrededor se distribuyen las diferentes familias. El bohío suele tener una especie de segundo piso para almacenar los instrumentos de caza y pesca. Del techo cuelgan innumerables bejucos donde amarran sus cestos, pescado salado y otros utensilios.

En la construcción del bohío barí participa toda la comunidad. Sin embargo, una vez construido, en la ceremonia y rito de inauguración sólo pueden participar los varones, tanto adultos como niños. Se ponen en fila, penetran así en el interior y lo recorren golpeando las paredes primero con el arco, luego con sus chuzos y por fin con sus flechas. Mientras, recitan ensalmos con la finalidad de que se alejen del bohío las cucarachas, mosquitos y demás insectos dañinos.

Terminado el rito de inauguración, cada familia ocupa el puesto que le correspondió en la distribución realizada con anterioridad por el Ñatubái, o jefe del bohío. Cercanos a los bohíos, están sus conucos de plátano, yuca y ñame. Los consideran propiedad de todos y distribuyen por igual los productos entre los miembros del grupo.

La kirora

Un ejemplo ilustrativo del trabajo comunitario barí es la pesca según la técnica de represa o kirora. En el día señalado para la pesca, todos los barí parten al lugar escogido con sus largos chuzos (flechas de hasta tres metros) y cestos para transportar el pescado.

Los hombres se sitúan en la parte superior de un brazo de río, donde van construyendo una represa con piedras, palos y hojas de bijao, para desviar el agua de su cauce.

Simultáneamente, las mujeres realizan la misma tarea en la parte inferior, y de este modo represan el agua y evitan que los peces se puedan escapar.

Nadie puede empezar la pesca hasta que ambos muros estén concluidos. Terminada esta labor, empiezan los hombres a flechar los peces que quedaron atrapados con sus largos chuzos que disparan con una maestría asombrosa.

Normalmente, cuando atrapan un pez, le dan un golpe en la cabeza con el cuchillo que llevan en la cintura y lo ensartan en unos bejucos que cuelgan de su cuerpo.

Terminada la pesca, las mujeres barí emprenden el regreso a sus casas cargando las flechas y los peces obtenidos que previamente han limpiado. Mientras,

los varones se alistan para una competencia de carrera. El jefe de la pesca coloca a los participantes en fila: primero los ancianos, luego los niños, adolescentes, y a continuación el resto, dejando los últimos lugares en la salida para los favoritos.

En intervalos de dos o tres segundos van saliendo todos los participantes. Los que vienen atrás gritan para hacerse notar y así agotar a los que van delante. Mientras tanto, las mujeres, que se han escondido a lo largo del camino, colocan obstáculos o trampas para hacerles caer y les arrojan pelotas de barro.

La carrera después de la Kirora puede llegar a tener un recorrido de hasta 10 kilómetros. Los ganadores adquieren gran prestigio ante el grupo.

Celebraciones

Las celebraciones más importantes del pueblo bari son el canto de la flecha entre los varones, y el canto de la ducdura (o falda) entre las mujeres. El fin de estas celebraciones es estrechar los vínculos de amistad con los grupos de otros bohíos.

El ritual del canto de la flecha se realiza siempre dentro del bohío. Se colocan por parejas un visitante y uno del poblado en un chinchorro e inician cánticos dialogados, cuyo contenido narra aventuras de cacería.

Una vez que han cantado todos con todos (la fiesta puede durar varios días), se intercambian flechas y los visitantes invitan a una fiesta semejante en su bohío.

El ritual del canto de la ducdura o falda, exclusivo de las mujeres, es semejante al del canto de la flecha. El contenido de lo cantado se refiere a la confección de la ducdura, y al final se intercambian ducduras entre ellas.

Mitología

El líder socio-religioso de los barí es Sabaseba, una especie de divinidad, que invita a los barí a vivir en comunidad, a ser hospitalarios, y a desechar el egoísmo y la mentira.

Cuando Sabaseba llegó no había luz, todo era de noche, no había ni comida ni agua. Sabaseba invitó a los barí a colaborar con él para crear el sol, les enseñó a hacer el fuego, les trajo plátanos y les indicó cómo cultivarlos.

Los barí surgieron cuando Sabaseba partió una piña dulce en dos mitades, y de ellas salieron un hombre y una mujer barí. Los guajiros, yukpas, criollos..., tienen su origen en las cenizas de una vieja barí. De esas mismas cenizas surgieron los animales domésticos y los davidú o espíritus del mal, que son los que causan las enfermedades y la muerte.

Hubo un tiempo en que Sabaseba vivió con los barí y entonces no morían porque el propio Sabaseba los curaba. Pero desde que se fue, empezaron a morir.

Sin embargo, para el barí la muerte es el inicio de otra vida. Al morir, el barí va al lugar de los Basumchimba o espíritus de los muertos. Sus antepasados le salen a recibir y conversan con él sobre los motivos de su muerte. Seguidamente, comienza una entrevista con Sabaseba que le pregunta sobre su comportamiento en la tierra, examinándolo sobre los cuatro delitos fundamentales del barí: matar, robar, mentir y ser chismoso. De acuerdo a dicho examen, Sabaseba le envía a un lugar en Oriente si ha sido bueno y al Poniente si ha sido malo. Los malos vivirán de un modo semejante a como lo hacían en la tierra: se

pelearán, robarán, se cansarán al trabajar, no cantarán ni reirán, y padecerán dolores y enfermedades. Los buenos rejuvenecerán, trabajarán sin cansarse y no serán afectados por enfermedad ni sufrimientos.

3.- LA LLEGADA DE LOS EUROPEOS

Llameaba el día cuando Alonso de Ojeda y sus hombres entraron en las aguas del lago. Venían de asombro en asombro, recorriendo las costas de ese mundo desconocido y nuevo y no terminaban de acostumbrarse a tantas cosas maravillosas y extrañas, cuando sus ojos quedaron atrapados por la visión de una aldea de palafitos que se miraban en el agua como garzas de madera. Mujeres, hombres y niños observaban con asombro y temor cómo se acercaban esos barcos enormes, con sus velas infladas de viento y unos seres extraños y barbudos en cuyas armaduras rebotaban los rayos del sol.

Y cuentan los viejos Añú o Paraujanos, sucesores de esos indígenas que miraban asombrados cómo los hombres blancos les hablaban en una lengua áspera y extraña, que hubo un tiempo en que Dios bajaba a convivir con ellos y “hacía hondura” en el lago para que pudieran construir sus palafitos. El les enseñó a comunicarse con los animales, portadores de sabiduría, y con las plantas que guardan en sus hojas y raíces los secretos de la salud; y les enseñó también a leer los mensajes que los espíritus comunicaban en los sueños. Y les aseguró, que si eran buenos, irían a vivir en los palafitos del cielo, donde siempre abunda la pesca y uno trabaja sin cansarse.

Con Alonso de Ojeda venía un italiano, Américo Vesputio, a quien ese paisaje increíble de viviendas sobre el agua le removió los recuerdos de Venecia, una

ciudad italiana construida sobre el mar que, en vez de calles tiene canales y las góndolas o canoas sustituyen a los carros. Y del recuerdo admirado, nació el nombre de Venezuela o Venecita, Pequeña Venecia, que los oídos del lago escucharon por vez primera en ese día fulgurante del 24 de Agosto de 1499, y que luego habría de nombrar a nuestra Patria. Como el calendario cristiano celebraba en ese día la fiesta de San Bartolomé, los españoles bautizaron el lago como “Lago de San Bartolomé”, ignorando por completo que tenía otro nombre mucho más poético y musical, Coquivacoa, como lo llamaban los indígenas.

Alonso de Ojeda era por esos días un joven de 29 años, de buena figura y espíritu noble. Era también muy devoto de la Virgen, cuya imagen siempre llevaba colgada de su cuello y a la que invocaba en todas sus aventuras y expediciones. Navegante experimentado, había acompañado a Cristóbal Colón en su segundo viaje a estas tierras desconocidas y el esplendor de la isla La Española, que hoy conocemos como Santo Domingo, le había sembrado en el alma el ansia inquebrantable de volver. El 18 de mayo de 1499, Ojeda y sus hombres se hicieron a la mar. Con ellos venía Juan de la Cosa que había acompañado a Colón el año anterior en su cuarto viaje al Nuevo Mundo en el que llegaron a la desembocadura del Orinoco y recorrieron las costas de la península de Paria y de la isla de Trinidad, que Colón bautizó con ese nombre por tener tres puntas o cabos semejantes. Colón quedó tan sorprendido de la belleza del paisaje, de la dulzura y elegancia de sus habitantes que creyó haber llegado al Paraíso Terrenal, lugar escogido por Dios para que viviera en él la primera pareja

humana: Adán y Eva. Y de sus labios asombrados brotó el primer nombre de Venezuela, un hermosísimo piropo: “Tierra de Gracia”.

Semejante era ahora el asombro de Ojeda frente a ese paisaje encantador. No sabía si admirar más la majestuosidad de ese lago limpio y transparente que entonaba en sus labios marullos de canciones, o la belleza espléndida de las mujeres indígenas. De hecho, una de las doncellas del lago cautivó por completo el bravo corazón de Ojeda. En honor a su reina española, Ojeda la bautizó con el nombre de Isabel, la hizo su esposa y la paseó por España, donde su belleza tropical causó gran admiración.

Ojeda la amó con devoción e Isabel le correspondió con el mismo fuego. De ahí en adelante, Isabel acompañó al esposo en todos sus viajes y expediciones, sirviéndole de intérprete y de dulce solaz en su agitada y dura vida de explorador y de guerrero. En varias ocasiones, ella le salvó la vida pues era muy valiente y tenaz.

En su segundo viaje a lo que hoy son tierras zulianas, Ojeda fundó en tierras guajiras, cerca de Castilletes, la ciudad de Santa Cruz, primera ciudad que fundaron los españoles en tierras continentales, pues todas las anteriores habían sido fundadas en las islas del Caribe. Sin embargo, no duró mucho esta primera fundación, pues los hombres de Ojeda se amotinaron contra él y despoblaron la recién fundada ciudad.

Después de una intensa vida de hazañas y aventuras, y de haber ejercido el cargo de Primer Gobernador de Coquivacoa, Ojeda se retiró con su esposa Isabel y sus hijos a una choza miserable a la sombra del convento de San Francisco, en la isla de Santo Do-

mingo. Cuando murió, los religiosos del convento encontraron una carta donde Ojeda les pedía que lo enterraran sin lujos ni pompas, con toda sencillez, a la entrada de la iglesia para que todo el mundo pisara su tumba, y que en la lápida no escribieran ningún título honroso sino simplemente “Aquí yace Alonso de Ojeda el desgraciado”.

Con la muerte de su esposo, la india Isabel se fue convirtiendo en un largo dolor seco. No comía, no bebía, sólo se alimentaba de sufrimiento. Hasta que una mañana la encontraron muerta sobre la tumba del marido. Su fidelidad la llevó a seguir a Ojeda hasta más allá de la muerte.

3.1.- Leyenda del origen del lago de Maracaibo

Cuentan que una tarde en que Ojeda contemplaba embelesado la belleza del lago, se le acercó un anciano indígena, de aspecto muy noble y venerable, que le preguntó:

- Señor, ¿qué es lo que tanto cautiva tu atención en esta tierra a ti que has conocido tantos lugares y vienes de las lejanas regiones en donde nace el día?

- Anciano, he recorrido muchas tierras -le contestó suspirando Ojeda-, he visitado islas y lugares tan bellos que parecían mansiones de los dioses y no viviendas de míseros mortales. Mi misma tierra es tan hermosa que yo la consideraba la más bella del planeta. Pero al ver este lago de ondas tan musicales que pareciera que palpitara en él un enorme corazón lleno de canciones; al ver cómo se abraza con el mar sin que sus aguas pierdan su dulzura; al contemplar sus manglares majestuosos que levantan en el aire sus raíces y estas viviendas tan coquetas que se la pasan mirándose en el espejo de las aguas, todos los otros lugares que había conocido hasta ahora me parecen tristes y sin atractivo. Tú que naciste en estas tierras prodigiosas, ¿no conoces alguna historia fabulosa que cuente el origen de tanta belleza?

- Sí, extranjero, por supuesto que existe esa historia. Aquí la sabemos y la contamos todos. Los niños aprenden a hablar mecidos en ese relato fantástico que les cuentan sus mamás. ¿Quieres oírlo?

- Sí, por favor, cuéntamelo.

- No, no voy a ser yo quien te lo cuente, pues ya la vejez ha gastado mi voz, que en otro tiempo era sonora y vigorosa.

Hizo entonces una señal con su mano a los habitantes de un palafito cercano y saltaron al agua un grupo de doncellas bellísimas, vestidas tan sólo de luz y de hermosura, y hendiendo el agua con sus dulces pechos, llegaron donde Ojeda y el anciano.

- Cuenten la historia de nuestro Coquivacoa a este ilustre extranjero -pidió el anciano.

Y la más bella de las doncellas comenzó a narrar con una voz musical que acompañaba la brisa y el marullo del lago:

“En tiempos muy remotos, cuando el gran Zapara mandaba sobre toda esta región, todo lo que hoy es el lago era una inmensa selva de árboles fabulosos que se estremecía con el canto de pájaros multicolores y los rugidos de fieras poderosas. Zapara fundó sus pueblos en las orillas de la selva y la reservó para que fuera lugar sagrado de sus cacerías donde ningún mortal podía entrar.

“Con solo su voz, porque poseía el don mágico de poderes sobrenaturales, levantó en el centro de la selva un palacio encantador. En él vivía con Maruma, su hija predilecta, graciosa y bella como un rayo de sol. Maruma era una poetisa muy tierna y de voz dulcísima. Zapara, el gran señor, nunca quiso entregarla en matrimonio por mucho que la solicitaban los más valientes príncipes, pues no quería separarse de ella y la reservaba para deleitarse con sus cantos y sentidas poesías.

“Un día, salió el gran Zapara a una expedición por el mar, y la bella Maruma, armada de su arco y flechas, se internó en la selva en persecución de un venado. Ya lo tenía a tiro, ya iba

a soltar la flecha de su arco, cuando vio que caía herido por el disparo de un cazador invisible. Sin poderse explicar el hecho, pues creía estar sola, vio luego a un elegante cazador que se dirigía hacia el venado.

“- ¿Quién eres tú para atreverte a desafiar las órdenes de mi padre, el gran Zapara, que ha prohibido terminantemente adentrarse en esta selva? -preguntó Maruma con unos ojos embellecidos por la sorpresa y la ira.

“- Perdona mi atrevimiento, bellísima doncella. Yo soy Tamare, ando desterrado, hambriento y sólo, rechazado por mi pueblo por pensar que, como soy poeta, no sirvo para nada. Llevo cinco días sin probar bocado, errante y perdido, sin saber dónde me encuentro. Nunca me hubiera atrevido a penetrar en lugares prohibidos por el Gran Zapara. Perdona mi atrevimiento e indícame el camino para poder salir de esta selva sagrada.

“Maruma sintió compasión por el joven poeta y su corazón empezó a latir aceleradamente. Lo invitó a entrar en su palacio, le sirvió un espléndido banquete y, cuando terminaron, Maruma le cantó a Tamare una canción de amor. Cuando la doncella concluyó, Tamare improvisó en respuesta los más tiernos poemas que pudiera concebir un alma enamorada. Comieron, cantaron y bebieron. Recostados sobre suaves almohadones de plumas de garza y en estrecho abrazo, continuaron sus improvisaciones que terminaban en dulces besos, sin caer en cuenta que el tiempo pasaba muy rápido.

“Llegó por fin el Gran Zapara y al acercarse al palacio y escuchar en la habitación de su hija la voz de un hombre que alternaba con el canto de Maruma, se llenó de ira y de dolor y le dio al suelo una patada tan formidable que la selva entera se hundió convirtiéndose en un profundo abismo. Enseguida, los ríos caudalosos que bajaban de las cordilleras vecinas y atravesaban la selva se precipitaron en la descomunal hoyo

formada por la soberana patada de Zapara. Y para que se llenara más rápido, el atribulado padre se dirigió al Norte, abrió la tierra con sus manos poderosas e hizo que entraran las aguas del mar. Luego, lleno de dolor, no queriendo sobrevivir a la catástrofe, entregó el reino a su hijo llamado Maracaibo, y arrojándose entre el mar y el lago se quedó convertido en isla que, en su recuerdo, llamamos isla de Zapara.

“Pero los dos enamorados nada habían escuchado ni sentido y seguían cantando embelesados canciones de amor. Invadieron las aguas el palacio, penetraron en la habitación de los dos amantes, pero ellos ni oían ni sentían nada. Ajenos al castigo que la cólera de Zapara había ideado contra ellos, seguían cantando e improvisando versos de apasionado amor. Finalmente, el agua los cubrió llevándose a la superficie las ondas sonoras de su última canción. El canto de los enamorados se mezcló con el canto de las aguas, y, por ello, desde ese momento, el lago no muge como el mar, ni ríe como los otros lagos, sino que susurra poesías o canta estrofas de infinito amor con sus múltiples labios de agua”.

Cuando terminó su narración la bella doncella, el anciano le dijo a Ojeda que había estado escuchando embelesado:

- Esta es la historia de nuestro Coquivacoa y ahora podrás comprender, extranjero, por qué somos poetas todos los que nacemos y vivimos sobre él.

3.2.- Ambrosio Alfínger y la primera fundación de Maracaibo.

El emperador Carlos I, nacido en Alemania, llegó a ocupar por esos días el trono de España gracias al apoyo económico que le brindaron unos banqueros, los Welser o Belzares. Estos mismos banqueros financiaron muchas de las guerras y expediciones que emprendió España en esos días de fiebre des-

cubrimientos, y como el Emperador no tenía dinero para devolverles lo prestado, decidió pagarles con tierras. De este modo, la recién creada Provincia de Venezuela, que comprendía todo el territorio entre el Cabo de La Vela (en la península de La Guajira) y el de Maracapana (Barcelona-Puerto La Cruz), fue cedida, con derecho a ser explotada y conquistada, a los banqueros Welser.

El contrato de entrega contemplaba una serie de leyes humanitarias, favorables a los indígenas, cuyas vidas y propiedades debían ser respetadas. Nadie podía esclavizarlos ni maltratarlos y, si alguien lo hacía, perdería todos sus bienes, privilegios y cargos. Debían evitarse por todos los medios, la violencia y la guerra que sólo se justificaban si los indígenas mostraban actitudes belicosas o se negaban a tratos pacíficos. Todas las expediciones debían llevar por lo menos dos religiosos o sacerdotes que se encargarían de velar por los derechos de los indígenas.

Pero los Welser ignoraron olímpicamente todas estas reglamentaciones y su paso por tierras venezolanas fue un vendaval de sangre, destrucción y muerte. En su afán desmedido por conseguir riquezas apresaron numerosos indígenas, los vendieron como esclavos y los forzaron a participar, como animales de carga, en expediciones suicidas a la ciudad mítica de El Dorado, que ellos imaginaban que había sido construida completamente con oro, plata y piedras preciosas.

La primera expedición welser fue capitaneada por Ambrosio Alfínger. El 24 de Febrero de 1529, y tras cuatro meses de navegación, los expedicionarios llegaron a Coro, ciudad que había fundado dos años antes el español Juan de Ampíes, y Alfínger la nombró

capital de la Provincia de Venezuela. En septiembre de ese mismo año, Alfínger ordenó que las mujeres y niños se embarcaran rumbo al Lago y él y sus soldados emprendieron el mismo camino por tierra. Tras pasar por varios pueblos indígenas como Urumaco, Dabajuro, Rorojó, Casigua, Basirigua, Quisiro,..., el día ocho de septiembre de 1529 llegaron a la orilla oriental del lago que, como era día de la Virgen, Alfínger bautizó como “Laguna de Nuestra Señora”. Ni este nombre, ni el que le puso Ojeda de “Lago de San Bartolomé”, ni el Coquivacoa de los indígenas habrían de perdurar. A todos ellos se impondría el nombre de “Lago de Maracaibo”, que tanto el lago como la ciudad tomaron del cacique Maracaibo, señor de estas tierras.

Aproximadamente en el lugar que hoy ocupa la ciudad de Los Puertos de Alta gracia, Alfínger fundó una especie de puerto, que llamó el Pasaje, y utilizó como embarcadero para cruzar el lago y explorar la parte occidental. Allí fundó la villa de Maracaibo, que dependía de Coro.

Alfínger venía deseoso de encontrar grandes cantidades de oro y, una vez fundada Maracaibo, emprendió viaje tierra adentro. Su paso por estas tierras supuso un huracán de crueldad y de muerte para las poblaciones indígenas que fueron apresados y arrancados de sus tierras para ser vendidos como esclavos. Se sabe que Alfínger llegó a orillas del río Macomite (hoy río Limón) y exploró la laguna de Sinamaica. Quería fundar una ciudad que pensaba llamar Ulma en recuerdo de la ciudad alemana de Ulm, donde él había nacido, pero no encontró lugar apropiado para ello. Posteriormente, se internó con sus hombres en

tierras montañosas donde sufrieron muchas penalidades, ya que no conseguían comida y eran acosados por los indígenas que de este modo querían vengarse de la crueldad y maltrato con que eran tratados. Temiendo perder todo el oro conseguido y arrebatado a los indígenas, Alfínger encomendó al capitán Vascuña la misión de llevarlo a Coro y volver lo antes posible con alimentos y refuerzos. Partió Vascuña con 25 soldados y un grupo de indígenas como cargadores, pero se perdieron por terrenos selváticos y pantanosos sin poder encontrar el camino al lago. Pronto escaseó la comida y quedaron hambrientos y desorientados en un paisaje hostil y avasallante. El hambre los enloqueció y decidieron comerse a los indígenas que llevaban con ellos. Así lo hicieron y cuando no quedaron indígenas que comer, temiendo que el hambre les llevaría a comerse entre ellos, se dispersaron y cada uno emprendió su propio camino. La selva se los fue tragando de tal manera que de ese grupo, sólo logró salvarse un soldado, llamado Francisco Martín, que llegó a un poblado indígena, lo atendieron y cuidaron y estuvo conviviendo con ellos durante muchos meses.

Alfínger siguió con sus correrías y atropellos hasta que los indígenas lo flecharon en la garganta el día primero de junio de 1533. Murió a los cuatro días y allí mismo fue enterrado, en el valle de Chinacota, hoy tierras colombianas, cercanas a la Sierra de Perijá.

La Maracaibo que fundara Alfínger no habría de durar por mucho tiempo. Los indígenas andaban en pie de guerra y los alimentos comenzaron a escasear cada día más. Cuando juzgaron que la situación era

insostenible, los habitantes de Maracaibo se marcharon a Coro y la villa quedó despoblada. La crueldad de los Welser acabó con la primera Maracaibo. Sólo destrucción y muerte marcó su paso por nuestras tierras. El poder de los Welser concluyó definitivamente en 1556, año en que los reyes de España dieron por terminado el contrato que había dejado en sus manos la Provincia de Venezuela.

3.3.- Las fundaciones de Pacheco y Maldonado.

El 4 de Agosto de 1569, veinticuatro años después que fuera despoblada la Maracaibo de Alfínger, Alonso Pacheco volvió a refundarla con el nombre de Ciudad Rodrigo de la laguna de Maracaibo. Había salido de Trujillo con cincuenta hombres y tras navegar por el río Motatán entraron en aguas del lago que surcaron rumbo al norte. La fundación fue posible tras vencer los acosos de los indígenas del lago que seguían enemistados con los invasores blancos. Ciudad Rodrigo fue fundada como punto de enlace de las tierras del sur y de los Andes con las islas del Caribe. A pesar de los esfuerzos y tesón de Pacheco y el puñado de arriesgados pobladores que lo acompañaron, la ciudad sólo pudo mantenerse por cuatro años. A finales de 1573 se regresaban a Trujillo los habitantes de Ciudad Rodrigo, que no fue capaz de sobrevivir ante la belicosidad de los indígenas y la escasa fertilidad de las tierras circundantes.

Al año siguiente, 1574, el conquistador español Pedro Maldonado, reclutó unos 35 hombres, algunos de ellos antiguos pobladores de Ciudad Rodrigo que vivían en Mérida y Trujillo, y refundó la ciudad con el nombre de “Nueva Zamora de la Laguna de Ma-

racaibo”. Esta fundación sí sobrevivió a todos los problemas y con el tiempo se habría de llamar simplemente Maracaibo, la segunda ciudad más importante del país.

El 15 de junio de 1579, a cinco años de la fundación de Nueva Zamora, los alcaldes ordinarios de la ciudad Rodrigo de Argüelles y Gaspar de Párraga, levantaron un informe que detalla las características de esta jovencita Maracaibo y de las regiones circunvecinas. Dada la importancia de este documento, que lo podemos considerar como el más antiguo expedido en Maracaibo, vamos a copiar algunos trozos significativos adaptando su estilo al lenguaje moderno:

“Se llama esta provincia Maracaibo por un indio principal que hubo en esta laguna...La laguna y la provincia se descubrieron cuando llegaron los Belzares que acamparon durante mucho tiempo junto a una salina y al fin abandonaron la tierra, después que la destruyeron al esclavizar a muchos de los indígenas. Después llegó el capitán poblador Alonso Pacheco pero a los cinco años tuvo que despoblar la ciudad. Posteriormente, llegó el capitán Pedro Maldonado y la pobló en el año 74.

“El temple de esta ciudad es caliente, seco y de pocas aguas; con lluvias de agosto a diciembre...Esta provincia es llana y la ciudad se asienta sobre una llanura de grandes sabanas, y no hay ni fuentes ni ríos en sus alrededores. Se sustenta con el agua de la laguna. No tiene frutas, a excepción de dátiles y brevas y es provincia poco fértil por la sequedad de la tierra, aunque donde viven los indios hay mucha comida.

“En la actualidad quedan pocos indios viviendo sobre el agua, aunque la tierra está mucho más poblada. Fue provincia de gran población indígena hasta que llegaron los Belzares y la

despoblaron con los numerosos esclavos que sacaron y con otros daños que causaron a los indígenas... Los indios que viven y habitan en la laguna fundaron sus pueblos y sus casas sobre el agua; son inteligentes, amantes de su libertad y les encanta hablar la lengua española... Los indios que viven en la laguna hablan cuatro lenguas diferentes aunque se entienden. Los de tierra hablan siete lenguas diferentes y necesitan intérprete porque no se entienden entre ellos. Algunos de estos indios tienen pleitos y guerras entre sí...

“El clima de esta ciudad es muy saludable y vienen enfermos de otras ciudades a curarse aquí por ser muy sanos los aires (...)

“Hay en los términos de esta ciudad una fuente de mene que mana como agua y sale hirviendo a borbollones hasta formar una laguna que se cuaja en forma de pez. Esta sirve para calafatear los barcos y resulta de muy buena calidad; algunos la utilizan también para algunas curas y, mezclándola con grasa, para fabricar velas. Es una especie de betún negro y cuando se enfría se endurece como la pez. Por lo menos hay cuatro de estas fuentes de mene en los contornos de esta provincia y en cada una de ellas podrían cargarse numerosos barcos. Si algún animal o ave se para en la fuente cuando el sol está fuerte, se queda pegado y muere allí sin poder salir.

“En la comarca de esta ciudad hay mucha madera de mangle que sirve para fabricar casas y es madera que dura por siempre. Hay muchos árboles de vera, guayacán y dividive; estos echan una fruta excelente para curtir las pieles y abunda tanto que se podría llevar a otros lugares. En esta provincia hay mucho palo brasil muy fino y muchos cedros colorados y blancos, con los que los indios hacen sus canoas y son muy apropiados para sacar tablas. También hay otros árboles que llamamos uveros porque echan una fruta parecida a las uvas de España que es muy buena y tiene hueso... También hay otros árboles

que echan una fruta pequeña y negra, que parece aceituna y aquí llamamos caimitos...

“Abundan tanto los venados que la ciudad se sustenta con ellos y las pieles se venden a los pueblos cercanos; hay también mucho cochino de monte y se cría muy bien el ganado vacuno, hasta el punto que ya paren las novillas de dos años...; también se crían muy gordas las ovejas y cabras que se multiplican rápidamente porque en cada parto traen dos crías. Abundan en esta provincia las perdices, palomas, tórtolas, papagayos y otros pájaros colorados, amarillos y blancos y negros; hay muchas garzas y gavilanes y muchas aves de mar que se alimentan de pescado.

“A media legua de la ciudad hay unas salinas donde se coge mucha sal. Más adelante hay otras salinas muy importantes en especial una que llaman Salina Rica y otra que se llama de los Zaparas. La sal se negocia con Trujillo y Mérida de donde se trae el maíz y harina. Todos los indígenas de la región se surten también de estas salinas.

“Las casas de la ciudad son de paja y enea, por ser población reciente y todavía no se le han hecho edificios. Pero abunda la madera y la piedra de cal y yeso y tierra apta para fabricar tejas y ladrillos.

“Tampoco tiene todavía una fortaleza para defenderse, pero se podrá levantar en la parte más estrecha de la laguna...; por ser tan reciente, todavía sólo tiene una iglesia...

“La laguna es mansa y buena de navegar, sin tormentas especiales; sólo hay algunos problemas con ciertos aguaceros que agitan las aguas, pero pasan rápido, pues no suelen durar más de una hora... Las costas son tranquilas y de fácil navegación...Tiene abundancia de agua y de leña pues la laguna es de agua dulce hasta la barra.

“A la entrada de la laguna hay una isla, llamada Toas..., en la que puede criarse ganado y otros animales...Más arriba hay

otra isla, llamada isla de Maracaibo, porque en ella vivía el principal Maracaibo... Hay también otra isla pequeña, llamada de los Pájaros, porque abundan tanto que tapan el sol y la vista a los que pasan por ella”.

4.-EL LENTO PROCESO DE LA COLONIZACION

Cuando los conquistadores españoles vieron que en estas tierras no abundaban los metales preciosos como el oro y la plata, y pronto se agotaron las perlas que habían estado recogiendo en las costas de La Guajira, volvieron sus ojos a la tierra y empezaron a fundar ciudades para desarrollar la agricultura.

A finales del año 1591, Gonzalo Piña de Lidueña fundó una ciudad en las tierras muy fértiles del Sur del Lago que bautizó con el nombre de San Antonio de Gibraltar. La ciudad empezó a crecer a un ritmo acelerado a base de colosales cosechas de cacao, caña de azúcar, café y tabaco, y si hoy Gibraltar es un pueblito arrinconado junto al lago, en el Siglo XVII, llegó a ser el principal puerto de la Provincia y era tan importante y próspera como la misma Maracaibo. Por Gibraltar se embarcaban los productos de Los Andes y servía de enlace entre México y las islas del Caribe con el Virreinato de Santa Fe de Bogotá. Eran tiempos en que, para subrayar su riqueza, se decía que a Gibraltar lo surcaban ocho ríos caudalosos: uno de agua, otro de vino, el tercero de aceite, el cuarto de leche, el quinto de miel, el sexto de azúcar, el séptimo de oro y el octavo de plata.

Gibraltar es una ciudad española, en el extremo sur de la península, muy cerca de África. El nombre es del origen árabe (Djeber Al Tark),y significa “La Montaña de Tarik”. Cuentan algunos historiadores que cuando Gonzalo Piña de Lidueña andaba por

allí, presencié un eclipse total de luna. Uno de sus hombres habría gritado lleno de entusiasmo: “Es el mismo eclipse que yo vi en Gibraltar cuando estuve de recluta”. Los compañeros empezaron a reírse y burlarse de cómo era posible que fuera el mismo eclipse. De la broma, nacería el nombre. Posiblemente, esta historia no sea cierta y lo más probable es que Gonzalo Piña de Lidueña fuera oriundo de Gibraltar, en España, y para bajarse la nostalgia de su tierra, bautizó su fundación con el nombre de su pueblo. El hecho es que una palabra que originalmente significaba montaña, terminó por darle el nombre a un pueblo situado en la costa baja del lago.

4.1.- La crueldad de Rodrigo de Argüelles

El primer encomendero de Gibraltar fue Rodrigo de Argüelles, hombre de extremada crueldad, que empezó a amontonar riquezas del trabajo y la explotación de los indígenas. Cansados de tantos abusos, los indígenas se rebelaron repetidas veces contra él. El ataque más importante lo llevaron a cabo el 22 de julio del año 1600. Quinientos guerreros quiriquires y aliles se embarcaron en 140 canoas y enfilaron sus proas contra la joven Gibraltar. Su ancha cólera se convirtió en un torbellino de destrucción y fuego. Incendiaron el pueblo, incluso la iglesia, y como no pudieron encontrar a Don Rodrigo, ahorcaron con un freno de caballo a su esposa, Doña Juana de Ulloa y raptaron a sus tres hijas.

Cuando regresaron los habitantes de Gibraltar que habían huido a los montes cercanos, presenciaron sobre los escombros del pueblo dos hechos asombrosos: A Doña Juana de Ulloa ahorcada de un árbol

y con tantas flechas clavadas en su cuerpo que cuando le cortaron la soga se mantuvo de pie, sostenida por las flechas. El otro hecho, verdaderamente prodigioso, les llenó de admiración: Sobre las cenizas de la Iglesia se levantaba completamente intacto el Santo Cristo. Apenas tenía algunas leves magulladuras de flechas y unas insignificantes manchas del humo del incendio.

Mientras rehacían su pueblo y su iglesia, los habitantes de Gibraltar le pidieron a los de Maracaibo que les guardaran su Cristo. Pero los maracaiberos se encariñaron tanto con él, que luego no quisieron devolverlo. Empezaron entonces las peleas y reclamos por el Cristo, y el asunto llegó hasta el Consejo de Indias en España. Para tratar de ser imparciales y no favorecer a ninguna de las partes, a estos señores no se les ocurrió nada mejor que dejar que el propio Cristo decidiera en cuál de las dos ciudades prefería quedarse. Para ello, ordenaron embarcar la imagen en una canoa y que fuera dejada a la deriva en mitad del lago. Dos veces hicieron la prueba y las dos veces el Cristo se regresó a Maracaibo. Los habitantes de Gibraltar, convencidos de que el Cristo prefería a Maracaibo dejaron de reclamarlo. Los maracaiberos lo colocaron a la veneración de los fieles en la iglesia matriz de su ciudad, hoy catedral, donde se puede ver, ennegrecido todavía por el humo del incendio y con señales en su cuerpo de los flechazos de los indios. Se le venera con el nombre de Santa Reliquia, Cristo Negro o Cristo de Gibraltar.

En cuanto a las hijas de Don Rodrigo que habían sido raptadas, tres jefes indios las hicieron sus esposas. Sucesivas expediciones punitivas a territorios

indígenas lograron rescatar a las hijas mayores, doña Leonor y doña Paula. Sólo quedaba Inés, la menor, que cuando fue raptada sólo tenía ocho años. Y sucedió que, en el año de 1617, el capitán Cerrada emprendió una expedición contra los indios quiriquires que continuaban alzados, logró sorprenderlos y agarró a más de sesenta prisioneros, entre ellos a Doña Inés, su esposo indio y los tres niños que había tenido de él. Por mucho que Doña Inés imploró y rogó por la vida de su esposo a quien quería profundamente, fue ahorcado en presencia de ella y de los hijos. Más tarde, cuando regresaba acongojada con sus hijos a Gibraltar, un hermano de Doña Inés ahogó a los niños en el lago por considerar una ofensa imperdonable que su sangre se mezclara con la de los indígenas y que su hermana hubiera llegado a amar al indio que la raptó y que había participado en el asesinato de su propia madre.

4.2.-Los bravos zaparas y el cacique Nigale

También en la parte norte del lago estaban alzados los indígenas contra los abusos y malos tratos de los habitantes de Maracaibo. Su cacique principal era Nigale, que se opuso con gran valor al dominio de los españoles.

Siendo niño, Nigale había estado al servicio de Alonso Pacheco, el segundo fundador de Maracaibo. Nigale, que pertenecía a la nación de los Zaparas, logró huir a su isla donde, con el tiempo, se convirtió en cacique debido a su ingenio y su valor.

Los zaparas eran los mejores navegantes del lago y servían de guías a los barcos españoles para cruzar el estrecho canal de La Barra y entrar desde el Golfo

en las aguas del lago. Pero embravecidos por tantas injusticias y crueldades, los Zaporas se sublevaron contra los españoles, incendiaron sus barcos y amenazaron a Maracaibo que por esos días era un pueblo pequeño y pobre.

Para terminar de una vez con la rebelión de Nigale y sus Zaporas y librar a Maracaibo de sus continuas amenazas, el entonces Gobernador de Venezuela, Sancho de Alquiza, ordenó al capitán Juan Pacheco Maldonado, hijo de Alonso Pacheco, que preparara una expedición con hombres de Trujillo y Mérida y fueran a combatir a Nigale.

Cuando Pacheco reunió un número suficiente de soldados, se dirigió con ellos a la isla de Zapara, en la entrada del lago de Maracaibo. Nigale les salió al encuentro y en muy buen castellano, que había aprendido en los años que estuvo sirviendo en Maracaibo, les preguntó quiénes eran. En vez de responderle, el capitán Pacheco le devolvió la pregunta. Nigale le miró a los ojos y le respondió con orgullo y determinación:

— Yo soy Nigale, cacique de los Zaporas, dueños de estas tierras y de estas aguas.

El capitán Pacheco fingió un asombro admirado y le dijo astutamente:

— Cuánto me alegro de conocerte, Nigale. Yo soy Juan Pacheco, hijo de Alonso Pacheco, a cuyo servicio estuviste cuando eras niño. El te apreciaba mucho y con frecuencia me hablaba con cariño y admiración de ti. Si mi padre te quiso, yo también tengo la obligación de quererte.

Nigale le miró con desconfianza y le replicó:

— ¿Dices que me quieres y vienes con todos esos soldados bien armados a combatir a mi pueblo?

— No vengo en plan de guerra ni con malas intenciones —le manifestó Pacheco—. Traigo todos estos soldados porque he oído hablar mucho de tu coraje y te tengo miedo. Pretendo cargar estos barcos con sal que, desde que ustedes se alzaron y se adueñaron de las salinas, escasea mucho en Trujillo y Mérida. Si tus hombres me ayudan a cargar los barcos, yo les pagaré bien y nos volveremos en paz a Trujillo.

Nigale aceptó la propuesta diciéndole que lo hacía en recuerdo de su padre y porque no tenía nada contra las gentes de Trujillo. Su bravura era contra los habitantes de Maracaibo, que se habían mostrado muy crueles con ellos.

Acordaron que, al día siguiente, los Zaparas cargarían los barcos con sal y, para sellar la amistad, los españoles bajarían a almorzar con ellos. Para evitar cualquier percance o problema, todos debían estar completamente desarmados.

Al día siguiente y una vez que los Zaparas cargaron los barcos con sal, los españoles bajaron a tierra con un gran paquete con viandas y bebidas para compartir en el almuerzo. A pesar de lo acordado el día anterior, cada uno de ellos llevaba un largo cuchillo escondido bajo su camisa.

Una vez que ambos jefes renovaron sus ofertas de paz y de amistad, Pacheco ordenó a sus hombres que repartieran la comida y bebida del paquete muy bien amarrado con unas tiras de cuero, que habían bajado de uno de los barcos. Entonces, uno de los soldados españoles dijo:

— No sé cómo vamos a hacer para abrir el paquete si usted no nos dejó bajar ni un miserable cuchillo. Estas palabras terminaron de borrar los últimos res-

tos de desconfianza de Nigale y propuso que buscaran un hueso de pescado para cortar las correas de cuero. Abierto el paquete, repartieron la comida a los Zaparas y a los españoles. Como Nigale y otro indígena se mantenían a cierta distancia del paquete de la comida, Pacheco los invitó a acercarse con gran cordialidad:

— Coman algunos bocados que ya voy a ordenar que repartan el vino para que brindemos por nuestra amistad.

Cuando Nigale se inclinó a agarrar algunos trozos de comida, Pacheco, que era un hombre muy corpulento y fuerte, lo agarró por los cabellos y gritó:

— ¡Ahora, a ellos!

A esta orden de Pacheco, los soldados sacaron los cuchillos que llevaban escondidos y se lanzaron contra los Zaparas que estaban desarmados y comían desprevenidos. En pocos minutos mataron o hirieron a la mayoría de los indígenas. Sólo quedaron con vida once, entre ellos Nigale, que fueron hechos prisioneros. Después, los españoles penetraron en la isla y agarraron a las mujeres y los niños, los embarcaron y partieron rumbo a Maracaibo, donde celebraron con gran alegría su victoria, obtenida a base de engaños y cobardía. Allí ahorcaron a Nigale y sus once guerreros y Pacheco se llevó a Trujillo a las mujeres y los niños.

Así, mediante esta vil traición, fueron derrotados los bravos Zaparas y Maracaibo se vio libre de las amenazas de los indígenas.

4.3.- El aporte de los africanos. San Benito y los chimbángueles.

El 16 de Diciembre de 1501, nueve años después de que Colón llegara a tierras americanas, los Reyes de España autorizaron la traída de esclavos africanos al Nuevo Continente. La brutalidad del proceso colonizador estaba diezmando la población indígena y se necesitaba abundante mano de obra para explotar las minas y poner a producir las extensas tierras que se iban conquistando.

Fueron, sin embargo, los portugueses quienes habían iniciado ya en 1400 el tráfico de negros. Interesados por el marfil, oro y pimienta, los portugueses mantenían relaciones comerciales con los pueblos africanos de la Costa de Marfil. Allí comenzaron a capturar africanos para venderlos en Europa.

Posteriormente, y en la medida en que el tráfico de negros hacia el Nuevo Mundo se convirtió en un negocio muy próspero, el comercio de esclavos llegó a superar al negocio del oro. Las ganancias eran tan fabulosas que fueron innumerables las luchas por el control del tráfico de negros entre Portugal, Holanda, Gran Bretaña y Francia. Un huracán de perfidia blanca penetró en el corazón de África, arrastrando consigo ríos de sangre y de lamentos. Los negros eran perseguidos y cazados como bestias, les uncían el cuello con un yugo de madera y formaban con ellos largas filas de hombres y mujeres que gemían en común. Posteriormente, eran amontonados en las bodegas de los barcos negreros para una penosa y larguísima travesía hasta las playas de algún puerto americano.

Engrillados, recostados sobre sus propias llagas y excrementos, eran traídos los negros en esas cárceles

flotantes. No sabían a dónde los llevaban. A veces, los sacaban un rato a cubierta para lavarlos y curarles las heridas con baldes de agua salada que les arrojaban con fuerza. Muchos miles murieron en la travesía. El océano fue su tumba. Los que conseguían llegar, los más fuertes, eran subastados y vendidos en los puertos coloniales. Como si se tratara de animales, les revisaban los dientes, les palpaban los músculos, trataban de adivinar su potencial reproductor que le proporcionaría a su dueño nuevos esclavos.

Hubo quienes justificaron el uso de mano de obra africana como esclavos porque, de hecho, en muchos países de África era antigua costumbre el que los jefes vendieran como esclavos a los delincuentes, a las mujeres adúlteras y a los prisioneros de guerra. También era común que algunos individuos se vendieran, o vendieran a sus familiares, en época de hambre.

Las denuncias de lo inhumano y anticristiano del negocio esclavista, que fueron más numerosas de lo que se piensa, tuvieron muy poca acogida. Y es que, para comprender la aceptación de este hecho tan terrible, no podemos olvidar que la sociedad colonial fundamentó su desarrollo en la explotación de los esclavos. Los negros recibían trato de mercancía, porque eran considerados sólo eso, una mercancía. Sus derechos civiles no existían.

Los esclavos negros fueron traídos a la región zuliana fundamentalmente para cultivar las enormes plantaciones de cacao y caña de azúcar de Gibraltar. Los negros llegaron con su religión, sus costumbres, sus platos típicos en los que sobresale la utilización del coco, su magia, su ritmo, sus tambores. Cristianizados con frecuencia a la fuerza, los negros reaco-

modaron los santos cristianos a las exigencias de su cultura y su religión. Aquí, africanizaron e hicieron suyo a San Benito. Y desde esos días, san Benito es bailado y venerado con verdadera devoción.

Por los pueblos del Sur del Lago de Maracaibo, existen más de cincuenta historias sobre San Benito. La mayoría de ellas tienen un verdadero candor y son exquisitas recreaciones populares elaboradas sobre ciertas historias de la biblia o de las vidas de algunos santos. La mayoría de estas historias coincide en señalar que Benito nació como fruto del amor adultero de su madre, la Reina de Sicilia, con un esclavo. Pese a que su padre era negro, Benito nació como viva imagen de su mamá: blanco, catire, de ojos azules. A medida que iba creciendo, lo molestaban tanto las mujeres que, para huir de su acoso, le pidió a Jesucristo que le cambiara el color de la piel, a ver si así lo dejaban tranquilo. A pesar de que Jesucristo le decía que los negros son también muy apetecidos por las mujeres, como Benito seguía insistiendo en su deseo de ser negro, Jesucristo aceptó cambiarle el color de la piel. Y no sólo eso, sino que le asignó como su día el Viernes Santo.

Pero como en ese día no se podía ni martillar porque se le clavaban más profundos los clavos a Jesús, ni bañarse pues uno se convertía en pescado, y mucho menos bailar pues era un pecado gravísimo, Benito se aburría muchísimo y le solicitó a Jesucristo que le cambiara su día. Jesucristo vio que le quedaba disponible el 27 de diciembre, día buenísimo para parrandear pues está entre Navidad y Año Nuevo, y se lo asignó a Benito. Después, Benito acudió con sus vasallos a pedirle toda una semana. Jesucristo

no pudo complacerlos porque tenía ya todos los días asignados, pero ellos se las arreglaron para extender la fiesta hasta el seis de enero. Por eso los chimbángueles o bailes de tambor llenan de colorido y fiesta los pueblos del Sur del Lago: el 27 de diciembre en El Batey, el primero de enero en Bobures, y el seis de enero en Gibraltar.

A pesar de la dolorosa historia de la esclavitud de los negros, a pesar de que algunos mantienen contra ellos una actitud racista que ofende y humilla más al que la mantiene que al negro, la sangre negra se mezcló con la sangre india y europea y está hoy presente en la realidad actual del Zulia y de toda Venezuela. A lo largo de los años, la sangre negra, junto con las otras, fue labrando nuestro ser y nuestra identidad. Venezuela es india, es blanca y es también morena. En las venas del venezolano y del zuliano corren como profundos ríos subterráneos, América, Europa y África. Y debemos sentirnos orgullosos de que así sea.

4.4.- Los ataques de los piratas.

Poco a poco Maracaibo fue prosperando y adquiriendo su perfil como ciudad-puerto por donde se exportaban la mayor parte de los productos y riquezas que se producían en la amplia cuenca del lago de Maracaibo y en la región andina. Maracaibo, que no producía nada, lo comercializaba todo: el tabaco que se producía en Barinas se exportaba como “Tabaco de Maracaibo” y a los puertos españoles y de otras colonias llegaban “Harina de Maracaibo”, “Cacao de Maracaibo”, “Azúcar de Maracaibo”..., producidos en otras regiones. La ciudad fue

cambiando su aspecto de aldea y las tejas sustituyeron poco a poco los techos de paja y de enea. Incluso los más acaudalados comenzaron a vivir en casas de dos pisos, gran lujo para esos días. Algunas familias de Maracaibo tenían sus haciendas en Gibraltar, ciudad que en esos tiempos era tan próspera como Maracaibo. Por esos años, sin embargo, y a pesar de los estrechos lazos que ligaban a Maracaibo con Gibraltar, Maracaibo pertenecía a la Provincia de Venezuela y dependía de la Audiencia de Santo Domingo, mientras que Gibraltar pertenecía a la Provincia de Mérida y La Grita y dependía de la Audiencia de Santa Fe de Bogotá. El 31 de Diciembre de 1666, una cédula real incorporaba a Maracaibo a la Provincia de Mérida. Dos años más tarde, Maracaibo fue nombrada capital de la Provincia que empezaría a llamarse Provincia de Maracaibo.

La fama y la riqueza de Maracaibo y Gibraltar atraerían pronto a los piratas que andaban robando y saqueando por las aguas del Caribe. Contra lo que muchos imaginan, los piratas no eran un puñado de aventureros, sin ley y sin patria, sino que, con frecuencia, formaban verdaderas escuadras con numerosos barcos bien armados, que trabajaban para los reyes europeos enemigos de España.

El 23 de diciembre de 1642, llegó a Maracaibo el pirata inglés William Jackson al frente de 11 barcos y numerosa tropa bien armada. Durante dos meses y ocho días permanecieron en la ciudad robando y saqueando todo lo que pudieron. El primero de febrero se marcharon a Gibraltar donde repitieron la misma historia de pillaje, saqueo e ignominia.

Para proteger la ciudad de nuevos ataques de piratas, en 1643 se comenzó a construir el castillo de San Carlos. Se eligió el lugar estratégico en la entrada de la Barra, el estrecho canal que une el lago de Maracaibo con el Golfo de Venezuela. Los cañones del castillo intentarían con sus voces de fuego impedir el paso a Maracaibo.

4.4.1.- El Olonés

En 1665, el corsario francés Juan David Nau, mejor conocido como “el Olonés”, por haber nacido en el pueblo francés de Olone, se presentó con numerosa tropa en la barra del lago con la intención de llegar a Maracaibo y saquearla. Para no exponer los barcos a los cañonazos del castillo, desembarcó a sus 440 hombres y los lanzó al asalto de la fortaleza que estaba defendida por 250 soldados. El combate fue rudo y ambas partes combatieron con gran valor. Por fin, los piratas lograron tomar el castillo, degollaron gran parte de la guarnición, hicieron prisioneros a los demás, destruyeron los cañones y se dirigieron a Maracaibo, sin que ya nadie pudiera detenerlos.

Maracaibo tendría entonces unos ocho mil habitantes, pero cuando llegaron los piratas, sólo encontraron unos pocos ancianos y esclavos. Todos los demás, al oír los cañonazos de advertencia del castillo, huyeron con sus principales riquezas a Gibraltar.

El Olonés y sus hombres saquearon cuanto pudieron y empezaron después a torturar a las personas que encontraron para que les dijeran dónde estaban los habitantes de Maracaibo. Así supieron que habían huido a Gibraltar. Y allá se fueron los piratas surcando las aguas del lago con sus banderas de muerte.

Cuando llegaron a Gibraltar, encontraron la ciudad muy bien defendida, pues su guarnición había sido reforzada con soldados de Mérida que habían llegado dirigidos por el propio Gobernador.

Parecía imposible que los piratas pudieran tomar Gibraltar. Varias veces lo intentaron y siempre fueron rechazados. Tras uno de estos ataques, huyeron a la desbandada y los defensores de Gibraltar, entusiasmados con su victoria, salieron a perseguir a los que huían con la idea de no dejar un solo pirata con vida. Esto fue su perdición. En la lucha cuerpo a cuerpo, eran muy superiores los piratas, y más de 300 soldados, entre ellos el Gobernador de Mérida y sus oficiales, cayeron en el combate. El resto de la guarnición se rindió. Y empezó el saqueo, violento y sin misericordia, de Gibraltar. Durante seis semanas, todo fue robos, violaciones, matanzas, torturas...

Cuando ya no quedaba nada valioso que robar, los piratas decidieron irse. Pero antes, exigieron una fuerte suma de dinero para entregar la ciudad. Como algunos dudaban si debían cumplir o no esta exigencia, los piratas empezaron a incendiar Gibraltar. Así lograron lo que pedían.

Al pasar de regreso por Maracaibo, El Olonés exigió 500 vacas gordas para salarlas y así proveerse de abundante carne. Ante el temor de que, si no cumplían, los piratas incendiarían Maracaibo, los habitantes de la ciudad cumplieron la exigencia.

Por fin, El Olonés se fue de Maracaibo. En sus barcos llevaba hasta las cruces, cuadros y campanas de las iglesias, pues decía que iban a construir una capilla en la isla de La Tortuga.

Dos años más tarde, cayó sobre Maracaibo el pirata Miguel el Vascongado que había participado en el saqueo de El Olonés. Agarró a algunos de los habitantes más notables de la ciudad, los encerró en la iglesia y pidió rescate bajo la amenaza de degollarlos si no pagaban lo que exigía por ellos.

Para librarse de él, Maracaibo tuvo que cumplir sus exigencias. Miguel el Vascongado no marchó a Gibraltar.

4.4.2.- Ataque de Henri Morgan

En 1669, Maracaibo y Gibraltar sufrirían los saqueos y humillaciones más terribles de su historia a manos del pirata inglés Henri Morgan, un hombre tan terrible que cuando la gente oía su nombre se ponía a rezar.

Tampoco quiso Morgan exponer sus barcos a los fuegos del Castillo de San Carlos. Por ello, desembarcó a sus hombres y los lanzó al asalto de la fortaleza, que tomaron sin problemas pues sus defensores la habían abandonado. Para no tener problemas a su regreso, Morgan destruyó el Castillo antes de continuar viaje a Maracaibo, ciudad que encontraron desierta pues sus habitantes habían huido a Gibraltar. Saquearon todo lo que pudieron y se enrumbaron por el lago hacia Gibraltar, ciudad que también encontraron abandonada pues sus habitantes, conocedores de la crueldad de Morgan, habían huido a los montes cercanos. A base de torturar a las personas que conseguían, Morgan y sus hombres se fueron enterando de los lugares donde los habitantes de Maracaibo y Gibraltar se habían escondido y ocultado sus riquezas. Pasaron los piratas cinco semanas saqueando todos los alrededores.

Cuando Morgan pensó que ya no merecía la pena seguir buscando, decidió regresar a Maracaibo llevándose como rehenes algunos ciudadanos importantes que había logrado apresar. En Maracaibo, sólo encontraron un único habitante que vagaba por las calles como un fantasma repitiendo una y otra vez que una escuadra española compuesta de tres barcos de guerra, al mando del Vice-Almirante Don Alonso del Campo y Espinoza, estaba esperando a los piratas a la salida de la barra. Decía también que el Castillo de San Carlos había sido reparado y ocupado por una valiente guarnición que iba a destrozar sus barcos cuando intentaran salir.

Los piratas habían quedado, pues, atrapados. Pero Morgan, en vez de acobardarse, decidió pasar a la ofensiva y envió a Don Alonso dos emisarios diciéndole que si no le pagaba 20.000 pesos, iba a incendiar Maracaibo y degollar a sus prisioneros.

Don Alonso, impresionado por tal descaro y osadía, le respondió que si devolvían todo lo robado, los dejaría pasar sin problema, pero que, si no, iba a echar sus barcos al fondo del mar. Los 20.000 pesos que pedía, se los iba a pagar con balas de cañón.

Morgan reunió a sus hombres en la plaza del Mercado (hoy plaza Baralt), les comunicó la respuesta de Don Alonso, y los arengó a defender con la última gota de su sangre todo su botín. Los piratas, borrachos de alcohol y de frenesí, manifestaron a gritos su firme decisión de morir antes de devolver lo robado. Al día siguiente, sin embargo, con sus cabezas más serenas y comprendiendo que la vida, aun sin riquezas, valía mucho más que la muerte, propusieron negociar con Don Alonso y entregar parte del botín, a

cambio de que los dejara salir sin ser atacados.

Don Alonso rechazó de plano tales propuestas y amenazó con pasarlos a cuchillo si en 24 horas no entregaban lo robado, dejaban libres a los prisioneros y se iban de inmediato.

La astucia habría de salvar a los piratas. Agarraron un barco viejo, lo cargaron con pólvora y materias inflamables, y lo transformaron de modo que pareciera su nave capitana. Así, llevando al frente este barco-trampa, avanzaron contra las naves españolas. Don Alonso los vio venir, y aunque le extrañó que los piratas se acercaran sin disparar un solo cañonazo, lo atribuyó a que se estaban preparando para el abordaje y el combate cuerpo a cuerpo, que era la forma de combate preferida por los piratas. Por ello, él también prescindió de los cañones para alistar a sus hombres para el asalto. Esto fue su perdición: un simple cañonazo hubiera hecho volar por los aires ese barco-trampa cargado de pólvora y combustibles.

Arrastrada por el viento y la corriente, la falsa nave capitana de los piratas, llegó junto a la nave capitana de los españoles. Los piratas que la tripulaban le prendieron fuego y se lanzaron al agua. Cuando Don Alonso comprendió la jugada, ya era demasiado tarde: ambas naves ardían, y en muy poco tiempo, el principal navío de la escuadra española quedaba completamente destruido, y casi toda la tripulación perecía abrasada o ahogada. A duras penas logró salvarse Don Alonso en un bote con algunos marineros.

Aprovecharon los piratas estos momentos de sorpresa y espanto para atacar el segundo barco español cuyos tripulantes, aterrorizados por la pérdida repen-

tina de su nave principal, opusieron poca resistencia y se rindieron. El tercer barco español intentó huir, pero fue arrastrado por la corriente, encalló cerca del Castillo y sus tripulantes, para evitar que cayera en manos de los piratas, lo incendiaron.

Todo este desastre se llevó a cabo en menos de una hora. Pero quedaba todavía el Castillo, bien artillado y defendido, donde se había refugiado Don Alonso. Los piratas intentaron tomarlo por asalto, pero desistieron después que tuvieron 70 bajas entre muertos y heridos.

Morgan regresó a Maracaibo a reparar “La Marquesa”, la nave apresada a los españoles, y la escogió para que fuera su nave capitana. Después, envalentonado con su triunfo, envió un emisario a Don Alonso exigiéndole el pago de 30.000 pesos y 500 reses, bajo la amenaza de que, si no pagaba, incendiaría y destruiría Maracaibo.

Don Alonso se negó rotundamente a satisfacer las exigencias de los piratas, y ya iban a comenzar a incendiar Maracaibo, cuando sus habitantes imploraron a Morgan que no lo hiciera porque ellos le pagarían lo que pedía. Al día siguiente, le entregaron las quinientas reses y parte del dinero, y lograron que les bajara la cantidad exigida a 20.000 pesos. Mientras mataban y salaban las reses, los habitantes de Maracaibo lograron reunir el resto de la paga. Pero Morgan se negó entonces a liberar a los prisioneros, diciendo que los necesitaba para pasar sin problemas frente a los cañones del Castillo. Después, seleccionó a algunos de los prisioneros y los envió para que convencieran a Don Alonso de que no disparara contra los barcos de los piratas pues ellos irían en ellos y sus

vidas iban a correr grave peligro. Por mucho que le imploraron de rodillas, Don Alonso no les hizo caso y se dispuso a hundir a cañonazos los barcos de los piratas y vengar de este modo todos sus fracasos y humillaciones.

Una vez más, la astucia de Morgan salvó a los piratas. Mediante una serie de engaños, hizo creer a Don Alonso que iba a lanzar a sus hombres por tierra al asalto del Castillo, y cuando logró que trasladaran a ese lado la mayor parte de los cañones, dio en la noche la orden de partida y sus barcos lograron pasar frente al Castillo, sin que los pocos cañones que quedaban de este lado les pudieran hacer daños graves.

4.4.3.- Ataque de Francisco Gramont

Nueve años más tarde, en 1678, otros barcos piratas, esta vez comandados por el francés Francisco Gramont, se acercaron de nuevo al Lago de Maracaibo con intenciones de saquear las riquezas de sus ciudades más importantes.

Cuentan que Gramont, a los 14 años de edad, mató en duelo de espadas a un oficial que pretendía a su hermana. Posteriormente, se hizo pirata para poder costear los enormes gastos de su esposa, una jovencita de la más alta nobleza, acostumbrada a derrochar grandes fortunas.

Gramont se presentó con 700 hombres frente al Castillo de San Carlos que, en esos momentos, estaba defendido por tan sólo setenta soldados. El jefe del Castillo estaba dispuesto a defenderlo heroicamente, pero los piratas, en vez de atacarlo, prefirieron sitiarlo para rendir a sus defensores por hambre y sed. A los pocos días, los defensores del Castillo se rindieron a cambio de sus vidas.

Nuevos saqueos de Maracaibo y Gibraltar, de los pueblos y aldeas cercanos, y como el botín no les parecía suficiente, se dirigieron a Trujillo, ciudad que saquearon e incendiaron antes de partir.

Después de permanecer seis meses saqueando y robando todo lo que pudieron, Gramont y sus hombres se marcharon de Venezuela con un botín que juzgaron pobre para ser repartido entre setecientos hombres.

El ataque de Gramont fue el último de los piratas contra Maracaibo, que, para prevenir nuevos ataques, fortificó más sus defensas, tanto en la entrada de La Barra como en la propia ciudad. En el siguiente siglo, el XVIII, Maracaibo sobresaldría como puerto principal de toda la región e iba a alcanzar un notable desarrollo.

4.5.- Otras fundaciones importantes.

Junto a Maracaibo y Gibraltar, los pueblos zulianos más importantes durante el período colonial fueron Los Puertos de Alta gracia y La Villa del Rosario de Perijá.

Dijimos más arriba que Ambrosio Alfínger fundó una especie de puerto, que llamaron El Pasaje, en la costa oriental del Lago de Maracaibo, que podríamos considerar como la raíz de Los Puertos de Alta gracia. Propiamente el pueblo nació, con rango de Villa, el 26 de Diciembre del año 1600. El nombre de Nuestra Señora de Alta gracia se debió a la creciente devoción a esta Virgen, introducida por los padres agustinos.

Una próspera vida económica mediante el desarrollo agropecuario y de la pesca, la creciente importancia

como puerto para unir el Oriente de la Provincia con Maracaibo, el ser cuna de personalidades ilustres y los persistentes rumores de que en su comarca había minas de oro, ganaron pronto a los altagracianos fama de idealistas, engreídos y soñadores, fama magistralmente expresada en el dicho que “Don Quijote de La Mancha había sido enterrado en la Plaza Mayor de la Villa de Altagracia”.

En la visita que el Obispo Martí efectuó al Zulia entre 1774 y 1776, anotó que Los Puertos tenía 200 casas habitadas por 225 familias, para una población total de 1.295 habitantes, sin contar 157 esclavos. El Obispo anotó que los hombres eran muy aficionados al juego de las cartas, y que los fieles hablaban demasiado durante la misa.

La Villa del Rosario fue fundada en 1722 con un grupo de familias españolas de las islas Canarias. El 9 de mayo se le otorgó al fundador, Juan de Chourio, mediante Real Cédula, poder “para la pacificación de indios rebeldes de los valles y tierras de Perijá en la Provincia de Maracaibo, fundación de una Villa de cien vecinos españoles y licencia para llevar de Cádiz cuatro navíos de a cien toneladas, libres de derechos de entrada y salida, o introducción de 600 negros”.

La Villa se había fundado en tierras muy fértiles y por gente trabajadora. Manuel García de la Peña, sucesor de Juan de Chourio, impulsó mucho la agricultura y tuvo tal éxito que los reyes de España le otorgaron a él y sus descendientes el título de Marqués de Perijá. Pronto cobró fama en el mundo el cacao de Perijá, los melados, papelones, quesos..., y en 1796 se impulsó mucho el cultivo del lino y cáñamo, pues se les regaló tierras a todos los que quisieran cultivarlas.

Según el informe del Obispo Martí, Maracaibo tenía por esos días 1.283 casas con calles bien trazadas. Había dos barrios, el Portuario y El Saladillo, llamado así por estar junto a una salina. La población total de Maracaibo alcanzaba la cifra de 10.312 habitantes y unos 1.867 esclavos.

Entre los pueblos zulianos fundados en el Siglo XVIII, que llegarían a adquirir cierta importancia, podemos señalar a San Carlos del Zulia (1778), Santa Bárbara (1780), Santa Rita (1790) y Sinamaica (agregada a la Provincia de Maracaibo en 1790). La mayor parte de estas fundaciones, así como la de innumerables pueblos, muchos de los cuales desaparecieron, se debió al celo apostólico de los misioneros en su afán de cristianizar a los indígenas.

4.6.- Formación de la Capitanía General de Venezuela

Hasta el año de 1777, no existió Venezuela como una unidad política autónoma. El actual territorio de Venezuela lo comprendían seis provincias: Venezuela o Caracas, Cumaná, Maracaibo, Margarita y Trinidad (isla que años más tarde le sería arrebatada a España por los ingleses). Lo que entonces se conocía como Provincia de Venezuela o de Caracas era una pequeña parte de la actual Venezuela y no tenía nada que ver con Maracaibo, Cumaná, Guayana y las otras provincias.

Las provincias de Maracaibo y Guayana dependían política, militar y judicialmente del virreinato de Nueva Granada, es decir, de Bogotá. La provincia de Venezuela o de Caracas dependía en todo de Santo Domingo. Las provincias de Cumaná, Margarita y Trini-

dad dependían de Bogotá en lo político y militar, pero en lo judicial dependían de Santo Domingo.

Por real cédula del 8 de Septiembre de 1777, el rey Carlos III de España creó la Capitanía General de Venezuela. Las seis provincias quedaban unidas, bajo la autoridad superior de un Capitán General que residiría en Caracas y sería la máxima autoridad en cuestiones políticas y militares. Judicialmente, la recién fundada Capitanía General de Venezuela siguió dependiendo de Santo Domingo hasta 1786, año en que se creó la Real Audiencia de Caracas.

No le gustó a Maracaibo quedar bajo el dominio de Caracas, protestó la medida y pidió con insistencia volver a su situación anterior, es decir, seguir dependiendo de Bogotá, pero los reyes españoles no atendieron los reclamos de Maracaibo y así quedó consagrada la unidad territorial de la actual Venezuela. Para entender hoy estos reclamos y la resistencia de Maracaibo a depender de Caracas, no podemos olvidar que la provincia de Maracaibo comprendía entonces los actuales Estados Zulia, Táchira, Trujillo y Mérida, muy ligados a Nueva Granada(hoy Colombia), y que Maracaibo fue adquiriendo importancia debido a su condición de puerto principal por el que se movilizaba el comercio de la vasta región de la cuenca del lago que comprende las hoyas hidrográficas de numerosos ríos, algunos de los cuales vienen de tierras colombianas. No olvidemos tampoco que, en esos días, los ríos eran los principales caminos para movilizar los productos de exportación e importación y, por ello, equivalían a las carreteras de hoy que relacionan y unen las diversas regiones. Las relaciones entre Maracaibo y Caracas eran, por consi-

guiente, muy escasas. Además, si bien Caracas estaba comenzando a vivir cierto desarrollo, debido sobre todo al auge de la economía del cacao, estaba muy lejos de tener la prestancia y poder de Bogotá. No es de extrañar, por consiguiente, que cuando unos años más tarde, el 5 de Julio de 1811, Caracas proclamó la independencia, Maracaibo se mostró reacia a apoyar una propuesta liderada por los caraqueños.

4.7.- Paz con los barí (motilones) y con los guajiros.

En 1772, Juan Sebastián Guillén, Tesorero de Maracaibo, logró pacificar a los barí o motilones, que seguían oponiendo resistencia a la usurpación de sus tierras y al dominio de los blancos. Si bien hoy los barí han quedado reducidos a un pequeño número, por esos días eran un pueblo numeroso que ocupaba grandes extensiones de la Provincia de Maracaibo, y habían llevado sus ataques hasta Mérida, La Grita y San Cristóbal e incluso hasta las ciudades colombianas de Cúcuta y Pamplona.

La pacificación lograda por Guillén fue posible gracias al papel que desempeñó el joven intérprete Sebastián Joseph, un barí que había sido apresado de niño en una expedición anterior, y lo habían entregado a Guillén para que lo criara. Guillén lo trató con cariño, le enseñó castellano y decidió llevarlo como guía en esta expedición.

Los barí causaron una muy grata impresión a Guillén que, en su diario de campaña, escribió los siguientes párrafos:

“Es una de sus cualidades principales el culto a la verdad pues detestan la mentira. Consideran un gran crimen el robo y le brindan al necesitado lo que pide. Mantienen entre ellos relacio-

nes muy cordiales y trabajan sus campos en común y cada uno toma de ellos los frutos que necesita para su sustento diario.

“No viven sujetos a ningún superior que los domine y, según lo que pude observar, mantienen entre ellos una unión fraternal y toman las decisiones por unanimidad. Sólo hay entre ellos algunos ancianos a los que prestan más atención por la agudeza de sus palabras y son los que enseñan a los jóvenes sus costumbres, hazañas y tradiciones que guardan en la biblioteca de su memoria.

“A pesar de que en sus tierras abundan el maíz, la palma y la yuca con que los indios suelen fabricar sus bebidas alcohólicas, estos indios sólo toman agua, algo realmente asombroso dado que a la mayoría de los indios les gusta embriagarse...”

Lograda la pacificación de los barí, las autoridades de Maracaibo intentaron pacificar también a los guajiros, pueblo indómito y guerrero, que no reconocían otra ley o autoridad que la suya. En consecuencia, comerciaban por igual con españoles, ingleses, holandeses y franceses y hasta la Compañía Guipuzcoana, que tenía entre sus funciones principales, impedir el contrabando, fracasó con los guajiros. Siendo originalmente un pueblo seminómada, los guajiros se convirtieron en pastores y ganaderos con las reses robadas en sus asaltos a las haciendas de los blancos.

En 1776, los guajiros atacaron fuertemente las haciendas que los españoles habían fundado a lo largo de los ríos Limón y Socuy, y se robaron todo el ganado que pudieron. Para impedir nuevos ataques, se fundó la Villa de San Bartolomé de Sinamaica, llamada Karouya por los indígenas y Garabuya por los mestizos. Para la fecha de su fundación, Sinamaica dependía del Nuevo Reino de Granada pues pertenecía a la jurisdicción de Riohacha. Como las comunicaciones eran

muy difíciles y peligrosas por los continuos ataques de los guajiros, los habitantes de Sinamaica le pidieron al Rey de España que su pueblo fuera agregado al territorio de Maracaibo, hecho que el Rey concedió por una orden real del 12 de agosto de 1790. Este hecho va a tener una importancia capital en todos los pleitos posteriores entre Colombia y Venezuela por la delimitación de sus fronteras.

La nueva villa de Sinamaica comprobaría muy pronto el espíritu guerrero de los guajiros. Entre los ataques, sobresalen los que dirigió Yaurepara, el último gran cacique zuliano, que, al frente de sus jinetes guajiros, descargaba una nube de flechas y se perdía, en un torbellino de cólera y polvo, por la sabana ardiente. El gobernador de Maracaibo, Juan Ignacio de Armada, resolvió por todos los medios entablar la paz con Yaurepara. A tal fin, le envió emisarios pidiéndole se trasladase a Maracaibo. Yaurepara aceptó. Acompañado de diez indios notables y de algunos servidores, pasearon a lomos de finos caballos muy bien engalanados, sus esbeltas figuras de bronce, curtidas por el viento y sol de La Guajira. Los guajiros fueron agasajados durante cuatro días y recibieron 30 mulas, 10 caballos, 15 vacas y otros regalos. En la Casa Consistorial o Ayuntamiento, Yaurepara firmó la paz con los gobernadores de Maracaibo y Riohacha.

Pero esta paz no sería duradera. El guajiro, con razón, sentía que esas tierras le pertenecían y que el invasor no era él, sino el alijuna (blanco). Además, su cultura ancestral le obligaba a vengar toda ofensa recibida y a cobrar con sangre toda herida o muerte de alguno de los suyos. El propio Yaurepara atacaría posteriormente a Sinamaica y se llevaría todo su ganado.

5.-LA INDEPENDENCIA DE LA PROVINCIA DE MARACAIBO

El 19 de Abril de 1810, el Cabildo o Ayuntamiento de Caracas dio un verdadero golpe de estado a las autoridades coloniales y destituyó al Capitán General Don Vicente Emparan. El cinco de Julio del año siguiente, 1811, Venezuela proclamó su independencia definitiva de España. Como consecuencia de esta acción, comenzó enseguida una terrible guerra entre realistas y republicanos, es decir, entre los que querían seguir dependiendo del poder español y los que aspiraban a la libertad definitiva.

Maracaibo se mantuvo ajena a esa guerra, permaneció fiel a España y sólo proclamó su independencia en enero de 1821, es decir, 5 meses antes de la batalla definitiva de Carabobo. Incluso los reyes de España le dieron el título de “Ciudad fiel y leal”, emblema que todavía mantiene en su escudo. Como consecuencia de su fidelidad a los reyes españoles, la Provincia de Maracaibo perdió a Mérida y Trujillo que se inclinaron por la independencia, y su territorio quedó reducido prácticamente a lo que hoy conocemos como Estado Zulia.

La personalidad del gobernador de Maracaibo, Fernando Miyares, que sería nombrado Capitán General de Venezuela tras la renuncia de Emparan, y la rivalidad y distanciamiento entre Caracas y Maracaibo están entre las razones para explicar la tardanza de la Provincia de Maracaibo a sumarse al movimiento

independentista. A pesar de esto, y como veremos más adelante, en Maracaibo hubo muchos ciudadanos que fueron fervientes patriotas y fueron también frecuentes los intentos de rebelión para proclamar la independencia del poder español.

5.1.- Esplendor de Maracaibo según Depons

Antes de narrar los sucesos que llevaron a la independencia de Maracaibo, parece oportuno asomarnos a una visión de la ciudad a comienzos del siglo 19. Contamos para ello con el testimonio del francés Francisco Raimundo José Depons, que estuvo en Venezuela durante los años 1801 a 1804, como agente del gobierno francés. De vuelta a París, Depons publicó en 1806 un libro titulado “Viaje a la parte oriental de Tierra Firme en la América Meridional”, que pronto se constituyó en una extraordinaria fuente de información. Posiblemente, Depons visitó Maracaibo en 1803, y así describió a la ciudad y a sus habitantes:

“La ciudad de Maracaibo está situada a la margen izquierda del lago del mismo nombre y a seis leguas distante de la mar. Su asiento es arenoso y sin ninguna capa de tierra vegetal; su temperatura es tanto más cálida cuanto que las brisas son débiles y poco regulares, el suelo no está regado por ninguna especie de agua corriente y las lluvias son allí raras; el calor es excesivo principalmente desde Marzo hasta Octubre, pero los meses de Julio y Agosto son insoportables: el aire que se respira en esa época parece salir de un horno.

“El único medio de que dispone para contrarrestar los efectos de aquella atmósfera calcinadora, es el baño en las aguas del lago: en ella calman los habitantes de Maracaibo el ardor de la sangre inflamada por la acción del sol. A pesar de ese extremo y casi continuo calor, el temperamento de Maracaibo es sano y

no hay ninguna enfermedad endémica; el hombre ya aclimatado conserva bien su salud, incluso mejor que en muchos otros lugares donde el calor es menos fuerte y los medios de refrescarse más numerosos...

“Hay en Maracaibo muchas casas construidas con argamasa, y de muy buen aspecto; pero por más medidas que haya tomado el Gobierno, por más abundantes que sean las maderas de construcción, por más baratas que sean las tejas, por más frecuentes que sean los incendios que a menudo han devorado calles enteras, más de las dos terceras partes de los habitantes se aferran a la opinión de que los techos de tejas convierten las casas en braseros destructores de las personas que las habitan, y conservan la costumbre de cubrirlas, por hermosas que sean, con una especie de junco que crece en las orillas del lago y que los españoles llaman enea. Esta mezcla de casas de tejas y de enea da a la ciudad un aspecto de aldea que choca a la vista, y ofrece a la voracidad del fuego alimentos que mantienen la población en peligro...

“Como no hay fuentes, ni pozos, ni ríos, no se bebe más agua que la del lago, cuyo gusto no es agradable, pero cuya calidad no es mala, excepto durante las fuertes brisas de Marzo y Abril, en que las aguas del mar, mezclándose con las del lago, las hacen salobres hasta el punto de no ser potables. La parte pobre de la población en estos casos apaga su sed con el agua que obtiene haciendo excavaciones en la tierra, y aquella es de mal gusto y muy poco saludable. Los acomodados salvan este inconveniente construyendo cisternas en sus casas para recoger las aguas de lluvia; los que no pueden tanto, tienen grandes tinajas destinadas al mismo objeto.

“Maracaibo tiene, según el censo hecho en 1801, 22.000 habitantes; pero los españoles que en aquella época llegaron allí, procedentes de la parte española de Santo Domingo (de donde el Gobierno del negro Toussaint los había hecho huir) elevaron la población de

Maracaibo a 24.000 almas, divididas en cuatro clases: los nobles, los blancos plebeyos, los esclavos y los libertos...

“En Maracaibo hay pocos esclavos, su número no pasa de 5.000. Los libertos son también pocos y ejercen todos los oficios: son carpinteros, sastres, zapateros, ebanistas, albañiles o herreros.

“La costumbre que los habitantes de Maracaibo adquieren desde la infancia, de navegar en el lago, ya sea por placer, ya por la pesca o por el transporte de los productos que sus orillas meridionales producen, despierta en ellos desde temprano el gusto por la navegación... La proximidad del lago en cuyas aguas se ejercitan desde niños, hace de ellos excelentes nadadores y hábiles buzos. Los que no se sienten inclinados a la marina, fundan batos o cuidan los de sus padres; y la mejor prueba de sus aptitudes para este género de ocupación, es el número inmenso de animales que pululan en las sabanas de Maracaibo...

“Pero lo que honra aún más a los habitantes de Maracaibo, es la singular vivacidad de su inteligencia, su aplicación a la literatura y los progresos que en ella alcanzan, a pesar del mal estado en que se encuentra la instrucción pública en aquella ciudad. Mientras los Jesuitas tuvieron a su cargo la instrucción de la juventud, salieron de sus escuelas alumnos que hablaban el latín con facilidad y rara elegancia; que poseían perfectamente el arte de la oratoria y las reglas de la poesía; que escribían su lengua con una pureza tan notable por el atrevimiento de las ideas como por la claridad y el orden de la exposición; que estaban dotados, en una palabra, de todas las cualidades que constituyen al hombre de letras. La expulsión de estos sabios institutores arrebató a la juventud maracaibera todos los medios de ilustrarse.

“No obstante la carencia de recursos para instruirse, se encuentran en Maracaibo jóvenes tan favorecidos por la naturaleza, que las menores nociones desarrollan en ellos facultades que no se manifiestan en Europa sino con largos estudios y buenos

maestros... Los extranjeros que tienen negocios en Maracaibo dicen que en materia de intereses es preferible entenderse con las mujeres, porque ellas tienen la buena fe y la solidez que en otras partes son atributos particulares de los hombres.

“Puesto que el hilo de la narración me conduce a hablar de las mujeres de Maracaibo, debo hacer constar que en su juventud son ejemplares por el pudor; en el matrimonio, esposas fieles y excelentes madres de familia: los miramientos para el marido, los cuidados del hogar y la buena educación de los niños, constituyen el objetivo de sus ocupaciones y de su solicitud. La única diversión que tienen antes y después del matrimonio, es la música: su instrumento favorito es el arpa; y muy contadas son las casas donde no se oyen las armonías de este instrumento por las noches y durante todos los días de fiesta”.

5.2.- Los primeros intentos independentistas.

Si bien dijimos más arriba, que Maracaibo proclamó muy tarde su independencia, no es menos cierto que fueron muchos y muy variados sus esfuerzos para librarse del yugo español.

El 6 de marzo de 1799, es decir, antes de que se cerrara el siglo XVIII, llegaron a Maracaibo, procedentes de Haití, dos buques franceses cafeteros y una goleta inglesa que habían apresado en el camino. Pedían permiso para quedarse unos días en el puerto mientras reparaban uno de sus barcos. El Gobernador, Don Juan Ignacio Armada, les concedió sin problema alguno el permiso que solicitaban.

Pero el 19 de marzo de 1799, el cabo Tomás Ochoa, se presentó en la gobernación insistiendo que debía hablar con el Gobernador pues tenía una información gravísima que darle: según Ochoa, los marinos de los barcos, en su mayoría mulatos y negros, esta-

ban tramando una rebelión para acabar con el poder de los blancos y establecer una república dirigida por negros y mulatos. Ya habían logrado convencer a muchos, entre ellos al mulato Francisco Javier Pirela, sastre de profesión y subteniente de una compañía de milicias pardas, que iba a ser el cabecilla de la rebelión prevista para el 19 de mayo. En ese día y teniendo como excusa unos bailes rumbosos en la casa de algunas personalidades de la ciudad, apresarían al gobernador, saquearían la ciudad, y acabarían con el poder de los realistas pues instaurarían una república independiente gobernada por Pirela. Los marinos de Haití apoyarían la rebelión. El cabo Ochoa sabía todo esto porque él mismo había sido invitado por el propio Pirela a sumarse al plan.

Tras la información del cabo Ochoa, el Gobernador tomó rápidas medidas, apresó a los principales cabecillas y el intento de rebelión fue sofocado. Se hicieron 68 presos, entre ellos Pirela, quien confesó que los jefes de los barcos extranjeros le habían prometido nombrarlo Gobernador después de que hubieran matado a las autoridades de la ciudad. Reveló, además, que le habían ofrecido 9.000 pesos para organizar y proclamar la República. El 30 de Julio de 1800, Pirela fue juzgado y condenado a muerte. Posteriormente, le cambiaron la pena a cadena perpetua. El cabo Ochoa fue ascendido a subteniente como recompensa de sus informaciones.

Unos años más tarde, el 28 de diciembre de 1808, día de los Santos Inocentes, año y medio antes del pronunciamiento del Ayuntamiento de Caracas del 19 de Abril de 1810, apareció en Maracaibo un co-

municado, firmado por “Los Hijos de Maracaibo”, contra la monarquía y sus representantes. Por mucho que el Gobernador Miyares y el Ayuntamiento trataron de sobornar a los ciudadanos para que denunciaran a los autores del comunicado, nunca se descubrió quiénes lo habían escrito. Este hecho evidencia que ya en esos años, existía en Maracaibo una corriente en pro de la independencia.

Una vez que llegaron a Maracaibo noticias de los sucesos en Caracas del 19 de abril de 1810 y posteriormente de la declaración de independencia del 5 de julio de 1811, fueron varios los grupos que empezaron a organizarse para lograr que Maracaibo se sumara al movimiento independentista. Uno de estos grupos tenía planeado un golpe contra la monarquía y la proclamación de la independencia de Maracaibo para el 14 de febrero de 1812. Pero de nuevo hubo un traidor, Mauricio Villalobos, y el plan fue abortado. Numerosos implicados fueron arrestados, juzgados y deportados a Puerto Rico. Entre ellos, el joven José León Campos, hermano de Ana María, la heroína zuliana de la que hablaremos más adelante.

Otro movimiento independentista que surgió también en 1812, fue el que se conoce en la historia como La Escuela de Cristo. Lo llamaron así porque, para disfrazar sus verdaderas intenciones políticas, le dieron a su movimiento un aparente sentido religioso y solían tener sus reuniones en el templo de Santa Ana. Allí, entre murmullos de rezos, planeaban un golpe para apoderarse de Maracaibo y proclamar su independencia. El plan contemplaba apresar al Gobernador en el vía crucis nocturno del jueves santo del 26 de marzo. Una vez lograda la captura, lanza-

rían un cohete y los oficiales del cuartel de artillería que estaban comprometidos en el plan, proclamarían la independencia y atacarían el cuartel de pardos, en el caso de que no se hubieran rendido por las buenas. De nuevo, una traición impidió que se llevara a cabo el proyecto independentista. Servando García, un afiliado reciente a la Escuela de Cristo, le llevó la información al Gobernador, Coronel Pedro de Porras, y los principales conspiradores fueron apresados y enviados a las cárceles de Puerto Cabello y La Habana. Algunos de ellos, como Almarza, Vega y los hermanos Urribarri, lograron posteriormente escaparse de dichas cárceles y se juntaron a los ejércitos libertadores donde escribieron con su valor patriótico páginas gloriosas.

En 1821, el pueblo de Maracaibo levantó una columna, que llamaron la Pirámide, en la plaza principal de Maracaibo (hoy plaza Bolívar) y gravaron en ella los nombres de algunos de estos patriotas y mártires. Desgraciadamente, con la transformación de la plaza, fue derribada la Pirámide y los nombres de estos patriotas zulianos cayeron en el olvido.

5.3.-El Diputado José Domingo Rus, primer autonomista zuliano.

Mientras Venezuela comenzaba a arder en la vorágine de la guerra de independencia y aquí en Maracaibo se iban abortando las rebeliones contra la monarquía española, el Diputado José Domingo Rus, ferviente realista y gran amante y defensor de los intereses de Maracaibo, presentaba ante las Cortes de Cádiz una ardiente petición para que el rey español y las autoridades respectivas trataran a Maracaibo con

la atención que se merecía. No entendía Rus cómo podía residir la sede episcopal de la Provincia en Mérida, ciudad subalterna de Maracaibo, rebelde y sin importancia, y pedía ardientemente que se trasladara dicha sede a Maracaibo por la “calidad de la capital de la Provincia de su nombre, de puerto de mar, de su comunicación libre para el progreso de las artes, la literatura, industria y demás circunstancias”.

Junto a la insistencia de que Maracaibo, y no Mérida, debía ser lugar de residencia del Obispo, y por ello debía tener catedral y seminario, El Diputado Rus se mostraba en España ardiente defensor de la autonomía de Maracaibo, que debía librarse del poder de Caracas. Para ello, proponía Rus que se creara la Capitanía General de Maracaibo, independiente de Caracas. *“Es preciso confesar -manifestaba Rus el 10 de julio de 1812 a las cortes españolas- que Maracaibo ni por un momento debe depender de Caracas”*. Según Rus, la dependencia de Maracaibo de Caracas estaba acabando con la posibilidad de una verdadera prosperidad y desarrollo en la Provincia. Por ello, proponía que se descentralizara el gobierno de las provincias del interior, de modo que estas pudieran salir *“del abatimiento en que las habían tenido los siglos de hierro o las depravaciones de aquellas que con títulos de capitales como Caracas, todo lo absorbían, y nada concedían a las pobres subalternas, a quienes miraban con desprecio, porque nunca consultaron sino su propio interés, y el brillo de sus poseedores”*.

Aquí, en esta exposición de Rus, se encuentran las raíces del largo sentimiento del Zulia contra el centralismo caraqueño que tanto ha olvidado la debida atención a nuestro Estado.

5.4.- Rafael Urdaneta y la independencia de Maracaibo.

Si bien, como dijimos más arriba, Maracaibo proclamó muy tarde su independencia y por ello no fue destruida por ese huracán de violencia y sangre que sacudió al resto de Venezuela, vamos a asomarnos a esos sucesos terribles de la guerra de la independencia y de los difíciles años posteriores, de la mano de Rafael Urdaneta, zuliano ejemplar, protagonista y testigo de excepción de los acontecimientos más importantes.

Rafael Urdaneta nació en Maracaibo el 24 de Octubre de 1788. Sus padres se llamaron Miguel Jerónimo Urdaneta y María Alejandrina Farías. Su familia vivía en el centro de la ciudad, cerca de donde hoy se encuentra el Museo Urdaneta. Como solían pasar largas temporadas en su casa-hacienda de La Cañada, los cañaderos dicen que Urdaneta nació en La Cañada, y hasta bautizaron como “Cañada de Urdaneta” a su municipio. No es cierto, sin embargo, que Urdaneta nació en La Cañada: en la catedral de Maracaibo se conserva la partida de bautismo de Rafael, donde aparece que fue bautizado, con el nombre de Rafael José, el 25 de Octubre de 1788, es decir, al día siguiente de nacer. Y en aquellos tiempos en que no había carros ni lanchas de motor y se consideraba muy peligroso sacar a los niños recién nacidos de sus casas, nadie iba a emprender un viaje tan largo -desde La Cañada a Maracaibo- con un recién nacido para venir a bautizarlo.

La infancia de Urdaneta fue como la de los demás niños de las familias ricas de aquella época: jugar y estudiar. Aprendió a nadar en el lago, que entonces era de aguas limpias y cristalinas, cazó iguanas y

machorros en la hacienda familiar de La Cañada, y comió bastantes uvitas de playa, semerucos y cauji-les. Realizó sus estudios en Maracaibo y Caracas, en una de las poquísimas escuelas que entonces había, pues sólo los niños blancos y de familias nobles podían estudiar en aquellos tiempos. Cuando tenía 16 años se marchó a Bogotá, donde vivía su tío Martín Urdaneta, a proseguir sus estudios.

5.4.1.- Días de gloria y de dolor

El 20 de julio de 1810, el pueblo de Bogotá, como lo había hecho el pueblo de Caracas el 19 de abril de ese mismo año, decidió emprender el camino de su independencia y liberarse del poder español. Entre los más fervientes defensores de la libertad estaba Rafael Urdaneta quien ya tenía 22 años y, contra la voluntad de su tío que era realista, se alistó en el ejército, dispuesto a entregar su vida por la causa de la libertad.

Pronto vinieron los primeros enfrentamientos con los ejércitos realistas: Palacé, San Gil, Charalá, Venta-Quemada, Bogotá... Urdaneta se adentraba en las batallas con un valor maduro, sin odio, y por ello, sin miedo. Con la seguridad de estar viviendo la vida del único modo que merecía la pena: entregándola por la independencia. Y salía de los combates, cubierto de gloria.

En 1813, se encontró Urdaneta por primera vez con Simón Bolívar, de quien siempre habría de ser amigo entrañable y fiel. Bolívar se había refugiado en Nueva Granada (hoy Colombia) tras la caída en Venezuela de la Primera República, y hablaba de invadir a Venezuela y llegar en un relámpago de furia y glo-

ria desde Cúcuta hasta Caracas. La gente no tomaba muy en serio las ideas de Bolívar y hasta les parecían una locura. Por eso, no querían acompañarle. Entonces, Rafael Urdaneta se dirigió a Bolívar y le dijo: — Mi comandante, si con dos hombres basta para liberar la Patria, estoy listo para acompañar a usted. Estas palabras de Urdaneta alentaron a muchos indecisos. Unos días más tarde, 500 valientes salían rumbo a Mérida y de allí, en una verdadera marcha triunfal que la historia recuerda como La Campaña Admirable, fueron avanzando de gloria en gloria hasta Caracas, ciudad a la que entraron victoriosos el 7 de agosto de 1813. El sueño que parecía imposible se había hecho realidad. Al lado de Bolívar que fue aclamado como Libertador, el corazón de Urdaneta era una fiesta.

Para asegurar sus victorias, intentaron tomar la ciudad-fortaleza de Puerto Cabello, donde se había refugiado con sus tropas Domingo Monteverde, Comandante de los ejércitos realistas, pero no pudieron. Monteverde recibió refuerzos de España y Urdaneta y sus hombres tuvieron que retirarse hacia Valencia. En el camino a esta ciudad, se encontraron con que parte del ejército realista trataba de cortarles el paso atrincherados en el Cerro de Bárbula. Los patriotas se lanzaron contra ellos en tres columnas mandadas por Girardot, D'Elhuyar y Urdaneta. Treparon la montaña con el arma bajo el brazo, y cuando ya estaban cerca de la cumbre, sorprendieron a los realistas con una lluvia de plomo. Loco de alegría, Girardot corrió hacia la cumbre para plantar en ella la bandera venezolana.

— Mire, usted, compañero, cómo huyen estos cobardes —le estaba diciendo Girardot a Urdaneta, cuan-

do una bala le partió la frente y le hizo rodar muerto por el suelo. Ni muerto soltó Girardot la bandera que se fue llenando de sangre. Urdaneta lo apretó en sus brazos, le cerró los ojos con cariño, y levantando el cadáver y la bandera ensangrentada, juró vengar su muerte derrotando a los realistas. Luego, clavó en lo más alto del Cerro de Bárbula la bandera de Girardot. Era entonces una bandera con un solo color: el rojo.

5.4.2.- Boves siembra el terror en Venezuela

1814 fue un año terrible para Venezuela. José Tomás Boves, hombre cruel y desalmado, organizó en los llanos un terrible ejército de lanceros y lo lanzó contra los ejércitos patriotas. La República estaba a punto de rodar en las patas de los caballos de esos terribles jinetes.

Urdaneta se encontraba en Valencia dispuesto a salir en ayuda de su amigo Simón Bolívar que estaba sitiado en San Mateo por el ejército de Boves, cuando recibió del Libertador una orden tajante:

— General Urdaneta, usted debe defender Valencia hasta morir, porque allí está la mayor parte de nuestro armamento. Si cae Valencia, cae la República.

De inmediato, Urdaneta se entregó por entero a preparar la defensa de Valencia. Mandó cavar fosos, protegió las esquinas de todas las calles, fortificó la plaza, ordenó que se recogiera y almacenara toda el agua posible, y como no era suficiente la comida que consiguieron, ordenó que mataran y salaran a todos los burros y mulas de carga. Para disminuir las bocas y hacer que duraran más los alimentos, ordenó que todas las mujeres y niños salieran de Valencia y fueran llevados a un lugar seguro.

Pronto se presentó frente a Valencia un poderoso ejército realista. Lo mandaba el coronel José Ceballos quien envió a Urdaneta un emisario con la petición de que se rindiera, para evitar así la muerte de sus hombres. Urdaneta le respondió:

— Dígale a su coronel que el General Urdaneta no se rinde nunca, y mucho menos si el Libertador de Venezuela le ha prohibido que lo haga.

A pesar de que los soldados de Urdaneta eran tan sólo 250, enfrentaron con todo vigor los numerosos ataques de los cuatro mil soldados de Ceballos. Luchando sin descanso y soportando las heridas de una sed intolerable pues pronto se les terminó el agua, los hombres de Urdaneta defendieron Valencia con tesón. Y Valencia no cayó. Cuando la situación parecía insostenible, Boves fue derrotado por Mariño en la batalla de Bocachica y Bolívar, liberado del cerco que sufría en San Mateo, se lanzó a toda prisa a ayudar a su amigo que languidecía entre los muros de Valencia. Ceballos se retiró y unos días más tarde, Bolívar y Urdaneta se abrazaban sobre las ruinas de la heroica ciudad.

La alegría no duró demasiado. Muy pronto Boves rehizo su ejército y, más terrible que nunca, lo lanzó contra las debilitadas tropas patriotas y derrotó a Bolívar y Mariño en la batalla de La Puerta. El camino hacia Caracas estaba abierto y la ciudad no podría aguantar por mucho tiempo los ataques de los terribles jinetes de Boves. Los ejércitos patriotas estaban prácticamente destrozados y el país perdido. Urdaneta se encontraba en San Carlos en una situación desesperada con escasos 600 hombres que, en cualquier momento podían ser aniquilados por

los formidables ejércitos realistas. Para salvar a sus hombres y a los numerosos civiles que buscaron su protección, decidió retirarse hacia Mérida y de ahí, si era necesario, a Nueva Granada (Colombia).

La retirada fue muy difícil. Por todas partes les acosaban los realistas. En El Tocuyo se enteraron de que Boves había tomado Valencia y había asesinado a más de 300 soldados, setenta oficiales y numerosos civiles. Mientras sus hombres lanceaban como a toros a los varones, obligaba a bailar a las mujeres a golpes de látigo. Caracas, aterrada ante el avance de este ejército de demonios, se marchaba en masa hacia Oriente. La Segunda República había rodado en los cascos de los caballos de los hombres de Boves.

En Nueva Granada se volvieron a encontrar Bolívar y Urdaneta. Allí se enteraron de los últimos sucesos, todos ellos muy dolorosos, en Venezuela: Si bien Boves había muerto de un lanzazo en la batalla de Urica, su lugarteniente Morales, tan feroz como su jefe, había tomado el mando de las tropas y había derrotado en Maturín a los restos del ejército republicano. Poco después les llegó una noticia peor todavía: El 3 de abril de 1815, había desembarcado en Venezuela el General español Pablo Morillo al frente de un formidable ejército enviado por el Rey para restablecer el orden en sus colonias de América: 18 grandes buques de guerra escoltaban 42 transportes de tropa en los que venían 15.000 soldados. Parecía que, definitivamente, estaban lejanos los días de la independencia en Venezuela.

5.4.3.- La recuperación de los patriotas y la independencia de Maracaibo

La política de Pablo Morillo resultó a la larga beneficiosa a los patriotas. Como Morillo no reconoció los nombramientos militares y los privilegios y derechos que los negros y los pardos habían conseguido luchando en los ejércitos de Boves, se fueron desalentando y se pasaron al bando patriota, donde un llanero ejemplar, José Antonio Páez, los convirtió en soldados de la Patria.

Urdaneta estuvo un tiempo por Cúcuta, luego en los llanos donde conoció a Páez, y al enterarse de que Bolívar había regresado a Venezuela con la ayuda que le brindó en Haití el Presidente Petion, corrió a encontrarse con el Libertador para ponerse a sus órdenes. En la batalla de Quebrada del Semen fue herido gravemente Urdaneta y estuvo a punto de morir. Logró reponerse lentamente, y estuvo un tiempo por el Oriente del país, al frente de los soldados ingleses que habían venido a Venezuela a luchar por su independencia. Mientras tanto, Bolívar había triunfado en Nueva Granada en las batallas de Pantano de Vargas y Boyacá, tras haber cruzado con sus soldados la imposible ruta del Páramo de Pisba, donde el frío y el agotamiento mataron a todos los caballos y a un gran número de hombres. El Libertador volvía cubierto de gloria. A su regreso, iba a poner en manos de Urdaneta la posibilidad de realizar su sueño más querido: independizar la Provincia de Maracaibo.

Urdaneta se entregó apasionadamente a esta gloriosa misión. La Provincia de Maracaibo era muy rica, no había sufrido los rigores de la guerra, pero seguía

siendo realista. Si lograba que una Provincia tan importante se pasara al lado patriota, estaría muy cercana la independencia definitiva de Venezuela. Urdaneta entró en contacto con un grupo de patriotas de Maracaibo, les animó a que proclamaran la independencia y les ofreció su protección. Los patriotas falsificaron una orden del General La Torre, máximo comandante de los ejércitos realistas, para que las tropas salieran de Maracaibo y entonces, el 28 de enero de 1821, proclamaron la independencia. Para impedir que los realistas volvieran a imponer su poderío, Urdaneta estableció en Maracaibo su cuartel general y, cuando ya estuvo bien asegurada la independencia, se dispuso a salir a liberar la Provincia de Coro que, al igual que Maracaibo, siempre se había mantenido al lado de los realistas.

Al llegar al pueblito de Mitare, recibieron una muy grata noticia: Paraguaná había proclamado la independencia. Una mujer, la heroína Josefa Camejo, había sido el alma de la insurrección. Cuando unos días más tarde los hombres de Urdaneta entraron en Coro, ya había ocupado la ciudad una columna patriota de 400 paraguaneros. Entre ellos, más bella que nunca, muy femenina con su uniforme de soldado, Josefa Camejo.

5.4.4.-Venezuela y América son definitivamente libres

Estando en Coro, recibió Urdaneta la orden de Bolívar de que partiera con sus hombres hacia la ciudad de San Carlos, pues el Libertador quería reunir a todo el ejército patriota y decidir la suerte de Venezuela en una gran batalla. En la marcha hacia San Carlos, la

salud de Urdaneta, que estaba muy quebrantada, se resquebrajó por completo. Devorado por la fiebre y la enfermedad, sólo pudo llegar a Carora. Allí entregó el mando de sus tropas al Coronel Rangel y trató de recuperar su salud.

Estando en Barquisimeto se enteró de que el ejército patriota había ganado una batalla decisiva en el Campo de Carabobo el 24 de junio de 1821. Sus hombres habían peleado con formidable valor.

Una vez recuperada su salud, Urdaneta se casó el 31 de agosto de 1822 con la señorita Magdalena de los Dolores Guadalupe Vargas París, bellísima bogotana, y de familia muy patriota pues su padre había sido fusilado por Pablo Morillo. Con ella, Urdaneta habría de tener 11 hijos.

En Bogotá, Urdaneta ocupó por un tiempo la presidencia del senado y después estuvo en Maracaibo con el cargo de Intendente y Comandante General del Departamento del Zulia. Estando allí, le llegaron noticias de los triunfos de Junín y Ayacucho, con los que la América Española era definitivamente libre.

5.4.5.-Días difíciles de oposición a Bolívar

Por esos días, en Colombia y Venezuela empezó a levantarse una sorda oposición a Bolívar al que acusaban de dictador y tirano. Tanto Santander en Colombia, como Páez en Venezuela, consideraban que era insostenible la unión decretada por Bolívar de la Gran Colombia y conspiraban para separarse. A pesar de que la salud de Urdaneta seguía quebrantada, Bolívar, por conocer su incondicional fidelidad, lo nombró Ministro de Guerra y Marina en esos días tan difíciles. El 25 de septiembre de 1828, hubo en

Bogotá un complot para asesinar a Bolívar, que pudo escapar de la muerte por la valiente ayuda de Manue-lita Sanz, la amante del Libertador. El venezolano Pedro Carujo era quien guiaba a los asesinos en esa fatídica noche. Tan pronto como Urdaneta se enteró de la conspiración, se echó a la calle y se puso al frente de sus hombres para dominar la rebelión. Después se dedicó a buscar a Bolívar a quien encontró, temblando de frío y de dolor, oculto bajo un puente.

Decepcionado por estos acontecimientos y viendo cómo las ambiciones políticas se habían apoderado de antiguos compañeros, Urdaneta quiso retirarse de la vida política y dedicarse al cultivo de la tierra. Decía que sobraban políticos y faltaban agricultores. Que todos querían mandar y muy pocos producir. Pero Bolívar lo necesitaba a su lado para cortar las conspiraciones que crecían incontenibles. Fue imposible, sin embargo, mantener por más tiempo el sueño del Libertador de un gran país y la Gran Colombia se partió en tres pedazos: Venezuela, Colombia y Ecuador. Unos días después, José Antonio Sucre, el héroe y Gran Mariscal de Ayacucho, que junto con Urdaneta, eran los más fieles amigos del Libertador, fue asesinado en la selva de Berruecos. Decepcionado y solo, el Libertador viajó a Cartagena con la idea de marcharse a Europa pues sentía que, después de haberse esforzado tanto por la libertad de esos países, aquí no lo querían. Para evitar una guerra sangrienta entre hermanos, el 5 de agosto de 1830, Urdaneta prestó juramento como Presidente de Colombia. A los dos días, envió una comisión al Libertador diciéndole que viniera a ocupar el mando que él ejercía en su nombre. Bolívar no quiso regresar y, muy a

su pesar, Urdaneta siguió al frente de la presidencia. Cuando se enteró de la muerte del Libertador ya no vio razón para seguir como Presidente de Colombia, renunció y empezó las diligencias para radicarse con su familia en Venezuela.

Por haber sido tan fiel amigo de Bolívar, Urdaneta fue perseguido, intentaron asesinarlo y Páez no le permitió residenciarse en Venezuela. Se marchó entonces a Curazao donde se dedicó al negocio de exportación de café y, cuando su socio lo engañó y se escapó con el dinero, montó un negocio de peinetas. Mientras tanto, su débil salud seguía resquebrajándose. Por fin, en 1832, Páez le permitió entrar en Venezuela.

5.4.6.- La muerte de este hombre ejemplar

En Venezuela, Urdaneta se dedicó durante cuatro años a trabajar la tierra en su hato de Turupía, Estado Falcón. Se levantó de sus terrones cuando la Patria lo llamó y debió cambiar la azada por la espada. Ocupó varios cargos públicos, entre ellos el de Senador y Ministro de Guerra. Su salud seguía empeorando y casi quedó ciego. Entonces, sintiendo cercana la muerte y al ver que su numerosa familia iba a quedar en la pobreza, le escribió al Presidente de la República pidiéndole se le otorgara una pensión de invalidez:

“Es a los 29 años de servicios militares y después de haber acompañado a la Patria, como fiel soldado, desde que se dio el primer viva a la Independencia Americana que, ya en la vejez, sin más riquezas que la honra, sufriendo penosamente enfermedades, y próximo a quedar completamente ciego, pretendo asegurar siquiera la subsistencia, dado que no puedo pensar en la de mis hijos, para quienes no ha alcanzado la vida útil de su padre”.

Cuando el presidente Páez se empeñó en traer a Venezuela los restos del Libertador, Urdaneta fue elegido Jefe de las tropas que le rendirían honores a los restos de Bolívar. La ceremonia fue imponente. Para recibir al amigo, Urdaneta vistió por última vez su uniforme de soldado. Frente al sarcófago, no pudo dominar la emoción, y sus ojos enfermos se abrieron en un llanto tranquilo y aliviador.

En junio de 1845, se embarcó Urdaneta rumbo a Europa. Iba como Enviado Extraordinario ante el gobierno español para ratificar un tratado de paz y amistad entre España y Venezuela, que pusiera fin a los rencores de la guerra de independencia. En Londres, la capital de Inglaterra, Urdaneta se sometió a un examen médico y le indicaron que debía operarse de inmediato. Tenía un enorme cálculo en la vejiga, del tamaño de un huevo de pato o aún mayor. Se sorprendieron de lo insoportables que debían ser sus dolores. Le aseguraron que, si se operaba, en unos meses estaría en condiciones de seguir el viaje.

— A la vuelta me podrán operar —les dijo Urdaneta—. Ahora no tengo tiempo. Debo continuar de inmediato mi viaje y cumplir mi misión ante el Gobierno de España.

Sólo pudo llegar hasta París, la capital de Francia. Allí recrudecieron sus dolores y lo clavarón en el lecho. Los dos hijos que lo acompañaban, Rafael y Luciano, buscaron los mejores médicos, pero ya no había nada que hacer.

Murió el 23 de agosto de 1845.

— Sólo dejo en el mundo una viuda y once hijos en la mayor pobreza —le había respondido al Dr. Acosta cuando le preguntó si deseaba hacer su testamen-

to. Luego, se volvió a sus hijos y les ordenó:
— Encárguense ustedes de devolver al Gobierno de Venezuela lo que queda del dinero que me dieron para el viaje.

5.5.- Domitila Flores y Ana María Campos, dos heroínas zulianas.

Por lo general, cuando oímos hablar de la Independencia, enseguida nos vienen a la mente los nombres de Bolívar, Urdaneta, Páez, Sucre, Ribas y otros muchos, todos ellos varones, como si las mujeres no hubieran tenido participación alguna en esos hechos tan transcendentales que llevaron al nacimiento de Venezuela como país soberano y libre. Sin embargo, abundaron las mujeres que sobresalieron por su valor y entrega a la causa de la libertad. Algunas de ellas incluso pelearon como soldados y hasta sacrificaron sus propias vidas.

Tal vez la más conocida de todas las heroínas venezolanas sea Luisa Cáceres de Arismendi. Nació en Caracas el 25 de septiembre de 1799, y tras emigrar a Oriente el año de 1814 con los patriotas caraqueños en desesperada huída de Boves y sus terribles jinetes que venían sembrando de cadáveres los campos de la Patria, se residenció en la isla de Margarita. Allí se casó con el coronel patriota Juan Bautista Arismendi. En septiembre de 1815, y a pesar de que Luisa sólo tenía 16 años y estaba embarazada, los realistas la apresaron y la encerraron en un tenebroso calabozo del castillo de Santa Rosa. Estando allí, el 26 de enero de 1816, dio a luz una niña que nació muerta a consecuencia de los maltratos que sufrió la mamá. Después de soportar varios presidios en Venezuela,

fue enviada a la ciudad española de Cádiz, de donde logró huir en marzo de 1818. Se trasladó a Filadelfia (Estados Unidos) y de allí a Margarita, el 26 de Julio del mismo año. Concluida la Guerra de la Independencia, pasó a vivir a Caracas con su familia. Falleció el 2 de Junio de 1866.

Otra heroína famosa, a la que ya nombramos al hablar de Urdaneta, fue Josefa Camejo. Nació el 18 de mayo de 1791, en un hato cerca de Pueblo Nuevo, en la península de Paraguaná, Estado Falcón. Cuando estudiaba en Caracas, estalló la revolución de abril de 1810 y Josefa abandonó sus estudios para dedicarse por completo a la causa de la libertad. En 1811, organizó y capitaneó en Barinas una columna de mujeres valientes, que ardían en deseos de luchar por la independencia. Se casó con el jefe patriota Juan Nepomuceno Briceño Méndez y, cuando en 1814 cayó la Segunda República, se refugió en Bogotá donde nació su primer hijo. Allí permaneció hasta 1819, cuando regresó a Barinas y se reintegró a la lucha. El 3 de mayo de 1821, y como ya dijimos, Josefa Camejo entró en Coro al frente de una columna de paraguaneros y proclamó la independencia de la Provincia de Coro. Josefa Camejo murió en Ciudad Bolívar en 1864.

Pero fueron muchísimas más las que sobresalieron por su valor, entrega y coraje en la larga y dolorosa guerra de nuestra independencia. Cuando en el día triunfal de la Batalla de Carabobo, los patriotas recogieron sus cadáveres, encontraron varias mujeres que habían peleado disfrazadas de hombres.

5.5.1.-Domitila Flores

También en la Provincia de Maracaibo y pese a su tardanza en proclamar su independencia, hubo mujeres valientes, dispuestas a entregar hasta su vida por amor a la libertad. Entre ellas, sobresalen Domitila Flores y Ana María Campos. Las dos nacieron y vivieron en Los Puertos de Altagracia, y parece ser que aunque Domitila pertenecía a una familia humilde y Ana María era de familia noble y adinerada, llegaron a ser buenas amigas. Sin duda alguna, el amor a la libertad que ambas tenían les llevó a superar las diferencias de clase que en aquellos tiempos eran muy agudas, pues no se veía bien que una muchacha de clase alta alternara con gente del pueblo.

Si bien se suele decir que la Batalla de Carabobo supuso la derrota definitiva de las tropas realistas en Venezuela, no podemos olvidar que, hasta que los patriotas ganaron dos años después, el 24 de julio de 1823, la Batalla Naval del Lago de Maracaibo, no estuvo segura la independencia. De hecho, en abril de 1822, el general español La Torre, que había logrado huir a Puerto Cabello con el resto de sus tropas derrotadas en Carabobo, envió al feroz Francisco Tomás Morales a apoderarse de Maracaibo, cosa que cumpliría en poco tiempo, con lo que, una vez más, Maracaibo pasó a manos realistas.

Para cumplir su misión de apoderarse de Maracaibo, Morales estableció en Los Puertos de Altagracia su cuartel general. Su presencia supuso una verdadera pesadilla para sus habitantes que debieron tolerar todos sus abusos y crueldades.

Uno de los oficiales de Morales, a quien llamaban precisamente Moralón, se enamoró perdidamente

de la bella Domitila Flores. La joven altagraciana, que era ferviente patriota, rechazó por completo los amores del oficial español. Como este no se diera por vencido y seguía en sus intentos de enamorarla, Domitila le dijo que preferiría envenenarse antes que aceptar como novio o marido a un enemigo de la Patria. Moralón, herido en su orgullo y despedido al no poder conseguir el amor de Domitila, la acusó de traidora y enemiga de España. Pese a la protesta de todo el pueblo, la joven Domitila fue encarcelada y como no se retractó de sus ideas patriotas, Morales la mandó azotar públicamente, amarrada a un árbol, en la plaza principal de Los Puertos. Las tiernas carnes de Domitila no pudieron soportar la fiereza del verdugo y murió en el castigo.

5.5.2.- Ana María Campos

Ana María Campos nació en Los Puertos de Alta-gracia el 2 de abril de 1796, en el seno de una familia noble y adinerada. Sus padres fueron Domingo Campos y Ana María Cubillán. Un tío de ella, Antonio María Campos, llegó a ser arzobispo de Quito, en Ecuador.

Siempre fue la familia Campos amante de la libertad e independencia. De hecho, y como ya dijimos más arriba, un hermano de Ana María, José León Campos, fue apresado y encarcelado en 1812, por pertenecer a un movimiento conspirativo que pretendía proclamar la independencia de Maracaibo.

En septiembre de 1822, y tras derrotar cerca de El Moján al General patriota Lino de Clemente, Morales tomó Maracaibo y empezó su tiranía que cubrió a la ciudad de cadáveres y de terror. Sin embargo,

todos sus abusos y crueldades no lograron asustar al valiente corazón de Ana María Campos, que en todas las reuniones y tertulias a las que asistía solía repetir: “No se preocupen, que no va a durar mucho Morales. Yo les aseguro que “si no capitula, monda” (es decir, si no se rinde, va a pelar). Uno de esos aduladores y soplones que siempre andan a la sombra de los poderosos, corrió con el cuento a Morales y este mandó llamar a Ana María.

La entrevista que tuvieron se desarrolló más o menos así:

Morales (*con voz firme, pero educada*): *La he mandado llamar, señorita, porque me han llegado rumores de que usted se ha expresado públicamente en un lenguaje poco honroso para mí, y quiero saber de su propia boca si esos rumores son ciertos o son tan sólo calumnias.*

Ana María (*serena y decidida*): *No sé a qué rumores se refiere su excelencia, pero de una cosa estoy completamente segura y es que si su excelencia no capitula, monda.*

Morales (*colérico y muy bravo*): *¿Qué dice usted, insolente? Sólo su condición de mujer la salva de que le cruce el rostro con mi látigo. ¡Exijo que se retracte de inmediato de lo que acaba de decir!*

Ana María (*tranquila y firme*): *No me voy a retractar de nada pues no creo haber ofendido a su excelencia. Además, cada día estoy más segura de que, dada la justicia de la causa de nosotros los patriotas, la actitud imponente del intrépido Padilla, y el cerco que amenaza a sus tropas por todas partes, “si su excelencia no capitula, monda”. Por ello, aconsejo a su excelencia que lo más apropiado para usted y para todos es que capitule, porque tarde o temprano, por las buenas o por las malas, lo va a tener que hacer.*

Morales (*gritando y dando golpes en la mesa*): ¡Basta, insolente! Usted se cree valiente porque piensa que su condición de mujer la va a salvar del castigo.

Pero está muy equivocada. Ya vamos a ver cómo se ablanda su valor bajo los azotes del verdugo. ¡Llévensela y que, montada en un burro, sea azotada por las calles de Maracaibo! ¡Que Valentín Aguirre se encargue de cumplir la orden!

Ana María Campos fue azotada salvajemente por las calles de Maracaibo. A cada azote que sobre ella descargaba con furia el verdugo Valentín Aguirre, ella respondía con una voz cada vez más débil: “Si no capitula, monda”. Tras la batalla naval, el genio popular inmortalizó a Ana María Campos con décimas, canciones y gaitas como esta:

Morales capituló
con el agua a la garganta,
si no capitula, monda,
como le dijo la Campos.

Morales capituló
con el agua a la rodilla,
si no capitula, monda,
como le dijo Padilla.

A Doña María Campos,
eñora muy distinguida,
la azotaron en un burro
porque vitoreó a Padilla.

También le dedicó a Ana María Campos uno de sus poemas el gran poeta zuliano Udón Pérez:

“O monda o capitula”, la frase fue que un día
contra el feroz canario la Campos fulminó,
aquella frase ardiente, cual una profecía,
del sanguinario déspota las iras despertó.

¿Es cierto que tú eres...(la Campos sonreía)?
¿Es cierto que tú eres la de la frase? Yo,
perdonaré tu audacia, tu criminal porfía
si te retractas. — ¡Nunca! ¿No te retractas?
— ¡NO!

Sobre irrisorio asno, desnudo al sol el talle,
la llevan los esbirros por una y otra calle
la llevan a la infamia, quién sabe si a morir.
Y en tanto que el verdugo la afrenta y la vapula,
la Campos dice a voces: “O monda o capitula”
y aquella frase heroica trasciende al porvenir.

5.6.-La Batalla Naval del Lago.

Desde que Maracaibo volvió a caer en manos de los realistas, los patriotas comenzaron a planificar su liberación. Todo lo conseguido con la independencia estaba en peligro, pues por Maracaibo los realistas podrían recibir refuerzos y tropas de España y de las islas del Caribe que seguían en poder español, e intentar como lo pretendía Morales reconquistar otras provincias.

El plan patriota para liberar definitivamente a Maracaibo comprendía una combinación de ataques por tierra y por mar. El General Montilla enviaría tropas desde Río Hacha y atacarían por la Guajira, y el almirante Padilla intentaría forzar la Barra con su escuadra y entraría en aguas del lago. A Morales le llegaron rumores de estos planes, pero los despre-

ció por considerarlos “meras paparruchas con que los colombianos alimentan y alucinan a las gentes”. Por ello, descuidó la defensa del paso de la Barra, que únicamente quedó protegida con los cañones del castillo de San Carlos.

El ocho de mayo de 1.823, Padilla, a pesar del fuego vivo del castillo, logró pasar delante de él con todos sus buques sin graves consecuencias. Sólo se perdió el bergantín Gran Bolívar que recibió quince disparos y, como se estaba llenando de agua, sus tripulantes decidieron abandonarlo después de incendiarlo.

Desde este día en que los patriotas penetraron en el lago hasta la fecha gloriosa y definitiva del 24 de Julio en que se libró la Batalla Naval, pasaron semanas de preparativos, estudios, planes, pequeñas escaramuzas entre ambas escuadras, en que los realistas perderían la goleta Margarita y la gran flechera Guaireña, y los patriotas el bergantín Fama.

En junio de 1823, Morales abandonó Maracaibo con sus buques mayores y se refugió en el castillo de San Carlos en espera de que llegara Laborde con refuerzos desde Curazao. Dos días después de que Morales abandonara Maracaibo, el 16 de junio de 1.823, el comandante General Manuel Manrique, que había llegado con sus tropas por el lago desde Gibraltar, tomó Maracaibo al frente del batallón Orinoco. La batalla fue muy dura pues hubo que ganar cada centímetro a base de valor y de osadía. El combate comenzó a las cinco de la tarde y terminó a las nueve de la noche en medio de un aguacero muy fuerte.

Durante sólo tres días los patriotas pudieron retener Maracaibo, pues cuando se enteraron que Morales venía contra ellos con un poderoso ejército de 1.800

hombres, Manrique decidió abandonar la ciudad para no sacrificar inútilmente a sus hombres, cuyo número era muy inferior.

De las tropas de Río Hacha enviadas por Montilla no se tenía noticia alguna. Desde el 12 de junio estaban en las sabanas de Cojoro sin poder pasar a causa de unas terribles lluvias que habían inundado La Guajira.

A mediados de julio, llegó Laborde desde Curazao al castillo de San Carlos con las goletas Constitución y Ceres para reforzar a Morales. Le propuso a Morales que mandara evacuar Maracaibo, pero como este no le hizo caso, se puso al frente de la escuadra realista con los últimos preparativos para jugárselo todo en una batalla definitiva.

El 21 de julio, Padilla publicó una proclama de guerra que concluía con el grito definitivo de “Colombianos, morir o ser libres”. Las tropas patriotas estaban con una moral muy alta y dispuestas a dar la batalla con inusitado valor. Las últimas indicaciones aclaraban que, en el caso de combatirse por la noche, los republicanos se reconocerían entre ellos por ir sin camisa.

El día 23 se inició el ataque que Padilla pospuso para el día siguiente por juzgar que los vientos le eran adversos. Cuando amaneció el día 24, Padilla arengó a sus hombres para el combate definitivo, y hacia las dos de la tarde, cuando el viento y la marea les eran favorables, los barcos patriotas partieron de Los Puertos contra la escuadra realista que estaba anclada frente a Capitán Chico. A las tres y diecisiete minutos de la tarde, la escuadra patriota abordó al enemigo y el lago se agitó en un solo grito de fuego y sangre, de lucha y muerte. Desde el Cerro de La Cotorrera, en Maracai-

bo, Morales, a caballo, con su Estado Mayor, observó la agitación del encuentro. Sobre El Bomitón, un cerro de Los Puertos de Altagracia, Manrique y sus hombres, con avidez, en guardia ante la posibilidad de un desembarco realista, seguían también el desenlace. Poco a poco, el grito bronco fue decayendo y, tras él, se abrieron las voces de una canción de victoria: la escuadra realista había sido derrotada y Maracaibo y Venezuela eran definitivamente libres.

Pero contemos la batalla según el testimonio publicado en el extraordinario periódico “El Zulia Ilustrado” de agosto-septiembre de 1891, números 34-35:

“A las tres y diecisiete se hizo la señal de abordar al enemigo... Formados, de un modo muy hermoso, ningún buque salía de su posición, y todos iban sobre alguno de los enemigos. A las tres y cuarenta y cinco empezaron estos el fuego de cañón, y a muy poco rato el de fusil, pero del modo más vivo y sin interrupción; mas la Escuadra de Colombia, acostumbrada a ver con desprecio sus fuegos, seguía siempre sobre ellos con la mayor serenidad, sin que se separase de su lugar ninguno de los nuestros, y sin tirarles un tiro de pistola, hasta que, estando a tocaperoles, se rompió por nuestra parte el fuego de cañón y de fusilería, sin que se pueda decir qué fue primero, si abordarlos o batirlos.

“El bergantín Independiente dirigió y rindió al San Carlos. El Confianza abordó valerosamente a una goleta. A la de tres palos Emprendedora se le rindió Marte y a todos los demás, cubiertos de humo, sin que pueda en rigor decirse la conducta que observan en aquellos momentos los demás buques; pero sí sabemos que el Marte batió completamente y rindió varios de los enemigos, y que todos los demás cumplieron con sus deberes...

“Tres goletas escaparon únicamente: las dos que estaban a vanguardia y la Especuladora, que acercándose cuanto pudie-

ron a tierra, buyeron para Maracaibo, armadas, pero hechas pedazos y con muy poca gente...

“En esta gloriosa y memorable acción, hemos tenido la pérdida de ocho oficiales y treinta y seis individuos de tripulación y tropa muertos y catorce de los primeros y ciento cinco de los segundos, heridos, y un oficial contuso; al paso que al enemigo le ha costado la horrorosa, de más de ochocientos entre unos y otros, habiendo quedado, además en nuestro poder, sesenta y nueve entre soldados y marinos, ocho de aquellos y diez de estos heridos”.

El tres de agosto de ese mismo año, 1823, Morales firmó la capitulación o rendición definitiva en el edificio de la hoy Plaza Bolívar que se llama precisamente Casa de Morales, y a los pocos días, entregó la ciudad a los patriotas y se embarcó con sus hombres rumbo a Cuba, isla que permanecería bajo poder español hasta finales del siglo.

Tras la Batalla Naval, el genio popular cantó las hazañas de los patriotas en numerosas canciones, poemas y gaitas:

Morales con su escuadrilla
a Maracaibo tomó:
pero luego al diablo vio
en el General Padilla
que a Laborde hizo tortilla
y a sus marinos osados,
la mayor parte ahogados,
y muertos más de ochocientos,
que de tiburones hambrientos,
fueron sabrosos bocados.

Toma la barra Padilla
¡Maravilla!

y quizás nuestra escuadrilla
en su poder estará
¡Ajá!

El año de veinte y cuatro
comimos coco y patilla,
y nos hubiéramos muerto
si no nos llega Padilla.

5.7.- Bolívar en Maracaibo.

La historia registra dos visitas del Libertador Simón Bolívar a Maracaibo: la primera en agosto de 1821, dos meses después de la Batalla de Carabobo, y la segunda en diciembre de 1826.

En su primera visita Bolívar llegó a Maracaibo cubierto de gloria. Venía de Trujillo, y entró al lago por el puerto de Moporo. Las autoridades mantuvieron en secreto su venida, lo que supuso una muy grata sorpresa entre la población y todo el mundo hizo lo imposible por verlo y agasajarlo. En esta primera visita permaneció en nuestra capital desde el 29 de agosto hasta el 18 de septiembre, fecha en que abandonó la ciudad, a las cuatro de la tarde, para continuar su viaje, vía San Carlos del Zulia, a Cúcuta, donde iba a prestar juramento como Presidente de la Gran República de Colombia, ante el Congreso allí reunido.

La segunda visita la realizó el 16 de Diciembre de 1826 cuando, procedente de Nueva Granada, iba al encuentro de Páez con la idea de sofocar los intentos de disolución de la Gran Colombia. Este segundo viaje lo realizó en el primer vapor de ruedas que surcó las aguas del lago zuliano. El pueblo tradujo por Estimbote el nombre inglés de barco a vapor: steam-

boat, y a la enorme expectativa de ver a Bolívar se sumó la emoción de ver un barco a vapor. De hecho, debió impresionar tanto la visión del Estimbote que, la palabra, convertida por el uso y el tiempo en estromboide, vino a significar en Maracaibo un objeto de gran tamaño.

Como la primera vez, Bolívar fue recibido con gran entusiasmo por el pueblo de Maracaibo. Se hospedó en la Casa Fuerte, famoso caserón que existía en la esquina de las actuales calles Bolívar y Urdaneta, exactamente donde se encuentra el Banco de Venezuela. Estando en Maracaibo, Bolívar lanzó una proclama de paz y varios decretos para mantener la unión colombiana. En esta ocasión, sólo permaneció tres días en Maracaibo y el 19 de diciembre salió hacia Los Puertos de Alta gracia. Se hospedó y pasó la noche en la misma casa que tres años antes había servido de Cuartel General al Almirante Padilla y al General Manrique en su campaña para liberar la Provincia de Maracaibo contra Morales, que culminó con la Batalla Naval el 24 de julio de 1823. Hoy, esa casa está convertida en un museo histórico.

Por esta vez, Bolívar iba a lograr su cometido de mantener la unión de la Gran Colombia. En el abrazo con Páez unos días más tarde cerca de Puerto Cabello, quedaba sellada la paz y la unión. Pero por poco tiempo. Cuatro años más tarde, en 1830, y tras una ola de ofensas y escarnios contra Bolívar por su afán de mantener unida la Gran Colombia, se rompía en pedazos el sueño más querido del Libertador, y Venezuela y Ecuador se separaban de Colombia. Pocos meses después, solo y abandonado, rechazado por el pueblo que años antes lo había vitoreado

hasta el delirio, acusado de tirano, ambicioso y dictador, moría en San Pedro Alejandrino el Libertador Simón Bolívar. El odio que se acumuló contra su persona había de enlodar, como ya vimos, a sus mejores amigos: Sucre fue asesinado y Urdaneta fue perseguido y hasta, por un tiempo, se le prohibió establecerse en su Patria Venezuela.

6.- AÑOS DE LUCHAS CIVILES Y CAUDILLOS

6.1.- Tembleques y Campesinos se disputan el poder en el Zulia

Tras la Guerra de la Independencia y el resquebrajamiento de Venezuela de la Unión Colombiana, el país empezó a dar tumbos atrapado en las ambiciones personalistas de muchos que se consideraban los amos del poder. Comenzaron las elecciones y con ellas el acaloramiento, las discusiones y las peleas. Tras la primera presidencia de Páez, hubo elecciones en 1834, que resultaron especialmente conflictivas y calientes en el Zulia. Los dos grandes partidos de entonces que se disputaban el poder eran los Tembleques y los Campesinos. Los primeros apoyaban a Mariño y a los militares pues consideraban que, por haber arriesgado sus vidas en la Guerra de la Independencia y haber fundado la Patria, tenían derecho a gobernar. Páez era el máximo líder de esta tendencia. Los campesinos preferían la fórmula de un gobierno civil representado por Vargas.

El acaloramiento llegó a tal extremo que el Gobernador Ramón Fuenmayor, tratando de establecer el orden, dictó una serie de medidas muy severas que los Campesinos consideraron que favorecían a los Tembleques. Entonces, Juan Evangelista González y otros líderes de los campesinos agitaron a los suyos para que acudieran a la plaza de San Juan de Dios a pedir la renuncia del Gobernador.

La plaza de San Juan de Dios fue escenario de una enorme concentración política que pedía a gritos la renuncia del Gobernador Fuenmayor.

— El pueblo no lo quiere, Gobernador, váyase, ¿acaso no lo escucha? —gritaba a voz en cuello Juan Evangelista.

El Gobernador lejos de renunciar y sin perder la calma, se enfrentó a Juan Evangelista con una frase que habría de hacerse célebre en Maracaibo y hasta se convirtió en una especie de refrán que se utilizaría en casos semejantes:

— Vos sois quien no me quereis, Juan Evangelista.

Los tembleques acudieron también en defensa de su Gobernador. Hubo disparos, corrió la sangre y a duras penas logró disolverse la manifestación. Este incidente fue el inicio de un largo frenesí de sangre y de violencia. Los campesinos lograron apresar al Gobernador y lo metieron preso en el castillo de San Carlos. Como respuesta, los tembleques se alzaron en las sabanas de Maracaibo y fue necesario que viniera desde Caracas a pacificar la región nada menos que el General Rafael Urdaneta. Este logró que se calmaran los ánimos, puso en libertad al Gobernador y hasta le pidió que reasumiera el mando, aunque este se negó.

En medio de este difícil clima de agudos enfrentamientos, José María Vargas, civil y médico de profesión, fue elegido Presidente de Venezuela lo que disgustó a muchos militares que se nuclearon en torno al General Mariño y empezaron a planificar su caída. Aquí en el Zulia los ánimos se volvieron a caldear. La rivalidad entre tembleques y campesinos se agudizó de nuevo. El siete de junio de 1835, se alzaron

en Maracaibo los tembleques gritando muera al presidente Vargas y vivas a Mariño. Hubo saqueos y la revuelta, que se extendió por todo el Estado, tardó varios días en ser sofocada.

El 10 de julio de 1835, fue depuesto el Presidente Vargas y embarcado junto con su vicepresidente, Andrés Navarte, rumbo a la isla de San Thomas. Pero Páez, que estaba retirado en su hato de San Pablo y era rival del grupo de militares que se habían alzado, salió en defensa de la constitución y de Vargas. Se echó a la calle y logró entrar triunfalmente en Caracas el 27 de Julio de ese mismo año.

Dominada la revuelta militarista de Caracas, se alzó en el Zulia a favor de la tendencia tembleque-militarista, el Coronel Francisco María Farías, nativo de Los Puertos de Altagracia, un hombre que gozaba de gran prestigio por su heroica campaña contra Morales en los años 1822 y 1823. De nuevo la guerra volvió a ensangrentar tierras zulianas. Dada la importancia de Maracaibo, Mariño decidió fortalecer la revuelta de Farías y le envió de refuerzo los batallones Anzoátegui y Cantaura.

Para someter la revuelta de Farías vino a Maracaibo un fuerte ejército al mando del General Mariano Montilla que le propuso a Farías la rendición para evitar inútiles derramamientos de sangre. Farías aceptó. Posteriormente, le confiscaron todos sus bienes y lo desterraron del país. Pero Farías se marchó a Colombia y desde allí invadió Perijá con siete hombres a los que enseguida se sumaron muchos otros pues Farías era muy admirado por el pueblo. De nuevo, para someter a Farías, enviaron a Rafael Urdaneta, Ministro de Guerra y Marina. El General Urdaneta llegó a

Maracaibo con el batallón número 1 el 3 de Febrero de 1838, pero ya Farías había sido derrotado en el hato “José Tomás” y andaba huyendo perseguido de cerca por varios grupos que trataban de cercarlo. Al fin, el 8 de febrero, fue capturado Farías por el Teniente Hipólito Martínez. Lo llevaron a Maracaibo donde fue juzgado y condenado a muerte. A pesar de que hubo numerosas peticiones de clemencia, Farías fue fusilado a las cuatro de la tarde del 7 de junio de 1838. Estaba tan débil por todos los maltratos que había sufrido en la cárcel, que debieron sacarlo en una silla porque no podía caminar. En los escritos previos a su muerte había manifestado:

“Quiera Dios que mi muerte no haga correr mucha sangre. No pido que sea vengada; pero los pueblos que ven este asesinato temerán igual suerte... La posteridad me hará la justicia que me han negado las pasiones... Quiero dejar un ejemplo de heroísmo. Dejo a mi hijo el amor que he tenido a la libertad, y le ordeno el perdón de mis enemigos...No se desvíe mi familia de la Religión Católica...Nunca he adulado, y siempre detesté la mentira, el robo y el engaño: franco y generoso, era para mí el mejor día aquel en que obsequiaba a mis amigos o perdonaba a mis enemigos. Los pobres llenaban de continuo mi compasión, y los socorría por solo humanidad; los amparaba, cuando los poderosos los molestaban, y esto ha causado mi ruina, pero no me arrepiento”.

En Maracaibo muchos lloraron impotentes sin terminar de entender esa muerte tan absurda, y otros celebraron hasta altas horas de la noche. Los odios y rivalidades crepitaban fuertes en el pueblo.

6.2.- Campaña de Monagas contra el Zulia.

El país seguía rodando entre problemas, carcomido por las ambiciones de los que consideraban el poder como una maravillosa oportunidad de entrar a saco en los dineros del Estado. Liberales y conservadores, los principales partidos políticos de esos años, se enzarzaban en continuas peleas y disputas cada vez más acaloradas y violentas. El pueblo veía cómo pasaban los días y seguían sin cumplirse las promesas de tierra y libertad que le habían hecho los jefes patriotas en la Guerra de la Independencia. El horizonte se iba cargando de negros nubarrones y unos años más tarde, otra terrible guerra, la Federal (1858-1870) enlutaría los hogares venezolanos. Las rabias contenidas, los engaños y cinismos, se habrían de traducir en un aluvión de violencia ciega que asolaría los campos de la Patria.

El primero de marzo de 1847, José Tadeo Monagas se juramentaba como presidente de la República. Al comienzo, fueron muy cordiales y cercanas sus relaciones con Páez, pero poco a poco se fueron distanciando. Páez y los conservadores dominaban el Congreso y Monagas y los liberales el Poder Ejecutivo. Las tensiones se agudizaron tanto que, para garantizar su integridad física, el 23 de enero de 1848, las Cámaras del Congreso decidieron trasladarse a Puerto Cabello y crearon su propia guardia para que los protegiera.

Al día siguiente, 24 de enero, el Congreso se reunió en la mañana para discutir el memorandum de Sanabria, Ministro del Interior, que negaba a las Cámaras la autorización de tener su propia guardia. Los ánimos se afiebraron más todavía, y entre gritos y

ataques al poder ejecutivo, el Congreso ratificó su decisión de tener su propia guardia. El representante de Maracaibo, José Salas, hizo un llamado a la paz y a la calma, pero no fue escuchado. En la tarde, se presentó el Ministro Sanabria a dar su mensaje al Congreso, y algunos agitadores de Monagas hicieron correr la voz entre el pueblo que estaba afuera de que los congresantes habían secuestrado al Ministro. Empezó entonces el tumulto, los gritos, las pedradas contra el Congreso, los intentos de la gente por entrar a como diera lugar. Al oír el tumulto, el vicepresidente del Congreso, José M. Rojas, sacó un puñal y se fue sobre el Ministro Sanabria diciéndole: “Si los asesinos entran por esa puerta, usted será la primera víctima”. Algunos congresistas se interpusieron entre Rojas y Sanabria y uno de ellos, García, gritó: “No ensucie el salón con la sangre de un canalla”. La violencia se generalizó. Algunos lloraban y otros optaron por confesarse temiendo su muerte. En la confusión desesperada sonaron algunos disparos y cayeron las primeras víctimas. Entre ellos, el Diputado Salas, representante de Maracaibo, que en la mañana había hecho un llamado a la calma. Las tropas del Gobierno lograron, por fin, restablecer la calma. Al rato, el Presidente Monagas se presentó con su guardia personal en el Congreso y lo disolvió. Monagas fue acusado de no haber impedido la violencia e incluso de haber urdido estos acontecimientos para dominar al Congreso que, hasta ese momento, le había sido adverso. De hecho, desde ese momento, el Congreso fue un títere de Monagas. Por eso, la historia recuerda estos sucesos del 24 de Enero de 1848 como “El fusilazo del Congreso por Monagas”.

Cuando, cinco días más tarde, se conocieron estos sucesos en Maracaibo y se supo que había sido asesinado su representante, Diputado José Antonio Salas, el pueblo se lanzó a la calle gritando muera a Monagas. El 5 de Febrero, el Gobernador José A. Serrano, publicó una dura proclama contra Monagas e invitó al pueblo a asistir al día siguiente a una asamblea, a las diez de la mañana, en el Colegio Nacional, antiguo convento de San Francisco.

El pueblo asistió en masa a la asamblea y en ella desconocieron la autoridad del Presidente Monagas, lo declararon “enemigo, tirano y traidor a la Patria” y decidieron declararse en guerra contra él. Reconocían como autoridad al General Páez y le invitaban a asumir el mando. En vano, Maracaibo se puso a esperar ardientemente la venida de Páez que nunca pudo llegar.

El propio Monagas decidió venir en persona a someter el alzamiento de Maracaibo. El 25 de abril llegó a Los Puertos con un poderoso ejército. Quiso lograr la rendición de las fuerzas zulianas, pero como el Gobernador Serrano no aceptó sus condiciones, ordenó a Mariño que avanzara con tres mil hombres desde la Guajira contra Maracaibo. El 31 de mayo, Mariño entraba vencedor en Maracaibo. Todavía siguió resistiendo por un tiempo el Castillo de San Carlos y hubo diversas revueltas en el interior del Estado contra Monagas, hasta que los últimos revolucionarios zulianos fueron derrotados por las fuerzas del gobierno el 31 de Diciembre. Prácticamente, todo 1848, el año del “Fusilazo contra el Congreso”, el Zulia estuvo alzado contra el gobierno de Monagas.

6.3.- El presidiario Parpacén proclama la Federación en el Castillo de San Carlos.

En 1859, Venezuela volvió a incendiarse en las llamaradas de la Guerra Federal, que habría de castigar con especial crueldad las ciudades llaneras (Barinas, Guanare, San Carlos...). Falcón y Zamora serían sus principales líderes, sobre todo este último, que gozaba de gran admiración y prestigio entre el pueblo. Los esclavos, peones de hacienda, los desarrapados y empobrecidos vieron renacer sus esperanzas en las promesas de justicia social, tierras y libertad de las encendidas proclamas de los líderes de esta nueva revolución. “La tierra no es de nadie, es de todos”, repetía Zamora, y en los corazones del pueblo repicaban a triunfo sus palabras. “No habrá ni pobres ni ricos, ni esclavos ni dueños, ni poderosos ni desdeñados, sino hermanos que sin bajar la frente se traten de quien a quien”. Y se fueron a la guerra, a luchar por una vida digna, por una justicia que seguía perdida en los derroteros de ambiciones y egoísmos.

Muchos no entendieron la prédica igualitaria de Zamora y pensaron la revolución como vuelta a la barbarie. “Vamos a Caracas a matar a los blancos y a los que saben leer”, repetía el mestizo Martín Espinoza que, además, tenía fama de brujo. Para que nadie pudiera reclamar derechos de propiedad, Martín Espinoza quemaba los archivos de todos los pueblos e iglesias por donde pasaba. Quemaba y destruía y aun así no podía deshacer ese nudo de cólera que le ataba el alma desde que los godos o conservadores le violaron la mujer y las hijas púberes en presencia de los hermanitos pequeños, cuando él era bodeguero de Guanare.

Frente al samán de la plaza de Santa Inés de Barinas fue fusilado Martín Espinoza por orden de Zamora cuando este comprendió que los abusos del mestizo no iban a construir nada positivo.

El seis de Abril de 1859, Maracaibo se crispó de nervios y temores. El presidiario Parpacén se apoderó del Castillo de San Carlos, encarceló al Jefe de la fortaleza, Comandante Gabriel Fernández y a sus oficiales, y proclamó la Federación. Se hablaba de que dos de los sublevados, Pedro Bellais y José Estrella, que parecían pensar como el mestizo Espinoza, se disponían a saquear San Carlos y después pretendían avanzar contra Maracaibo para pasar a cuchillo a todos los blancos y ricos. La ciudad se llenó de pánico, pero enseguida se tomaron las medidas necesarias, que comprendían un ataque combinado por agua y tierra, para sofocar la rebelión. El coronel Luis Celis llegó frente al Castillo con mil hombres y vio aterrado que, de los muros de la fortaleza, colgaban dos hombres que habían sido ahorcados por los rebeldes. A pesar de que creía que las víctimas eran las autoridades del Castillo, le propuso a Parpacén la rendición para evitar un inútil derramamiento de sangre. Parpacén aceptó de buena gana: su proclama de la Federación en ningún momento pretendía ser un llamado a la violencia y el saqueo. Por eso, había colgado a Pedro Bellais y José Estrella, dos desalmados forajidos, que confundían la Federación con la destrucción y muerte, y pensaban cobijar en las sagradas banderas amarillas sus ansias criminales.

Llevaron preso a Maracaibo a Parpacén y allí lo perdonaron por haber ejecutado a los que pretendían

avanzar contra la ciudad y ahogarla en un río de sangre. La gente respiró tranquila.

Por esta vez, la Guerra Federal sólo supuso un gran susto en Maracaibo. Pronto viviría, sin embargo, su propia versión de la guerra y habría de conocer y sufrir todas las turbulencias de las peleas y luchas intestinas. Venancio Pulgar, el único caudillo zuliano de renombre nacional, habría de ser el protagonista principal en estos años tan terribles y difíciles.

6.4.- Venancio Pulgar, caudillo del Zulia.

Odiado por unos, que lo consideraron un hombre sanguinario y cruel, e idolatrado por otros que incluso llegaron a llamarlo “El nieto de la Chinita”, Venancio Pulgar fue, sin duda alguna, el personaje que tuvo mayor importancia e influencia en la historia zuliana durante la segunda mitad del siglo XIX.

Venancio entra en la historia mediante el golpe que dio el 20 de febrero de 1862, contra su propio tío, Antonio Pulgar, que el 29 de enero de ese mismo año, se había alzado contra las autoridades regionales y se había apoderado del gobierno en Maracaibo. En Venezuela gobernaba otra vez, desde 1861, el General Páez, y el alzamiento de Antonio Pulgar fue contra las autoridades paecistas en Maracaibo. Pero Venancio, tras alzarse contra su tío y desterrarlo de Venezuela, proclamó la fidelidad a Páez

En agradecimiento, Páez ascendió a coronel a Venancio Pulgar y lo nombró su edecán. Pero Pulgar no se entendía con el Doctor Pedro José Rojas, el alma de la dictadura paecista y, para evitar mayores problemas, Páez lo envió de vuelta a Maracaibo como Jefe Militar de la Provincia. Al llegar a Maracaibo, Venancio se pronunció contra Pedro José

Rojas y le exigió a Páez que se decidiera entre él y su secretario.

Por supuesto que Páez no estaba dispuesto a prescindir de su secretario Rojas y después que fracasaron varios intentos por lograr la reconciliación de Venancio Pulgar, lo declaró traidor a la Patria, ordenó que su nombra fuera borrado de las listas de oficiales y envió la escuadra nacional contra el Zulia.

Al conocer la rivalidad entre Páez y Venancio Pulgar, el General Falcón, máximo líder de los federalistas desde que murió Zamora de un balazo que no se sabe con certeza de qué bando partió, quiso aprovechar las circunstancias para que Maracaibo se pasara a la Federación y envió al coronel Jorge Sutherland a convencer a Venancio Pulgar de que se hiciera federalista.

6.4.1. Maracaibo proclama la Federación

Venancio Pulgar vio la oportunidad de surgir como el hombre fuerte del Occidente de Venezuela, juró fidelidad a Falcón y se hizo federalista.

Antes de proclamar la federación, emprendió Pulgar una gira por las ciudades más importantes del Estado para recabar dinero y apoyo a la Federación. Fue una gira gloriosa: El Moján, Santa Rita, Los Puertos y Bobures lo aclamaron con entusiasmo y le ofrecieron su apoyo incondicional. Pero en febrero de 1863, llegó con el mismo propósito a La Villa del Rosario. A su llamado, fueron acudiendo desde sus hatos en La Villa Vieja, San Julián, San Ignacio, Las Piedras..., los hacendados principales. Recibieron los planteamientos de Pulgar con frialdad, y Donaldo García habló en nombre de todos: “Nosotros vivimos aquí

tranquilos, completamente ajenos a los vaivenes de la política. Sólo pedimos que nos dejen en paz, trabajando nuestras tierras y cuidando de nuestras mujeres e hijos”.

Acostumbrado al entusiasmo que había causado en las otras ciudades, Pulgar sorbió en silencio los latigazos de su ira, pero disimuló lo mejor que pudo y les dio unos días para que reflexionaran y reconsideraran su posición.

Terminado el plazo convenido, Venancio les envió por carta una nueva convocatoria y le encargó al joven Rafael Vargas, en cuya casa se hospedaba, que la hiciera llegar a los hacendados. Vargas la envió en horas de la madrugada con uno de sus peones, pero en uno de sus súbitos cambios de opinión, Pulgar decidió llevarla personalmente. Cuando Vargas le explicó que no tenía la carta por haberla enviado ya con uno de sus peones, Pulgar reventó en cólera, acusó a Vargas de espía y aliado de Don Donald, y lo mató.

Al conocerse este hecho, los perijaneros se alzaron en armas y se atrincheraron en el Cerro “La Carreta”. Venancio avanzó con sus soldados contra ellos y, para evitar los disparos de los perijaneros atrincherados, puso a la cabeza de la columna a la esposa y la cuñada de Don Donald García. Las damas se aferraban temerosas a las crines de sus caballos y fingían no saber montar. Pero, cuando ya estaban cerca, al grito de Don Donald, “Ahora, ábranse”, las dos mujeres espolearon sus caballos y, extraordinarias jinetes, se perdieron en una nube de polvo en la llanura.

Este hecho inesperado sorprendió a Pulgar y sus hombres que, ante el acoso del fuego cerrado de los

perijaneros, debieron retirarse derrotados. Los perijaneros celebraron su triunfo con cantos y coplas:

No supo ser caballero
y aquí perdió la chaveta;
Venancio dejó el sombrero
en el Cerro La Carreta.

Nunca perdonaría Venancio esta derrota de los perijaneros que él había despreciado como “simples mataconejos”. Lentamente, fue madurando una venganza atroz contra Perijá. Años más tarde, y como veremos después, La Villa sería incendiada y los hombres de Venancio arrasaban Perijá.

A pesar de estos sucesos adversos en Perijá, el 20 de marzo de 1863, Maracaibo amaneció estremecida de alegría. En ese día, entre gritos de júbilo y el repicar de las campanas, se proclamó la Federación. Maracaibo se convirtió en un río de corazones enfiestados, que vitoreaban sin descanso a Venancio Pulgar, Comandante General del Ejército y a Jorge Sutherland, Gobernador Civil del Estado Zulia que el General Falcón acababa de crear.

6.4.2.- Invasiones de Venancio Pulgar contra Maracaibo.

Pronto surgieron los enfrentamientos entre Jorge Sutherland y Venancio Pulgar. Ninguno de los dos iba a tolerar brillar menos que el otro. En Maracaibo no cabían dos caudillos. Aprovechando un viaje de Venancio a Los Andes enviado por Falcón para combatir a los oligarcas que se oponían a la Federación, Jorge Sutherland ocupó también el cargo de

Jefe Militar del Zulia y, cuando regresó Pulgar, lo apresó y lo expulsó del Estado en la goleta “Emilia”. Venancio, en vez de obedecer la orden de Sutherland que lo enviaba a Caracas, se marchó a Curaçao a planear venganzas y, en noviembre de 1864, invadió al Zulia con la goleta “Serafina”. Frente a las costas de Paraguaná se topó con una escuadra del gobierno, pero Pulgar disimuló perfectamente, hizo los saludos de rigor y siguió adelante. Posteriormente, se encontraron con la goleta de guerra “Nueva Era” que ordenó seguirles. Pulgar fingió obedecer la orden y, en un momento oportuno, ordenó a sus hombres que se lanzaran al abordaje y se apoderaron de la “Nueva Era”. Con las dos goletas se encaró a la imagen ceñuda y feroz del Castillo de San Carlos que protegía con sus cañones la entrada del lago y el camino a Maracaibo.

Viendo que, si seguía adelante, ponía en peligro sus goletas, Pulgar ordenó a sus hombres que desembarcaran y atacaran el Castillo. El combate fue feroz pero el Castillo no cayó. Venancio y sus hombres debieron reembarcarse y tomaron rumbo hacia Río Hacha, en Colombia. Montones de cadáveres y heridos quedaban como fruto de esta primera invasión de Pulgar contra el Zulia.

En Río Hacha, Pulgar ocupó su tiempo y sus recursos a preparar la segunda invasión. El 14 de mayo de 1865, se presentó Venancio y un centenar de seguidores en las sabanas de Maracaibo después que destruyeron la guarnición de Las Guardias, cerca de Sinamaica. Avanzaron rumbo a La Cañada y en el hato de Truquiflor, derrotaron al General Delfín Romero y sus cuatrocientos hombres, enviados por

Sutherland a detener a Pulgar, que avanzó victorioso contra Maracaibo. Se combatió ferozmente casa por casa, en el centro de la ciudad, y Maracaibo se fue llenando de gritos, disparos y lamentos, de un olor denso a pólvora y cadáveres que devoraban los gallinazos. Una carga terrible y desesperada de los “Jorgistas” puso en retirada finalmente a “los hombres de Venancio” que debieron huir apresuradamente por Perijá, cruzar la sierra y refugiarse en Colombia. No permaneció mucho tiempo Venancio en Colombia, pues pronto se marchó a Curazao a preparar su tercera invasión a Maracaibo. El 29 de Octubre de 1866, se embarcaba con treinta y tres hombres en la goleta “Arismendi”, con la firme decisión de apoderarse de Maracaibo.

Al día siguiente de haber zarpado, llegaron a la Barra y avistaron la fortaleza de San Carlos. Frente a la isla de Zapara, se hallaba anclada la goleta de guerra “Sutherland” que intentó cortarles el paso. Tronaron contra ellos los cañones del castillo y los de la goleta. Pero, en un alarde de arrojo, los hombres de Pulgar abordaron la goleta “Sutherland” y, aunque no la pudieron tomar, la obligaron a retirarse hacia el Castillo, maniobra que les permitió pasar sin peligro frente a los cañones de la fortaleza que no pudieron seguir disparando para no hundir a la “Sutherland”.

Al llegar a Maracaibo, vieron que se hallaba fondeado, en el lugar llamado La Muralla, el vapor de guerra “El Mariscal”. Este hecho, en lugar de desanimarlos, los llenó de bríos y coraje y se lanzaron al abordaje de “El Mariscal”, mataron a su comandante y lo tomaron. Más adelante, se apoderaron también

de la “Nueva Era”, goleta que ya habían apresado en la invasión anterior.

Con la “Arismendi”, “El Mariscal”, “La Nueva Era” y algunas piraguas que requisaron o que decidieron apoyar a Venancio, se lanzaron lago abajo hacia Gibraltar, ciudad que odiaba a Sutherland y deliraba por Pulgar, donde fueron recibidos con gritos de júbilo. No les costó mucho reclutar en Gibraltar a 600 hombres y, con todo este poderío, marcharon contra el Castillo de San Carlos con la idea de tomarlo. El plan contemplaba un ataque combinado por agua y tierra. La carga fue atronadora y por ambas partes se combatió con increíble valor. Venancio Pulgar cayó gravemente herido frente a la fortaleza, cuyas gruesas puertas llevaban ya las huellas de los hachazos que había descargado en ellas el bravo Emiliano Hernández. Venancio, herido y prisionero en San Carlos, fue trasladado a Maracaibo con toda clase de atenciones por orden expresa del General Falcón que, con estas medidas, buscaba congraciarse con el líder zuliano. Cuando se restableció por completo, Sutherland lo embarcó rumbo a La Guaira.

6.4.3.-Venancio Pulgar, Presidente del Zulia.

En Caracas, Pulgar se envolvió en una conspiración contra Falcón, su antiguo protector. Y cuando el 23 de Junio de 1.868, el viejo José Tadeo Monagas entraba con sus 84 años victorioso en Caracas flameando sus banderas azules y ponía fin al gobierno de Falcón, venía a su lado el General Venancio Pulgar, quien demostró un celo y valor increíbles en acabar con los últimos restos de las fuerzas del gobierno que resistían todavía desde las torres de la Catedral

y otras iglesias. Como premio a su apoyo decisivo, Monagas nombró a Pulgar Comandante en Jefe de la Armada Nacional y, después, Jefe de operaciones del Zulia y Los Andes.

Tras realizar algunas breves gestiones en el exterior, a petición de Monagas, Pulgar regresó al Zulia por la vía de La Vela de Coro y Los Puertos de Alta-gracia. Aquí tuvo un anticipo de lo que sería su entrada triunfal en Maracaibo. El pueblo lo vitoreó hasta el desfallecimiento.

En la mañana del 9 de noviembre cruzaron el lago en una goleta que, irónicamente, se llamaba como su enconado enemigo, “Sutherland”. Delante de ella, el vapor de guerra “Purureche”, reventaba cañonazos de júbilo. A los lados, un enjambre de piraguas, vestidas de fiesta.

Entraron en Maracaibo por la Avenida de Los Hatícos. Tan pronto puso pie en tierra, Venancio fue arrebatado por el múltiple abrazo del gentío que, entre gritos, campanas y cohetes, lo pasearon a hombros por toda la ciudad. Lo llevaron a la iglesia de San Juan de Dios, y el Dr. Bustamante, ebrio de fanatismo, gritó el título que enardeció hasta el paroxismo a la multitud: “¡Viva el Nieto de la Chinita!”

Hasta muy altas horas de la noche, ardió la fiesta en Maracaibo. En miles de gargantas, la gaita gritó su amor a Venancio:

Venancio, vení, vení,
que el pueblo te solicita
y las flores se marchitan
cuando vos no estáis aquí.

Sólo una espina nublaba el júbilo de Pulgar: Sutherland había logrado huir y Venancio no pudo descargar sobre él su anhelada venganza. Durante su gobierno, Sutherland había concluído e inaugurado el actual Palacio de Gobierno, el Palacio de Las Águilas. También había mandado reconstruir la plaza principal de la ciudad, hoy Plaza Bolívar. Mandó demoler La Pirámide, un monumento levantado para honrar a los mártires del intento independentista de 1812, y en su lugar pusieron una estatua en mármol de Bolívar. No duró mucho pues no le gustaba a la gente porque, según decían, no tenía ningún parecido con el verdadero Bolívar. Años más tarde, Venancio Pulgar reinauguraría la Plaza, que se llamaba La Concordia, y que él se empeñó en que se pareciera a la más bella plaza de París.

Nombrado Presidente por la Legislatura del Zulia, apenas comenzaba a gobernar Venancio, cuando el 18 de noviembre, día de La Chinita, moría en Caracas José Tadeo Monagas. Le sucedería José Ruperto Monagas, cuyo gobierno habría de ocasionarle al Zulia gravísimos problemas.

En la cúspide de su gloria, Pulgar emprendió una tenaz venganza contra los jorgistas y contra los perijaneros que lo habían derrotado en el cerro de “La Carreta”. En marzo de 1869, los espalderos de Pulgar apresaron en su hacienda a Don Donaldo García, y después a su hermano Rafael, cuando llegó a La Villa a protestar por la injusta y arbitraria detención de su hermano. Estando encarcelados, se desató contra ellos la cólera de los esbirros pulgaristas, quienes los golpearon salvajemente hasta darlos por muertos. Don Donaldo sí murió. Su hermano Rafael sobrevi-

vió al atropello y en su apodo “El Macheteado” iba a llevar su destino de venganza.

6.4.4.-José Ruperto Monagas en campaña contra el Zulia.

El General Ruperto Monagas, que había sucedido en la presidencia de Venezuela a José Tadeo Monagas, intentó remediar la situación de quiebra económica que sufría el gobierno nacional y dispuso quitarles a los Estados la administración de las aduanas. Pulgar se opuso rotundamente a entregar la importantísima aduana de Maracaibo, fuente principal de los ingresos en la región. Cuando llegaron a Maracaibo, a encargarse de la aduana, los funcionarios enviados por el gobierno central, Pulgar los devolvió en el mismo barco que los trajo: “Díganle al General José Ruperto Monagas que la Aduana de Maracaibo es de Maracaibo y que, por ello, los funcionarios de la Aduana los nombro yo y las rentas se quedan todas en Maracaibo”. Estas palabras equivalían a una declaración de guerra y, de hecho, tanto Pulgar en el Zulia, como Monagas en Caracas, tomaron las medidas pertinentes para un enfrentamiento militar que parecía irremediable. El 8 de Junio de 1869, el gobierno nacional decretó la clausura del puerto de Maracaibo y alistó un poderoso ejército para lanzarlo contra el Zulia. Como respuesta, Venancio Pulgar alistó también a numerosa tropa y fortificó el Castillo de San Carlos para impedir que penetrara en el lago la escuadra nacional. El día 23 de Junio, la Legislatura del Estado decretaba unánimemente la independencia del Zulia:

“Declaramos que el Zulia reasume su soberanía en toda su plenitud y protestamos que dicho Estado se reincorporará a la Unión Venezolana cuando rija los destinos de ésta un Gobierno que le ofrezca al Zulia plena seguridad de respetar su autonomía.

“También declaramos que desconocemos la autoridad del actual Gobierno Nacional para intervenir en los asuntos del Zulia.

“Así mismo, declaramos que el Zulia es libre e independiente.

“Por último, investimos al General Pulgar de cuantas facultades sean necesarias para la efectividad de esta declaratoria”.

Venía la guerra y las guerras exigen hombres y recursos. Todo zuliano tenía que ser un soldado. No importaba ni la condición ni la edad. Y si alguien no podía o no quería cumplir la orden, debía pagar una buena suma de dinero para costear los gastos de la guerra. Maracaibo se fue convirtiendo en un cuartel. Los abusos y las contribuciones forzadas se pusieron a la orden del día.

Tratando de pasar a la ofensiva, Pulgar salió rumbo a Coro con 800 soldados con la idea de derrotar al General monaguero Galán. Pero en el trayecto, sus hombres, carentes de moral y de recursos, fueron desertando y Pulgar debió emprender su regreso desde Capatárida, sin poder llegar a Coro.

La situación en el Zulia, y en especial en Maracaibo, se fue tornando muy difícil. Comenzó a escasear la comida y los continuos tributos para costear una guerra que muchos comenzaban a ver absurda, crearon el descontento. Por si fuera poco, cundió el terror entre la población cuando el General Galán ocupó los Puertos de Altagracia y corrieron noticias de que la poderosa escuadra de Monagas estaba acercándose a la Barra. Hubo levantamientos contra Pulgar en Perijá y La Cañada y el abastecimiento de alimentos

se tornó muy difícil. Con el hambre, brotó, cada vez más incontenible, el miedo.

Viendo que la situación era insostenible y queriendo evitarle al Zulia un inútil baño de sangre, el General Antonio Zuleta, uno de los mejores oficiales de Pulgar y hombre de su entera confianza, y con él 36 oficiales pulgaristas, levantaron un acta en el Castillo de San Carlos en la que desconocían la autoridad de Pulgar y se disponían a negociar la paz con el Gobierno Nacional. Zuleta se vino a Maracaibo con su ejército y los buques de guerra, desembarcando por Los Haticos.

Pulgar se enfureció, acusó a Zuleta de cobarde y traidor y alistó a sus últimos fieles para combatir al antiguo amigo y compadre. Zuleta fue derrotado el 22 de Octubre. Y Pulgar, viéndose acorralado por todas partes, negoció con el General Galán y entregó la plaza de Maracaibo. Según lo pactado, Pulgar se asiló en el vapor inglés “Cherub” que estaba anclado en el puerto. Pero ante los indicios de que Pulgar planeaba el asesinato del Presidente Ruperto Monagas que había llegado con la escuadra nacional, los ingleses le entregaron a Pulgar y Monagas lo envió preso al Castillo de Puerto Cabello.

6.4.5.- Segunda presidencia de Pulgar en el Zulia

El 25 de abril de 1870 se presentaba frente a Caracas el General Antonio Guzmán blanco al frente de un poderoso ejército de 6000 hombres, drogados de aguardiente con pólvora, desplegando de nuevo las banderas amarillas de la Federación. Ruperto Monagas le propuso un arreglo, pero Guzmán Blanco lo rechazó. Tres días duró el ataque, y el 27

de abril entraba Guzmán Blanco victorioso en Caracas, cuyas calles apenas podían soportar el hedor de los cadáveres de dos mil soldados que habían caído en el combate.

De este modo, con la toma de Caracas, se cerraba ese largo y tortuoso camino de sangre y destrucción que se había iniciado con los primeros fogonazos de la Guerra Federal. Hacía ya años que Zamora había muerto en San Carlos de Cojedes y por esos días agonizaba Falcón en Martinica de un aneurisma en la garganta. Guzmán Blanco iba a ser quien realmente recogería los frutos de tan penoso batallar y por largos años habría de gobernar Venezuela como si fuera su feudo personal.

El 3 de agosto de 1870, Venancio Pulgar, en un alarde de audacia y heroísmo, estando preso en el Castillo de Puerto Cabello, se alzó, lo tomó y se puso, él y el castillo, a las órdenes de Guzmán Blanco.

Pulgar, bendecido por Guzmán Blanco, inició una marcha arrolladora contra el Zulia que se resistía a aceptar a Guzmán Blanco como Presidente. En Maracaibo corrían terribles panfletos contra Guzmán al que llamaban “Nerón”, “capaz de asustar a una pantera” y lo acusaban de ambicioso y cruel. A su vez, Guzmán también cultivaba odios contra el Zulia a quien siempre trataría con dureza y desprecio. Los zulianos estaban hartos de guerra y de impuestos para financiarla y, cuando conocieron que el propio Venancio Pulgar, cuyo heroísmo en Puerto Cabello corría de boca en boca, era el enviado de Guzmán Blanco para doblegar a Maracaibo, comenzaron las deserciones y decidieron apoyar a Pulgar.

El 7 de diciembre de 1870, Maracaibo volvía a aclamar, entre vítores y aplausos, a Venancio Pulgar, que comenzaba de este modo su segunda presidencia en el Zulia.

Venancio Pulgar parecía cambiado, ansioso de emprender una gran obra civilista que cubriera al Zulia de esplendor. Se la pasaba hablando de levantar escuelas y bibliotecas, de ampliar y adecentar el mercado, de construir un acueducto que le trajera a Maracaibo agua pura de los ríos y acabar así con el espectáculo deprimente de los vendedores de agua de algibe que recorrían las calles con sus burros. Repetía también, una y otra vez, que le iba a regalar a Maracaibo una plaza que sería orgullo no sólo del Zulia, sino de toda Venezuela: construiría en Maracaibo una réplica perfecta de la Plaza La Concordia de París.

De las palabras, pasó a los hechos: La segunda presidencia de Pulgar iba a dejar una notable huella de progreso: edificó varias escuelas, construyó la iglesia de Santa Lucía, reparó el muelle, amplió y adecentó el mercado, aumentó el alumbrado público, embelleció y arregló las calles, fundó una biblioteca pública, amplió y dotó los hospitales, y embelleció la plaza principal de Maracaibo, hoy Plaza Bolívar, que en efecto fue una réplica perfecta de la bellísima Plaza La Concordia de París.

Como idea simbólica de sus intenciones de cambio, transformó la gallera en escuela, y el día de su inauguración, su voz tembló con honda pasión civilista: *“Quiero hacer del Zulia un semillero de espíritus cultivados, y con tesonero ahínco me dedicaré a esta tarea. Quiero catedráticos instruidos y que estén bien remunerados para que puedan*

consagrarse a su difícilísimo magisterio; quiero escuelas normales de instrucción primaria y secundaria, lo mismo que de artes y oficios; quiero simplificación en los textos y aprovechamiento en los alumnos. Así y solamente así me será dado decir algún día: algo he hecho por el progreso intelectual de mi Patria”.

6.4.6.- Incendio de La Villa del Rosario y caída de Venancio Pulgar.

En Perijá, seguía creciendo la oposición a Pulgar. Rafael Parra estaba organizando el partido de los peludos para combatir a Venancio. Cuando este lo supo, ordenó al Gobernador del Distrito, Don Antonio Bermúdez, que encarcelara a Rafael Parra y a toda su familia. Al Gobernador le pareció esta orden injusta y desconsiderada y le escribió una carta muy respetuosa a Pulgar en la que respondía por la actuación de los Parra y prometía hacerlos salir del territorio en breve tiempo. Venancio consideró la carta como un desacato a su autoridad y envió a La Villa al General Manuel Yánez con la orden expresa de ejecutar al Gobernador.

— Si traen orden de matarme, no lo hagan, por favor, en presencia de mi familia —rogó Don Antonio Bermúdez cuando lo sacaron maniatado y a empujones de la casa.

Al General Yánez le pareció lógica y justa esa petición. Ordenó entonces que lo llevaran hacia las afueras del pueblo y allí lo asesinaron.

Esta muerte desató una orgía de violencia y sangre. La Villa del Rosario fue saqueada e incendiada y sus habitantes tratados como parte de un botín de guerra. Un gran número de perijaneros huyeron a la sierra, buscando protección en la montaña y funda-

ron un nuevo pueblo: Machiques. Otros perijaneros se agruparon en guerrillas con el juramento de no dejar las armas hasta sacar a Venancio del Zulia. Por su parte, Pulgar, para humillar más a los perijaneros, y en especial a los villeros, decidió que en adelante, el Distrito Perijá se llamaría Guzmán Blanco y su capital sería Machiques.

En medio de este clima de tensión y de creciente enfrentamiento, Pulgar decidió viajar a Machiques, y el nuevo Gobernador, Coronel Oquendo, se encargó de convocar en un bando solemne a los habitantes del Distrito para que acudieran a vitorear a Venancio el día de su llegada. Un grupo de exaltados perijaneros, cansados de tantos atropellos y humillaciones, se lanzaron contra Oquendo y lo mataron. Este hecho equivalió a una declaración formal de guerra entre Perijá y los hombres de Venancio.

Guzmán Blanco veía con preocupación los acontecimientos del Zulia y envió al General Jacinto Gutiérrez, en el vapor “Guzmán” con la misión de pacificar al Zulia que cada día estaba más dividido entre dos grupos que se odiaban a muerte: los peludos, que se oponían a Pulgar, y los meleros, también llamados “los de Venancio”. Pero Gutiérrez no quiso mezclarse en el problema y ni siquiera descendió del barco, hecho que muchos consideraron como de un tácito apoyo a los peludos.

En febrero de 1874, se agravó la situación pues saltó por Zazárida contra Pulgar el General José Desiderio Trías y avanzó hacia Los Puertos de Altagracia. Con él venía, junto a otros muchos peludos, Jorge Sutherland hijo, dispuesto a vengar la rabia de su padre. Al frente de sus hombres, Pulgar cruzó el lago

para enfrentar a Trías, pero fue derrotado en Campana. Los peludos ocuparon Los Puertos, cruzaron el lago y desembarcaron en Las Playitas, donde se les unieron 300 perijaneros. Además, el General Jacinto Gutiérrez, que había venido con la misión de pacificar al Zulia, decidió apoyar sin titubeos a los enemigos de Pulgar y los aprovisionó de armas y municiones. Los peludos se atrincheraron en el hato Soler y lograron rechazar el ataque de los meleros que cayeron sobre ellos como una tormenta de fuego y muerte. Los peludos avanzaron entonces hacia Maracaibo y se combatió en las calles con ferocidad. Se peleó casa por casa y ambos grupos derrocharon valor, arrojo y desprecio a la vida.

El 23 de febrero, los cónsules extranjeros se ofrecieron de mediadores para cortar ese absurdo combate entre hermanos que estaba destruyendo a Maracaibo. El General Gutiérrez le pidió a Venancio la renuncia. Se negó al comienzo, pero viendo que estaba ya perdido, dejó encargado del poder a su hermano Rafael Pulgar y se embarcó rumbo a La Guaira para pedirle apoyo a su amigo Guzmán. El 25 por la mañana entraron en Maracaibo victoriosos los peludos, saquearon la Biblioteca de Venancio y hasta intentaron destruir la Plaza de La Concordia, pues querían cortar toda huella de Venancio. Sólo la oportuna intervención de Don Carmelo Fernández, el artista que había ideado la plaza, logró salvarla de las iras de los enemigos de Venancio. Don Carmelo enfrentó a la multitud y al grito de “Destrocen la placa, pero no la plaza”, logró canalizar la rabia de la muchedumbre que le entró a patadas y golpes a la placa que recordaba que la plaza había sido inaugurada por Venancio Pulgar el 6 de

diciembre de 1873. De esta forma, consiguió que se salvara esta maravillosa obra de arte.

Para quitarse de encima a Venancio Pulgar que comenzaba a estorbarle, Guzmán Blanco lo envió como Ministro Plenipotenciario a Francia. Más tarde, y cuando volvió a necesitarlo, lo nombró Gobernador del Distrito Federal y después del Estado Carabobo. Sin embargo, nunca más habría de ocupar cargo alguno en el Zulia Venancio Pulgar. Años más tarde, se alzaría contra Guzmán Blanco y contra su protegido Joaquín Crespo, pero sin éxito alguno: la estrella de Pulgar ya no brillaba.

Este mismo año de 1874, como inicio de una serie de medidas humillantes contra el Zulia, Guzmán Blanco trasladó la aduana de Maracaibo al castillo de San Carlos, con lo que muchas familias zulianas que vivían del comercio, se arruinaron. Al año siguiente, castigó más al Zulia quitándole la aduana que la trasladó a Puerto Cabello, donde estuvo hasta 1878, año en que el Gobierno de Alcántara ordenó su regreso a Maracaibo. De hecho, Guzmán Blanco siempre trató al Zulia como tierra conquistada. Obsesionado por humillar a nuestro Estado, lo castigó sin misericordia hasta pretender convertirlo, según sus propias palabras “ en simple playa de pescadores”. En 1881, decretó caprichosamente la fusión del Estado Falcón-Zulia, que habría de llamarse simplemente Estado Falcón y, para humillar más a Maracaibo, nombró como capital a Capatárida, un pobre pueblito falconiano. Los zulianos, a su vez, le pagaron con oposición y odio y continuamente se opusieron a su despotismo y orgullo. Y se vengaron de Guzmán de un modo más sutil: respondieron a las humillaciones

e injusticias con una gran vocación de trabajo que convirtió al Zulia en el Estado más esplendoroso y desarrollado de finales del siglo pasado.

6.5.- Esplendor de Maracaibo a finales del siglo XIX. La década fecunda (1881-1891).

Pese a los continuos maltratos de los gobiernos centralistas, El Zulia, especialmente Maracaibo, vivió a finales del si glo XIX momentos de verdadero esplendor tanto económico como cultural. De hecho, los años entre 1881 y 1891, se conocen como “la década fecunda”.

Para 1890, Maracaibo cuenta ya con luz eléctrica, tranvías, escuelas, un instituto de educación superior, teatro, banco, teléfonos... El puerto de Maracaibo es el más importante de Venezuela, pues por él se exporta el café andino, producto principal de la economía nacional en esos días. De los astilleros de Maracaibo salen barcos a recorrer los mares del mundo, y sobre las aguas del lago navegan buques con banderas de los países comerciales más importantes de la tierra. Abundan los clubes culturales y literarios, y en Maracaibo se editan tres importantes periódicos. La revista “El Zulia Ilustrado” proyecta al Zulia al mundo de las ediciones exquisitas.

Solidarizándose con la aguerrida campaña del pueblo zuliano por recobrar su autonomía, perdida en 1881 por capricho de Guzmán Blanco que ordenó la fusión del Zulia con Falcón, “La Prensa”, periódico valenciano, se expresaba así del Zulia y los zulianos: *“La población del Zulia es, sin disputa, la más ilustrada del país, así como es también la más avanzada en todos los ramos de la actividad humana... Es como ha dicho al-*

guien: la gran República del Norte en miniatura. No tiene ciertamente los 200 mil habitantes que la Constitución exige para llevar una Sección o Territorio a la categoría de Estado, pero en cambio de los 150.000 que posee, 125 mil saben leer y escribir y son ciudadanos en la acepción más amplia de la palabra. El Zulia tiene vida propia como que es esencialmente industrial, tiene Bancos y otras instituciones de crédito, tiene universidades, teatros, colegios, escuelas de artes y oficios y tiene ferrocarriles y tranvías y tiene un lago que es un Mediterráneo oprimido por el peso de mil naves construidas en sus propios astilleros, y sobre todo es el Zulia el pueblo más altivo y más digno de ser libre que tiene nuestro país...Es mucho pueblo ese pueblo zuliano. Bien merece que el futuro congreso le consagre sus derechos de entidad soberana”.

Como jalones de esos días esplendorosos, podemos señalar:

- 1881, año de la fusión del Zulia con Falcón, se inaugura la Escuela Náutica de Maracaibo, bajo la dirección del gran poeta e insigne marino zuliano, General José Ramón Yepes.

- 1883, año en que se celebra el Centenario del natalicio del Libertador, abre sus puertas el Banco de Maracaibo, se inaugura el teatro Baralt, con capacidad para mil personas, y el Zulia concurre a la Gran Exposición Nacional con un muestrario de sus productos industriales y naturales, que causa la admiración de todos.

- 1884, el Colegio Federal de Maracaibo es elevado a Colegio Federal de Primera Categoría con facultad para otorgar doctorados, se inicia la construcción de los malecones y escolleras del puerto de Maracaibo, y se inaugura el primer tranvía, tirado por mulas,

con un recorrido de 3.150 metros, entre el Mercado Principal y Los Haticos, asiento de muchas casas de recreo a las que acudían a bañarse las familias de Maracaibo.

- 1885, se inaugura “La Hoyada”, primer acueducto de agua potable de Maracaibo.

- 1886, se inaugura el Mercado Principal y se crea el segundo tramo del tranvía que va de la Plaza Baralt hasta El Empedrao.

- 1888, el Zulia celebra con notable regocijo y esplendor el centenario del nacimiento de Rafael Urdaneta, y es ocasión propicia para varias inauguraciones importantes, entre ellas, la del servicio de luz eléctrica, primero en Venezuela y posiblemente en toda América del Sur. Entra en circulación, la famosa revista “El Zulia Ilustrado”, modelo de periodismo de verdadera calidad.

- 1889, recupera el Estado Zulia su autonomía y soberanía política al separarse del Estado Falcón, hecho que los zulianos celebran con gran regocijo. Inauguración de la línea de tranvías de Las Delicias.

- 1891, instalación de la Universidad del Zulia e inauguración del tranvía a vapor de Bella Vista, entre el puerto y el terminal de Bella Vista, donde hoy se encuentra la Plaza del Maestro.

7.- EL ZULIA EN EL SIGLO XX

Después de la década fecunda de 1881 a 1891, el Zulia va a entrar en una especie de letargo, motivado sobre todo a la politiquería y las peleas entre los diferentes grupos y partidos. Debemos salvar al Gobierno progresista de Muñoz Tébar que estuvo al frente del Zulia entre 1894 y 1896. Como dato curioso, durante su gobierno, en 1895, los hermanos Trujillo Durán, fotógrafos de profesión, introdujeron el cine en Venezuela y filmaron las primeras películas: “Un célebre especialista sacando muelas en el Gran Hotel Europa” y “Muchachas bañándose en el Lago”.

Después de Muñoz Tébar, fue de tal magnitud la inestabilidad política que, entre 1896 y 1903, el Zulia tuvo dieciseis presidentes, incluyendo a un triunvirato, cuyo gobierno duró un día. Sólo en 1900, el Zulia tuvo 5 presidentes.

7.1.- Gobierno de Cipriano Castro.

El 24 de mayo de 1899, el general tachirense Cipriano Castro, tras cruzar con sesenta hombres la frontera por Cúcuta, llegó a su pueblo Capacho y lanzó el grito de “Nuevos hombres, nuevos ideales y nuevos procedimientos”, con el que iniciaba la campaña que llevaría a los andinos al poder ocho meses después con el triunfo de la Revolución Liberal Restauradora. Saltando de victoria en victoria, Castro y sus hombres entraron triunfantes en Caracas el 22 de octubre de 1899. El presidente Ignacio Andrade había huido, y el General Víctor Rodríguez, encargado del poder ejecutivo, esperaba la llegada de Castro

para colocarle la banda presidencial. Caracas se vistió de flores y de vítores para recibir a estos hombres de esa lejana y desconocida región andina, que hasta entonces había permanecido prácticamente ajena a la marcha del país.

Siempre al lado de Castro, curioseándolo todo pero sin mostrar el menor asombro, esperando sin prisas la oportunidad de levantar su propio poder personal, iba el compadre Juan Vicente Gómez, próspero productor de café, que había financiado con sus propios recursos la revolución Liberal Restauradora.

7.1.1.-Cipriano Castro ordena bombardear Maracaibo.

En Diciembre de 1899, el Zulia se alzó contra Castro a favor del General José Manuel Hernández, “El Mocho Hernández”, Jefe del Partido Nacionalista y hombre de un valor temerario. El dirigente del alzamiento zuliano fue el médico Dr. Helímenas Finol y contaba entre sus seguidores al sacerdote y general José María Zuleta, el cura de machete y balandrán, que siempre con las armas en la mano, se hizo presente en todas las contiendas políticas de esos años. Se cuenta que, cuando el alzamiento mochista, el obispo de Maracaibo encontró una madrugada al padre Zuleta arrastrando un cañón por las calles de Maracaibo, y le reclamó su proceder no apropiado para un sacerdote, el cura le dijo: “No se preocupe, Monseñor, que de esta lo hacemos Papa”.

Maracaibo cayó en manos de los alzados, pero el Castillo de San Carlos siguió fiel al gobierno. El día 3 de diciembre, llegó la armada de Castro al Castillo de San Carlos, con el General Julio F. Sarria como

Jefe del Ejército Expedicionario contra el Zulia. De inmediato, dirigió al Dr. Helímenas Finol un ultimátum ofreciéndole plenas garantías si en 24 horas entregaba Maracaibo. De no hacerlo, bombardearía y destruiría Maracaibo, como le ordenaba Castro.

El Dr. Finol contestó que 24 horas eran muy poco tiempo para consultar a la población y propuso otras fórmulas de arreglo. Todavía se cruzaron varias misivas, mientras en Maracaibo se discutía acaloradamente sobre si resistir o entregarse. Por fin, y contra el parecer de algunos civiles que proponían combatir hasta la muerte, se decidió que las tropas salieran de la ciudad y entregarla después al General Sarriá, quien la recibió el 18 de Diciembre. De este modo, Maracaibo se salvó de ser destruida como había ordenado el Presidente Castro.

7.1.2.-Ataque imperialista contra el Zulia.

En diciembre de 1902, siendo Presidente de Venezuela Cipriano Castro, Inglaterra, Alemania y luego también Italia, como Venezuela no les pagaba las deudas que había contraído con ellos, bloquearon los puertos principales del país y todas nuestras costas fueron patrulladas por sus buques de guerra. Dada su superioridad militar, no les costó mucho apoderarse de las naves venezolanas “Margarita”, “General Crespo”, “Veintitrés de Mayo” y “El Totumo”.

El vapor de guerra “Vinetta” y el acorazado “Panther” fueron destinados a las costas del Zulia y se mantenían en actitud amenazante contra el Castillo de San Carlos.

Ante la amenaza extranjera, castristas y mochistas hicieron momentáneamente las paces y todos los

venezolanos se aprestaron a defender la Patria. El presidente del Zulia, General Guillermo Aranguren, dirigió una proclama al pueblo el 10 de diciembre invitándole a enfrentar con todo coraje a las insolentes fuerzas extranjeras, y el 16 se dedicó a organizar las milicias para la defensa del Zulia. Ese mismo día, el General Jorge Antonio Bello, comandante en jefe del Castillo de San Carlos, ordenó el alistamiento de todos los hombres entre 15 y 60 años, declaró traidores a la Patria a todos los que no concurrieran a alistarse, y dirigió a sus hombres la siguiente proclama:

“El Dios de las grandes causas, el de infinita justicia y sabiduría infinita, nos tenía reservado el momento de prestar gustosamente el contingente de nuestras vidas, si fuere necesario, en la lucha más honrosa que registrarán los anales de nuestra Historia Patria.

“Dos de las poderosas naciones de la vieja Europa han osado amenazar la integridad y el decoro de nuestra amada Venezuela, este hermoso pedazo de la América, por el cual estamos dispuestos a ir hasta los más heroicos sacrificios.

“Las escuadras alemana e inglesa en vergonzoso contubernio han atacado ya los puertos y fortalezas de La Guaira y Puerto Cabello y tenemos informes de que aún intentan continuar sus insólitos procedimientos haciendo lo mismo con esta de mi mando. Ya tenemos a la vista en actitud amenazante, al primero de dichos buques de guerra. Tras este vendrán los otros. Yo estoy dispuesto a cumplir estrictamente con mi deber, secundando aquellas hermosas palabras de nuestro Libertador en San Mateo: ‘Aquí, entre vosotros, mis valientes, moriré el primero’. Así os convoco a vosotros y a todos los que anidan en su pecho si quiera un átomo de dignidad venezolana a que cumplamos el sagrado deber de salvar el decoro y la integridad de la Patria”.

Al día siguiente, 17 de Diciembre, aniversario de la muerte del Libertador, el castillo fue atacado por el “Panther”, pero se defendió con tal valor, que el acorazado tuvo que retirarse. Para vengar la derrota del “Panther”, su colega el “Falke” destruyó una goleta mercante venezolana. El pueblo zuliano, enardecido de patriotismo, se lanzó a la calle gritando consignas contra las potencias extranjeras.

El 21 de enero de 1903, el crucero alemán “Vinetta”, de 2.650 toneladas y 20 cañones, se situó a una distancia donde no alcanzaban los cañones del Castillo de San Carlos, y comenzó a bombardearlo. Parte del castillo fue destruido y el pueblo de San Carlos ardió en llamas. Dos días más tarde, el 23 de enero, reanudaron su bombardeo por seis horas.

Como respuesta, Cipriano Castro ordenó encarcelar a todos los alemanes que residían en Maracaibo.

Por fin, el conflicto se solucionó debido a la enérgica intervención de los Estados Unidos que, apelando a la Doctrina Monroe, “América para los americanos”, exigieron la retirada de los barcos europeos y se iniciaron los tratados diplomáticos que fueron desfavorables a Venezuela pues decretaron que estaba en la obligación de pagar la deuda. Años más tarde, el Dictador Juan Vicente Gómez, pagaría por fin la deuda. En el futuro, la Doctrina Monroe servirá de justificación para el propio imperialismo de los Estados Unidos, y el principio de “América para los americanos” se traducirá en la práctica como “América para los norteamericanos”. Ellos se sentirán con derecho a ocupar cualquier país latinoamericano, cuyo gobierno no secunde sus políticas.

7.1.3.-Clausura de la Universidad del Zulia y pérdida de Palmarito.

El Zulia siempre se opuso a Castro y este se vengó humillando y maltratando al Zulia. En septiembre de 1903, ordenó la clausura de la Universidad del Zulia. En el decreto se alegaban las razones de “deficiencia en la enseñanza que allí se impartía” y el “exceso de médicos y abogados en la República”. La verdadera razón era el temor que siempre han sentido las dictaduras y gobiernos personalistas al desarrollo de la cultura y de la inteligencia. Por ello, siempre han maltratado a la educación y han perseguido a los estudiantes. La Universidad del Zulia permanecería cerrada durante los gobiernos de Castro, Gómez, López Contreras y Medina Angarita. Volvería a abrirse en 1946, 43 años después de su cierre, y el Rector de esta nueva época habría de ser nada menos que el eminente zuliano Jesús Enrique Lossada.

La clausura de su universidad acrecentó la oposición de los zulianos a “El Cabito”, como llamaban despectivamente a Cipriano Castro. En respuesta, Castro despojó el 21 de agosto de 1904 al Zulia del puerto y corredor de Palmarito, que fueron anexados al Estado Mérida. De este modo, se continuaba el despojo al Zulia de parte de su territorio que había sido iniciado en 1850, cuando le arrebataron las parroquias La Ceiba y La Ceibita con sus puertos, que fueron entregados al Estado Trujillo.

De nada sirvieron, frente a la usurpación, como no habían servido en 1850, las protestas del pueblo zuliano y en particular de los habitantes de Palmarito que se negaban a perder su zulianidad.

Estas desmembraciones del territorio zuliano no sur-

tieron el efecto que se esperaba, pues Maracaibo continuó como centro indiscutido del tráfico del lago.

7.2.- El Zulia durante la larga dictadura de Juan Vicente Gómez

En noviembre de 1908, Cipriano Castro se embarcaba rumbo a Alemania para curarse de una penosa enfermedad. Dejaba encargado de la presidencia a Juan Vicente Gómez, hombre de su entera confianza. Castro se despidió del país con estas palabras: “Queda encargado de la presidencia de la República el primer vicepresidente, general Juan Vicente Gómez. Rodeadlo y prestadle vuestra cooperación en el desempeño de su alta misión, como si fuera a mí mismo”.

Acababa de zarpar el barco, cuando Gómez vio la oportunidad de alzarse con el mando, apresó a todos los ministros de Castro, los encarceló en la tenebrosa cárcel de “La Rotunda” y le prohibió a Castro su regreso a Venezuela.

Las potencias extranjeras, en especial Estados Unidos, que habían tenido problemas con el gobierno nacionalista de Castro, se apresuraron a reconocer a Gómez y enviaron sus barcos de guerra para defender al nuevo gobierno. A cambio de su apoyo, Gómez prometió pagar toda la deuda externa de Venezuela y entregó las riquezas del país a precio de gallina flaca. Al año siguiente, otorgaba la primera concesión petrolera sobre el Zulia a extranjeros.

Al comienzo, los zulianos, que se habían opuesto con decisión a Cipriano Castro, apoyaron a Gómez

pensando que se iniciaban tiempos de prosperidad para su Estado. El tiempo les haría abrir los ojos.

7.2.1.- Himno y escudo del Estado Zulia

A comienzos del gobierno de Gómez, el presidente del Estado Zulia, José Ignacio Lares, promovió dos concursos a fin de establecer la música y la letra del himno del Estado. Ganó el canto “Sobre Palmas” del afamado poeta zuliano Udón Pérez. El poema cantaba en difíciles versos neoclásicos el esplendor del Zulia y, en clara alusión a los gobiernos de Guzmán Blanco y Cipriano Castro, decía que cuantas veces los tiranos quisieron humillarlo, el Zulia había descargado sobre ellos “su rayo vengador”.

Hubo problemas con la música y en el primer concurso no fue elegida ninguna. Se repitió el concurso y fue elegida la música del maestro José Antonio Chávez, que había sido miembro del primer jurado. El 15 de agosto, el Dr. Lares lo declaraba himno del Zulia. En 1917, también durante el gobierno de Gómez, la Asamblea Legislativa creó el escudo del Zulia. En el párrafo segundo del artículo primero explicaba los símbolos: el barquito sobre el cuartel azul, representa la navegación “la primera y más genuina de las actividades industriales del Zulia”. La torre, sobre el cuartel amarillo, representa el Castillo de San Carlos, defensor de la entrada del lago, y también la fortaleza de los zulianos. El zigzag sobre el cuartel rojo representa el relámpago del Catatumbo y quiere expresar “el perenne y ardiente amor de los habitantes a las manifestaciones intelectuales”. La hoja de plátano significa la fertilidad de la tierra zuliana y la de palma el triunfo de los héroes. El sol escondiéndose

en lo alto del escudo señala la ubicación del Zulia en el occidente, donde se pone el sol. En la cinta de la parte inferior aparecen la fecha del descubrimiento del lago, 24 de agosto de 1499, y la de la adhesión de Maracaibo a la causa de la independencia, 28 de enero de 1821.

7.2.2.- El presidente que ordenó arrojar al lago la estatua de Baralt.

Entre la serie de personajes extraños que el Zulia ha debido soportar en el poder, sobresale el General Gumersindo Méndez, que, a pesar de dar verdaderas muestras de locura, ejerció la presidencia del Estado en los inicios del Gobierno de Gómez. Para “moralizar la sociedad”, ordenó que todos los vagos y maleantes, y cualquier persona que fuera encontrada sin hacer nada, fueran puestos a barrer las calles con un cartel al cuello que decía en letras bien grandes: “POR VAGO”. Esta orden y otras peores aún, se prestaron a muchos abusos, pero los que criticaban el proceder de Méndez eran encarcelados o recibían un castigo semejante.

Con motivo del centenario del nacimiento de Rafael María Baralt, la directiva del Centro Literario del Zulia preparó un gran homenaje al eminente historiador y poeta zuliano, y se dirigió al General Méndez a solicitarle la colaboración de 5.000 bolívares. En vez de atender su solicitud, el General Méndez les dijo que se olvidaran de celebraciones, le echaran una soga al cuello a la estatua de Baralt y la arrojaran al fondo del lago.

Estas palabras causaron un gran revuelo en Maracaibo y el Concejo Municipal, que venía oponiéndose

abiertamente al General Méndez, se apresuró a colaborar con los cinco mil bolívars que había negado el Ejecutivo. Cuando Méndez se enteró, mandó apresar a todos los concejales y los metió presos en el Castillo de San Carlos, que después de haber sido un baluarte de la defensa del Zulia, fue convertido por la dictadura gomecista en una cárcel terrible. Afortunadamente, el General Méndez no duró mucho tiempo en el poder, pues murió el 15 de febrero de 1914 mientras ejercía la presidencia. Por esta vez, fue la muerte la que libró al Zulia de este desgobernio.

Otro gobierno arbitrario, déspota y corrupto, que tuvo el Zulia durante la dictadura gomecista fue el de Santos Matute Gómez, hermano del dictador. Con él llegaron un montón de compadres andinos, toscos y analfabetas que, fueron ubicados como jefes civiles y en otros cargos de importancia y, afirmados en el único derecho que concede la fuerza, se dedicaron a gobernar como les venía en gana. Como su llegada coincidió con la invasión de unos grillos negros, la gente empezó a llamar a estos rudos andinos como los “grillos montañeses”.

Además del castigo de estos gobiernos arbitrarios, el Zulia sufrió otras calamidades durante los primeros años de la dictadura gomecista. En 1918, llegó al Zulia la “gripe española” que contagió al 60% de la población y mató a más de dos mil personas. Al año siguiente, el 19 de agosto de 1919, Maracaibo y los pueblos de la cuenca del lago sufrieron los acosos de un terrible huracán que hundió muchos barcos, tumbó una gran cantidad de viviendas, destruyó los servicios de teléfono y luz y causó enormes daños a la población.

7.2.3.- El impacto petrolero: La “época del chorro”

En 1912 apareció en las calles de Maracaibo el primer automóvil y al año siguiente se iniciaba la explotación petrolera en el Zulia. Cuando un año después, 1914, se perforaba en Mene Grande el pozo petrolero Zumaque Uno, se empezó a vislumbrar el enorme potencial petrolero del Zulia. Ocho años más tarde, el 14 de diciembre de 1922, reventó incontenible en el Campo de La Rosa (Cabimas), el pozo petrolero Los Barrosos Número 2, que inauguró la era del petróleo en Venezuela. La economía y el modo de vida entraron en un acelerado proceso de cambio no sólo en Maracaibo y el Zulia, sino en toda Venezuela. Con la explosión del Barroso 2, Venezuela comenzaba a ser otra y de país campesino y rural se iba a transformar en poco tiempo en país petrolero y urbano.

El Barroso 2 brotó con tal violencia que su chorro sobrepasaba la cabria por más de 30 metros de altura. Durante varios días no pudieron controlar su fuerza y se estuvieron derramando miles de toneladas de petróleo. La gente de Maracaibo y sus alrededores acudía en botes, acercándose cuanto podía, a presenciar ese espectáculo grandioso que ponía de manifiesto el enorme potencial petrolero del Zulia.

Así describió este hecho Rómulo Gallegos, el máximo novelista venezolano, en su obra *Sobre la misma tierra*: *“Y brotó a chorros la providencial calamidad. Aventó válvulas, alzó negra columna gigantesca, inundó tierras, alimentó durante varios días lluvia pringosa esparcida por el viento y bajo la cual se ennegrecieron los campos y pereció ganado; pero hizo brotar también de todas las bocas venezolanas la exclamación esperanzadora: ¡Petróleo en el Zulia!”*

Y Venezuela fue toda caminos rumbo al chorro mi-

lagroso. Primero llegaron los corianos. En largas jornadas de a pie por senderos atropellados de tunas, espineros y sed. De sus nidos de niebla y frío, fueron también bajando los andinos y les costó aprender a sobrevivir en una tierra hecha de fuego. Del otro extremo del país, por los amplios senderos del mar azul, llegaron los margariteños que, para bajarse la melancolía y añoranza de su tierra, y también para ayudarse mutuamente en una región desconocida, se agruparon en “rebullicios”. En las orillas de la explotación petrolera fueron creciendo vertiginosamente las ciudades: Cabimas, Lagunillas, Bachaquero... La propia Maracaibo empezó a transformarse rápidamente y se convirtió en una ciudad moderna y cosmopolita, con todas las ventajas y también inconvenientes que ello ha supuesto.

Fue la época del “Chorro”. Del chorro de petróleo que hacía brotar en las manos de los trabajadores chorros de dinero, que no estaban acostumbrados a manejar. Las compañías petroleras pagaban sueldos que en esos días parecían sueños: hasta seis bolívars diarios cuando en el campo venezolano se acostumbraba pagar un bolívar. Como el dinero se ganaba fácilmente, así mismo se gastaba. Y la ruta del petróleo se fue cargando de negocios, bares, prostíbulos... Tras las huellas de este codiciado oro negro, vinieron a Venezuela hombres extranjeros, plantaron sus torres de hierro, y perforaron una y otra vez el fecundo vientre de la Patria. A raudales siguió brotando el petróleo y el nombre de Venezuela comenzó a ser conocido en el mundo como sinónimo de petróleo. Como buen dictador, Gómez era sólo bravucón con los criollos pero pura miel y servilismo ante las

potencias extranjeras. El enorme potencial petrolero del Zulia fue puesto en manos extranjeras en condiciones de entrega. Las hambreadas masas campesinas fueron un ejército de mano de obra barata a pesar de sus ilusiones de sueldos fabulosos. Dos realidades completamente distintas comenzaron a convivir en los campos petroleros: mientras los venezolanos se agrupaban en barracones inmundos e insalubres, los extranjeros vivían en lujosos campamentos que tenían todos los privilegios y comodidades, y estaban protegidos con cercas y vigilantes para que no entraran en ellos ni los animales ni los venezolanos.

7.2.4.- El General Vincenzo Pérez Soto, presidente del Zulia

En los primeros días de Junio de 1926, llegó a Maracaibo el General Vincenzo Pérez Soto, nombrado Presidente del Estado Zulia en reemplazo del General Isilio Febres Cordero, hombre apacible y tranquilo. Se cuenta que, al nombrar a Pérez Soto presidente del Zulia, Gómez dijo: “Les mandé un Santo (Santos Matute Gómez) y lo corrompieron. Les mandé un Cordero (Isilio Febres Cordero) y se lo comieron. Ahí les mando a Pérez Soto: Con Pérez perecerán y Soto los azotará”.

Hombre de recia personalidad y de una extraordinaria fidelidad a Gómez, Pérez Soto fue, sin embargo, un hombre culto y de ideas progresistas que habría de dejar huella positiva en el Zulia, cuya presidencia ocuparía desde 1926 hasta la muerte de Gómez en diciembre de 1935. Pérez Soto se opuso a los abusos de los grandes hacendados que trataban a sus peones como esclavos, combatió los monopolios y trató de

meter en cintura a las compañías petroleras extranjeras que se habían acostumbrado a considerar que el país les pertenecía y que los venezolanos eran personas sin palabra ni valor. Pérez Soto fue, sin duda alguna, el primer presidente en el Zulia que defendió los intereses de los obreros petroleros venezolanos. Inútilmente trataron las compañías extranjeras de comprarlo, como estaban acostumbradas a hacer con las autoridades del país.

La abundancia petrolera trajo numerosos extranjeros indeseables, entre ellos un enjambre de prostitutas polacas y francesas. Pérez Soto expulsó del Estado a los inmigrantes indeseables, incluyendo a las polacas y francesas, y se esforzó por adecantar las costumbres que se iban relajando con el “chorro” petrolero. Pérez Soto se empenó, sobre todo, por convertir a Maracaibo en una ciudad moderna y progresista. Su paso por el Zulia se tradujo en innumerables obras públicas de trascendental importancia: edificios, avenidas, carreteras, puentes, pavimentación de calles que hasta entonces eran de arena, escuelas, colegios, iglesias, hospitales, institutos de asistencia social, organizaciones culturales, el aeropuerto “Grano de Oro”, mercados públicos, la imprenta del Estado, bibliotecas, mataderos, el servicio del Aseo Urbano... Su obra más importante fue, sin duda alguna, la Basílica de La Chinita, que fue inaugurada con gran solemnidad el 12 de octubre de 1935.

7.2.5.- Disturbios en el Zulia a la muerte de Gómez.

El 17 de diciembre de 1935, el general Eleazar López Contreras, Ministro de Guerra y Marina, anunciaba

al país “la inmensa desgracia nacional” de la muerte de Juan Vicente Gómez, y asumía la presidencia de Venezuela. Según algunos historiadores, Gómez había muerto el día anterior o incluso unos días antes, pero sus amigos ocultaron el hecho para hacer coincidir su muerte con la del Libertador Simón Bolívar que murió un 17 de diciembre. En el momento de su muerte, Gómez tenía setenta y ocho años y con él moría una larga dictadura de veintisiete años.

Cuando el telégrafo trajo a Maracaibo la noticia de que Gómez había muerto en su casa de Maracay, la estación de radio “Ecos del Zulia” se dedicó a invitar al pueblo a que se lanzara a la calle a demostrar su júbilo y alegría por la muerte del tirano. Enardecidos por la emisora, los ánimos se fueron caldeando y la tensión cubrió a Maracaibo. Pérez Soto se encontraba en Maracay, a donde había acudido al enterarse de la gravedad de su admirado Gómez y, al enterarse de la situación en Maracaibo, hizo un llamado a la calma por otra emisora. Pero “Ecos del Zulia” aprovechó para invitar al pueblo de Maracaibo a que rechazara a gritos también al propio Pérez Soto.

Las manifestaciones populares fueron creciendo como un río incontenible. La larga represión saltó como un resorte y el ansia de libertad se fue transformando en anarquía. A los que en verdad querían iniciar un nuevo período, se juntaron los que sólo pretendían pescar en río revuelto. Maracaibo se fue convirtiendo en un reino del caos y de la confusión. Las fuerzas armadas tuvieron que salir a la calle a resguardar el orden y hubo los inevitables choques y enfrentamientos. El joven estudiante cumánés Severiano Rodríguez Hernández cayó abatido en plena

plaza Bolívar. Su entierro prendió la chispa para una larga marejada de violencia y de terror. Hubo momentos de desconcierto, de tensión, y la confusión fue tan grande que las fuerzas encargadas del orden chocaron entre sí y dejaron las calles de la ciudad llenas de cadáveres y heridos. En este ambiente de caos y anarquía, con las fuerzas públicas recogidas en sus cuarteles, llegó la noche. Y esa noche del 21 de diciembre de 1935, fue una de las noches más trágicas en toda la historia de Maracaibo. Hubo saqueos, robos, incendios, muerte, destrucción. La zona comercial de la ciudad quedó en ruinas. Un periodista de “El Universal” escribió en la edición del día 22: “la ciudad parecía ayer noche un botín de un ejército bárbaro a raíz de su victoria”.

También en Cabimas y luego en Lagunillas hubo violentos disturbios que costaron varias vidas humanas. Treinta y siete cadáveres dejó el frustrado asalto en Cabimas a la Jefatura, y en Lagunillas hubo una manifestación, disuelta a tiros, que ocasionó diez muertos y más de treinta heridos. El 24 de diciembre llegaba al Zulia el general León Jurado, enviado por López Contreras a pacificar la región. Con sus tropas logró restablecer el orden y empezó a gobernar como nuevo Presidente del Zulia. Muchos vieron con desagrado este nombramiento pues el general León Jurado había sido uno de los principales colaboradores de Gómez. Un día, aparecieron dos grandes maletas al pie del monumento de Bolívar en la Plaza Principal de Maracaibo. En la mano que extiende el Libertador para saludar con su sombrero, se leía en un gran cartelón: “Si no se va León Jurado, me voy yo, Bolívar”.

7.3.- De la dictadura a la democracia y a la nueva dictadura

Durante el gobierno de López Contreras comenzaron a surgir las organizaciones políticas que darían origen a los principales partidos de hoy, y se robusteció el movimiento sindical que logrará paralizar la industria petrolera con la huelga de 1936, de la que hablaremos más adelante. López Contreras orientó su atención a la salud, la educación y otras áreas sociales completamente abandonadas por la tiranía gomecista. Durante su gobierno, el 24 de diciembre de 1938, se inauguró el acueducto de Maracaibo, que ya había sido iniciado por Pérez Soto. Por fin, Maracaibo contaba con agua potable que llegaba a las casas por tubo. Hacía años que tenía teléfono y electricidad, pero le faltaba este servicio tan fundamental. López Contreras decretó la fundación de Ciudad Ojeda y durante su gobierno ocurrió el espantoso incendio de Lagunillas.

En 1941, el Congreso eligió como Presidente de Venezuela al general Isaías Medina Angarita, ministro de Guerra y Marina en el gabinete de López Contreras y hombre de su entera confianza. Su gobierno se caracterizó por el apoyo a las libertades y el impulso a las políticas sociales, en especial la educación. Nombró Ministro de Educación al eminente maestro zuliano Alejandro Fuenmayor, que promovió la educación primaria en todo el país y propuso una escuela ligada a la producción. “Uno de mis mejores sueños -manifestaba Fuenmayor-, es realizar la escuela-granja, que habrá de hacer de cada niño campesino un hombre consciente de su deber de producción y un factor arraigado a la tierra”.

Durante el gobierno de Medina Angarita, el 18 de noviembre de 1942, fue coronada solemnemente La Chinita. El Presidente, de visita por esos días en el Zulia, fue el primero en firmar el acta de la coronación. Pese al carácter progresista y abierto de su gobierno, el 18 de Octubre de 1945, Medina Angarita, fue derrocado por un golpe cívico-militar, liderado por los adecos, que ya por esos días eran la principal fuerza política del país. Se estableció una Junta Revolucionaria de Gobierno presidida por Rómulo Betancourt. Durante este período, el primero de octubre de 1946, se reabrió, después de cuarenta y tres años de cerrada por capricho de Cipriano Castro, la Universidad del Zulia.

En diciembre de 1947, en las primeras elecciones libres donde participó el pueblo, fue elegido presidente de Venezuela el insigne escritor Rómulo Gallegos, candidato de Acción Democrática. Obtuvo el 75% de los votos; en segundo lugar quedó el Dr. Caldera, candidato de Copei, y en tercer lugar el Dr. Machado, candidato del partido comunista. Rómulo Gallegos asumió la presidencia de Venezuela en febrero de 1948, y cuando apenas comenzaba a implantar su programa de gobierno, fue derrocado por el golpe militar del 24 de noviembre de ese mismo año. Asumió el mando una Junta Militar de Gobierno presidida por el coronel Carlos Delgado Chalbaud, Ministro de Defensa en el gabinete de Gallegos, y los coroneles Marcos Pérez Jiménez y Luis Felipe Llovera Páez, cabecillas de la sublevación militar. Pérez Jiménez fue nombrado Ministro de Defensa y Llovera Páez, Ministro del Interior. Esta Junta Militar de Gobierno expulsó a Cuba al Presidente Galle-

gos, disolvió al partido Acción Democrática y posteriormente al partido comunista, acusado de liderar la huelga petrolera de 1950. La oposición fue reprimida con inusitada crueldad y en Guasina, isla pantanosa en el Delta del Orinoco, abrió la dictadura un terrible campo de concentración.

El 13 de noviembre de 1950, fue secuestrado y asesinado el presidente de la Junta de Gobierno, teniente-coronel Carlos Delgado Chalbaud. Un civil, el abogado Germán Suárez Flamerich ocupó su puesto, pero quien en adelante movería los hilos del poder habría de ser Marcos Pérez Jiménez. En 1952, hubo elecciones presidenciales a las que se presentó la candidatura de Marcos Pérez Jiménez y las de los únicos partidos que estaban entonces legalizados: Copei y Unión Republicana Democrática (URD). Estas elecciones resultaron una tremenda farsa. El ganador indiscutible fue Jóvito Villalba, candidato de URD, pues adecos y comunistas, partidos que estaban ilegalizados, habían recibido la orden de votar por él. Cuando Jóvito llevaba 987.000 votos y en la casa de su partido estaban ya celebrando el triunfo, fue suspendido el conteo de los votos por orden de la Junta de Gobierno, empeñada en imponer a Marcos Pérez Jiménez. De este modo e ignorando por completo la decisión popular que masivamente había respaldado la candidatura de Jóvito, se iniciaba en Venezuela la dictadura de Pérez Jiménez.

Si bien el gobierno de Pérez Jiménez ha sido caracterizado por muchos como progresista ya que le dio un gran impulso a la industrialización del país y a las obras públicas, no podemos justificar su carácter represivo, liderado por la temida policía “la Seguridad

Nacional”, cuyo director fue el sanguinario Pedro Estrada, a quien apodaban “El Chacal de Güiria”.

A pesar de su decidida voluntad de continuar en el poder, la dictadura de Pérez Jiménez fue derrocada el 23 de enero de 1958. El dictador huyó a España y el pueblo venezolano se lanzó a la calle dispuesto a iniciar una época de verdadero progreso y libertad. Tras un breve período de transición, donde ocupó el mando una Junta de Gobierno presidida por el contralmirante Wolfgang Larrazábal, se inició en Venezuela el período democrático que, en sus primeros años, sobre todo durante el gobierno de Rómulo Betancourt, sobrevivió penosamente a los conatos de golpe de estado, a los atentados y a la oposición armada de la lucha guerrillera que, inspirados por el triunfo de la revolución cubana, buscaban establecer un gobierno socialista en Venezuela.

La democracia pareció consolidarse con los sucesivos gobiernos de Rómulo Betancourt (1959-1964), Raúl Leoni (1964-1969), Rafael Caldera (1969-1974), Carlos Andrés Pérez (1974-1979), Luis Herrera Campins (1979-1984), Jaime Lusinchi (1984-1989) y de nuevo Carlos Andrés Pérez, elegido para el período 1989-1994, pero que no pudo terminar pues fue destituido por el Congreso acusado de malversación de fondos. A los pocos días de que Carlos Andrés Pérez asumiera su segunda presidencia, el pueblo venezolano se lanzó a la calle a protestar contra las medidas de ajuste económico tomadas por su gobierno. Tras varios días de saqueos y desórdenes en las principales ciudades del país, el ejército volvió a restablecer el orden a un costo de cientos de muertos.

En febrero de 1992 y de nuevo en noviembre de ese mismo año, el sistema democrático sufrió dos co-

natos de golpe de estado, que aunque no tuvieron éxito, pusieron de manifiesto el agotamiento de un sistema que había abandonado sus ideales de genuina democracia y justicia social y cada vez estaba más penetrado por el clientelismo y la corrupción. Estos golpes militares favorecieron la destitución de Carlos Andrés Pérez y el triunfo en las elecciones de 1993 de Rafael Caldera, que se separó de Copei, partido que él había fundado y del cual había sido líder indiscutible por muchos años, y se presentó como candidato de Convergencia y de numerosas agrupaciones menores conocidas como “el chiripero”.

En diciembre de 1998, ganó las elecciones el teniente coronel Hugo Rafael Chávez Frías, líder del intento de golpe de estado de febrero de 1992, que tras estar preso unos meses en la cárcel de Yare, fue indultado, junto con los otros conjurados, por el presidente Rafael Caldera. Chávez alcanzó una enorme popularidad montado en un discurso anticorrupción y antipartidos. Una vez en el poder, inició un proceso constituyente de refundación total de la República y de implantación de la revolución bolivariana. Si bien logró concentrar en sus manos prácticamente todos los poderes y contar con el respaldo de las mayorías, que ciertamente querían superar la política clientelar e ineficaz del pasado, no fue posible implantar un cambio profundo consensuado y pacífico. El discurso agresivo de Chávez y sus cada vez más evidentes ambiciones y deseos de erigirse en un gran líder a nivel latinoamericano e incluso mundial, y las resistencias al cambio de los grupos privilegiados, contribuyó a ahondar la división del país que se fue polarizando peligrosamente en dos bloques antagónicos.

Al tercer año de su gobierno, se profundizó la crisis económica, política y social que estuvo a punto de hundir a Venezuela en un torbellino de ingobernabilidad. Las acusaciones de corrupción se fueron generalizando, las protestas se tornaron prácticamente cotidianas, y el 11 de abril de 2002, y tras un paro general de tres días y una marcha multitudinaria de la oposición que terminó con un baño de sangre, el presidente fue obligado a abandonar el poder. Lo asumió Pedro Carmona Estanga, hasta ese momento presidente de Fedecámaras y un destacado vocero de la oposición, que intentó abolir los poderes establecidos y borrar de un plumazo todos los cambios implantados por el gobierno chavista. Su gobierno sólo duró, sin embargo, 24 horas y Chávez regresó triunfalmente a Miraflores, rescatado por su compadre, el General Manuel Isaías Baduel, que posteriormente se convertiría en crítico del gobierno chavista y terminaría muriendo en la cárcel

A pesar de sus propósitos de enmienda y su llamado a la rectificación y el diálogo, la división y polarización extrema entre chavistas y antichavistas se agudizaron más y más. La crisis de abril puso en evidencia la grave fractura en el estamento militar, y los rumores de golpe se hicieron frecuentes. La violencia callejera se hizo cotidiana y el país se fue hundiendo en un mar de rumores, zozobra e ingobernabilidad. Para forzar la salida de Chávez, se inició un paro petrolero que causó gravísimos daños a la economía, se hicieron insoportables las larguísimas colas ante las bombas de gasolina para poder llenar el tanque de los vehículos, y empezaron a faltar muchos productos de la dieta diaria. Como consecuencia del paro,

unos 20.000 trabajadores de PDVSA, incluyendo la mayor parte de su gerencia, fueron botados, lo que ocasionaría la quiebra de la empresa y su corrupción, pues los cargos directivos fueron entregados a personas sin la debida capacitación, sin escrúpulos ni ética y con grandes ambiciones.

Como salida democrática y electoral a la crisis, se propuso activar el referendo revocatorio presidencial, figura contemplada en la Constitución Nacional. Tras un largo y muy penoso calvario para recoger las firmas necesarias, pues el Consejo Supremo Electoral, servil al Poder Ejecutivo, obligó a muchos electores a reconfirmar sus firmas, se celebró el referendo el 15 de Agosto de 2004. Según los datos oficiales del Consejo Nacional Electoral, ganó el NO por amplia mayoría, con lo que Chávez fue reconfirmado en el poder. La oposición, sin embargo, argumentó que se había realizado un fraude. El referendo no resolvió, en consecuencia, la aguda crisis de Venezuela que fue agigantándose cada vez más.

Chávez fue creyéndose cada vez más, el nuevo Bolívar que iba a liberar, primero a Venezuela y luego a toda América del yugo del imperio mediante una revolución justiciera que acabaría con toda dominación y explotación y traería prosperidad y felicidad a todos. Fidel Castro vio en Chávez una oportunidad de realizar su anhelada revolución latinoamericana, alimentó su ego y Fidel y Cuba empezaron a adueñarse de Venezuela y a salvar su economía quebrada.

Montado sobre el chorro petrolero y unos altos precios, Chávez empezó a regalar dinero y a comprar conciencias y lealtades dentro y fuera del país. Como Mesías, él era el único poseedor de la verdad y cual-

quier crítica se consideraba una traición. Por ello, se fue rodeando de un grupo de devotos que celebraban sus medidas aunque fueran absurdas. Los cargos se otorgaban a sus amigos sin importar su capacitación y su moral. De ahí que la corrupción fue creciendo como un gigantesco cáncer que terminó destruyendo todo el cuerpo del país. Chávez se fue engolosinando más y más con el poder y terminó esclavizándose a él. “Exprópiase”, repetía a gritos, y los aduladores aplaudían sus medidas sin caer en la cuenta de que así estaban cavando la tumba de la república. Como único Mesías, Redentor del pueblo oprimido, había que garantizar su permanencia en el poder, aunque hubiera que transformar la constitución y acabar con la independencia de los poderes.

Amontonar más y más poder se convirtió en obsesión. La adicción al poder tiene como primer síntoma la necesidad narcisista de ser escuchado permanentemente. De ahí la necesidad de ser la única voz, que necesitaba fluir en interminables peroratas: los interminables “Aló Presidente” y no vacilaba en encadenar los medios para obligar a todo el mundo a escuchar sus ocurrencias, chistes, promesas y amenazas. Como no soportaba los medios críticos, les negó papel, los cerró, los sacó del aire o los compró. Su fantasía principal era lograr un país donde sólo se escuchara su voz y el eco de los que la repetían, con unos medios sumisos que divulgaran sus fantasías y promesas. Los aduladores de oficio se apresuraron a repetir una y otra vez sus palabras y aplaudían frenéticamente sus ocurrencias, sin importar que carecieran de sentido o de posibilidad.

La adicción al poder necesitó recurrir a trampas lingüísticas, donde las palabras sólo significaban lo que él decidía. En su boca, la palabra pueblo, expresión de totalidad, terminó nombrando sólo a sus seguidores. La Patria se redujo a una palabra inflada de retórica, vacía de personas y de rostros. Por ello, defender la Patria equivalía a aceptar sus decisiones y principios, sin importar el dolor y sufrimiento que ocasionaran; si no lo hacían, eran apátridas y traidores.

Como ocupaba la mayor parte del tiempo en hablar y no en gobernar, la mayoría de sus palabras eran anuncios, promesas, declaraciones de lo que iba a hacer y del futuro glorioso que nos esperaba. La incapacidad de ver la realidad que ocasiona la adicción al poder necesita ir acompañada de ceguera voluntaria o interesada de sus seguidores. Algunos, sobre todo al comienzo, actuaban de buena voluntad, seducidos por el discurso redentor, anticorrupción y antiimperialista. Otros lo siguieron por interés pues sabían bien que el disfrute de algunos privilegios pendía del hilo de la fidelidad absoluta. Y cada vez fueron más numerosos los que se acercaron y mantuvieron junto al poder para robar, saquear el erario público y enriquecerse groseramente. La ambición los fue deshumanizando y volviendo insensibles ante la creciente miseria y el empobrecimiento de las mayorías.

El mesianismo chavista iba de la mano con el populismo que, en Venezuela con los altos precios petroleros, alcanzó dimensiones increíbles. Las misiones y regalos fueron acabando con la idea de que el trabajo es el principal medio de producir riqueza y de dignificar a la persona, pues la limosna humilla. Lo que se recibe como regalo, no se valora. Se dilapida. En

torno a las donaciones crecen siempre el oportunismo y la corrupción.. Y también la holgazanería y el vivismo. El supuesto amor a los pobres no combate la pobreza pues busca mantenerlos siempre pobres y dependientes. Las empresas estatizadas empezaron a producir pérdidas, pero no importaba pues había dinero en abundancia para ocultar su quiebra. Proponer la eficiencia y la sana competencia sonaba a traición, a propuestas de los capitalistas que esclavizan al pueblo.

Es bien evidente que el populismo margina a los pobres e impide su superación. Los infantiliza al sobreprotegerlos. Los menosprecia al mantenerlos dependientes. Impide su ciudadanía al convertirlos en mendigos o clientes. La supuesta solidaridad que sólo da y no exige nada a cambio, excepto la fidelidad, margina. Regalando no estamos siendo democráticos. El que da se adueña de lo que pertenece a todos y cultiva la idea de su desprendimiento y generosidad, que alimenta su mesianismo.

Chávez fue reelegido en las elecciones de 2006 y según el Consejo Nacional Electoral, fiel lacayo de los intereses de Chávez, que acabó con la autonomía de los poderes, ganó también en las de 2012, aunque su oponente Enrique Capriles reconoció hace poco que él las había ganado pero que aceptó su supuesta derrota para evitar una guerra civil.

Chávez venía sufriendo de un cáncer muy agresivo y su enfermedad devoró rápidamente sus últimas fuerzas y también sus ambiciones y deseos de vivir. Oficialmente murió el 5 de marzo de 2013, aunque muchos afirman que había muerto en Cuba varios meses antes. Por disposición de un Chávez moribun-

do y por presión de los cubanos, fue elegido como su sucesor Nicolás Maduro, aunque se duda que sea venezolano de nacimiento pues muchos aseguran que nació en Colombia. Con él, la crisis económica, política y social se fue agigantando y Venezuela se convirtió en un país destruido, arruinado, sin servicios, y carcomido por la corrupción.

En conclusión, la supuesta Revolución Bonita ha dejado al país tan feo y destruido, que más de siete millones de conciudadanos han huido de él como de una peste. Las políticas de inclusión resultaron mecanismos eficaces para excluir a los que no se doblegan. La retórica anticorrupción sirvió para alimentar las conductas inmorales y convertirnos en uno de los países más corruptos del mundo. La Revolución del Amor sembró la división y el odio y nos convirtió en un país polarizado e inseguro, donde impera el odio, la violencia, la inseguridad, la impunidad. La hiperinflación sostenida devoró sueldos y salarios, acabó con la seguridad social y convirtió el salario mínimo y la pensión en una cantidad irrisoria que no alcanza ni para comprar la comida de un día. De lo único que no hay inflación en Venezuela es del valor de la vida que cada día vale menos. La propuesta del hombre nuevo multiplicó los pranes, los torturadores, los matraqueros, los narcotraficantes, los delincuentes, los especuladores, los colectivos y grupos guerrilleros y paramilitares.

Las expropiaciones en pro de la productividad y la soberanía alimentaria nos trajeron colas, escasez, desabastecimiento y hambre. ¿Dónde está la producción de las empresas estatizadas y de los fundos zamoranos? ¿Cuántos huevos se recogen cada día de

los gallineros verticales? ¿Cuándo fue la última vez que se comió usted una arepa subvencionada en una arepera socialista? ¿Los huertos hidropónicos han llenado los mercados de verduras y han obligado a bajar sus precios? ¿Ya visitó Canaima o Los Roques en el camastrón? ¿Cuándo fue la última vez que recibió una bolsa clap y qué contenía? ¿No es una verdadera ofensa a Bolívar mantener el nombre a una moneda que no vale nada y todo el mundo desprecia?

La PDVSA del pueblo terminó como una empresa quebrada, improductiva y saqueada por la corrupción. ¿De qué nos sirve alardear de que somos el país con las mayores reservas petroleras si no podemos llenar el tanque de gasolina de nuestros carros? ¿Quién se beneficia del mercado negro de la gasolina?

Durante estos largos años de gobiernos chavista-madurista, Maracaibo ha sido castigada con especial crueldad por su amor a la democracia y por su decidida oposición a los gobiernos autoritarios y dictatoriales. A los gobernantes de la oposición, cuyo triunfo en las elecciones fue tan evidente que no pudieron ocultarlo, le quitaron la administración del puerto, el aeropuerto y el puente sobre el lago, que hoy, por falta de adecuado mantenimiento, está carcomido y semidestruído, y hasta impidieron arreglar las carreteras y la continuación de la autopista Lara-Zulia.

Como lo hizo en tiempos de Guzmán Blanco, Maracaibo resiste, renace de sus ruinas, se recrea permanentemente y está comprometida a convertirse en la ciudad más pujante de Venezuela, en la que se vivan los valores de la genuina ciudadanía.

A continuación, presentaremos algunos de los hechos más importantes que se dieron en el Zulia du-

rante el período democrático, antes de la llegada de Chávez, porque los chavistas no han realizado una obra que merezca la pena a pesar de que, en varias oportunidades, pusieron la primera piedra y la única, al nuevo puente Nigale, .

7.3.1.- La huelga petrolera de 1936

Las compañías petroleras trataban a los obreros venezolanos como si fueran parias. Pero, poco a poco, fue brotando en ellos la conciencia social y empezaron a preguntarse por qué tenían que beber agua del lago si los gringos tomaban agua fría de botellón. Por qué vivían amontonados en barracones insalubres y los extranjeros en confortables campamentos a los que ellos no podían entrar. Por qué el musiú que trabajaba a su lado en el mismo taladro, cobraba seis veces su sueldo por el mismo trabajo... Por qué iban a tener que soportar ser despreciados en su misma tierra...

De las preguntas, se fue iluminando el camino hacia la organización. Y sobre los campos petroleros del Zulia germinó el primer sindicalismo venezolano auténtico. La primera huelga estalló en Mene Grande el nueve de junio de 1925, durante el gobierno de Gómez. Las razones que impulsaron a los obreros petroleros menegranadinos a protestar ante los patronos extranjeros fueron las siguientes: jornada laboral demasiado extensa, condiciones de trabajo extremadamente peligrosas, trato inhumano y déspota por parte de los jefes extranjeros, pésimas viviendas, falta de asistencia médica y un salario de Bs. 5,00 diarios que no había variado desde 1914, y que resultaba ya insuficiente para cubrir las necesidades del trabajador.

En algunos momentos la huelga fue violentamente reprimida e inclusive hubo obreros detenidos. Sin embargo, el tesón y valentía de los obreros los mantuvo en la lucha. La huelga duró aproximadamente dos semanas y finalizó cuando la compañía petrolera aumentó en dos bolívars diarios el sueldo de los trabajadores.

En diciembre de 1935 murió el dictador Juan Vicente Gómez y, a los pocos meses, estalló una gran huelga petrolera, en la que todo el país habría de solidarizarse con las luchas de los trabajadores venezolanos. Los obreros petroleros no luchaban solamente por justas mejoras sociales. Ellos defendían los intereses y la dignidad de Venezuela pisoteados por los extranjeros.

Las compañías petroleras utilizaron su inmenso poder para quebrar la huelga. Los dirigentes sindicales fueron apresados y hubo un tiempo en que el hablar con acento margariteño se consideró subversivo en el Zulia, dado que los obreros margariteños estaban demostrando una decidida voluntad de lucha. A punta de billete, las compañías extranjeras trajeron de los Estados Unidos a un tal Mr. Morton, quien ostentaba el poco glorioso título de “especialista en romper huelgas”. La táctica de Mr. Morton consistió en una campaña psicológica contra el movimiento obrero con el fin de desmoralizarlo: se fingían ruidos en las plantas, se tocaban las sirenas de regreso al trabajo, se prendían los motores..., todo con la idea de hacer creer que estaba reiniciándose el trabajo. Pero los obreros pasaron a la ofensiva y sabotearon las instalaciones eléctricas, las sirenas... y, con su decisión firme y entera, destrozaron las tácticas de Mr. Morton.

También fracasó el plan de las compañías de contratar esquirols, obreros rompehuelgas. El gomecista Pino Jiménez reclutaba campesinos en Falcón ofreciéndoles siete bolívares diarios más alojamiento. Pero al enterarse de que iban contratados para quebrar la voluntad de sus hermanos venezolanos, la mayoría de ellos se negó a trabajar y se pusieron del lado de los huelguistas.

Junto al espíritu combativo de los obreros venezolanos del petróleo, creció como un árbol gigantesco la solidaridad del resto de Venezuela. De todos los rincones del país fueron llegando mensajes de apoyo y aliento, y contribuciones en comida o dinero para mantener la lucha. Los toreros Alberto Perales y El Argoteño hicieron corridas de toros a beneficios de los huelguistas. La bicicleta con que ganó el campeonato de ciclismo Teo Capriles, fue donada y vendida para el fondo prohuelga, y hasta los limpia-botas se ofrecieron a lustrar los zapatos de todos los huelguistas completamente gratis, durante el tiempo que durara la huelga.

Para que no sufrieran necesidades los hijos de los huelguistas, cientos de familias venezolanas se ofrecieron a cuidar de ellos. Y una larga caravana de autobuses hicieron la ruta de Maracaibo hacia Caracas llevando la invalorable carga de los hijos de los obreros petroleros.

Ya iba a entrar la huelga en los cuarenta días, cuando el Presidente López Contreras la terminó mediante su Decreto del 20 de enero de 1937. Económicamente, no lograron mucho los obreros venezolanos: un bolívar de aumento diario, pero esta huelga fortaleció la conciencia social y la dignidad de Venezuela.

7.3.2.- Incendio de Lagunillas de Agua y naufragio de la “Ana Cecilia”

Lagunillas nació como un poblado de palafitos indios a lomos del lago. El nombre criollo lo tomó de ese paisaje de charcos y lagunas que se formaba con la lluvia y las mareas y el desbordamiento del lago. Era un pueblito de pescadores que sólo en las festividades de la Virgen del Rosario de Paraute y de San Benito, sacudía su modorra y el lago se llenaba de canoas y piraguas que llevaban en procesión las veneradas imágenes.

La llegada del petróleo acabó con la tranquilidad de Lagunillas que rápidamente se convirtió en un pueblo abarrotado de gente y lleno de negocios y bares. Entonces, sobre la podredumbre de Lagunillas, se cebó el fuego.

Hubo un primer incendio en 1928. Logró ser controlado y la gente volvió a levantar los palafitos destruidos por las llamas. Dicen que el entonces presidente del Zulia, Pérez Soto, previó la tragedia y quiso prohibirles a las petroleras que taladraran entre los palafitos, pues la atmósfera saturada de gases y el lago cubierto de petróleo constituían una verdadera bomba incendiaria que en cualquier momento podría acabar con Lagunillas.

Viendo los graves peligros que corrían sus vidas y propiedades, algunas personas sensatas se mudaron a tierra y empezó a crecer Lagunillas de Tierra. También lo hizo la Prefectura, la sede del ejército, y el sindicato de obreros petroleros. El 19 de enero de 1937, el presidente de Venezuela, general Eleazar López Contreras, decretó la fundación de Ciudad Ojeda, con la idea de mudar allí a los habitantes de

Lagunillas y arrancarlos de la inminente tragedia. Pero fueron muy pocos los que aceptaron mudarse. La mayoría prefirió seguir viviendo en la turbulencia de los palafitos.

La noche del 19 de Noviembre de 1939, se desató un voraz incendio que arrasó en pocas horas con toda Lagunillas de Agua. Cuentan que Alicia Mendoza, propietaria del tristemente célebre Bar Caracas, estaba alistando su negocio para atender la nutrida clientela que solía frecuentarlo. La mujer fue a prender una lámpara de gasolina, sin caer en la cuenta que tenía un leve escape. Al darle fuego, la lámpara cogió llamas y la mujer lo arrojó al lago que pronto se convirtió en una creciente ola de fuego que arrasó con todo.

El Bar Caracas estaba a la entrada del poblado palafítico y la cortina de las llamas impidió la salida a la gente. Los obreros de guardia de la Gulf Oil Company arrimaron una gabarra a manera de puente hacia el muelle de la compañía, lo que permitió evacuar a muchas personas. Otros se salvaron en lanchas, canoas, o tirándose a las aguas cenagosas. Varios centenares murieron calcinados, otros se ahogaron en medio de la desesperación, muchos perecieron sepultados en el lecho del lago, aprisionados por los objetos que se desplomaban o triturados por las propelas de las lanchas que cumplían labores de rescate. También abundaron los actos de heroísmo: como el de la lavandera Paula que se arrojó al agua con la batea que utilizaba para lavar la ropa y logró salvar con ella a varios niños. Todo el pueblo, estimado en 300 palafitos, quedó reducido a escombros y cenizas.

Nunca se llegaría a saber el número de víctimas. Los sobrevivientes de la tragedia, ahora sí, tuvieron que mudarse a Ciudad Ojeda, bautizada con el nombre del conquistador español que llegó primero a las aguas del lago. Durante muchos años, perduró el rumor de que el incendio fue provocado por las compañías petroleras o por el propio gobierno para desalojar a la gente de esos inmundos palafitos.

Dos años antes de esta tragedia, el 8 de agosto de 1937, el Zulía se había enlutado con el naufragio frente a las costas de Maracaibo de la motonave “Ana Cecilia” que se dirigía a Cabimas. Según el informe que el capitán Soto presentó en el puerto, llevaba a bordo 98 pasajeros, todos ellos hombres. La realidad era que pasaban de doscientos y había también mujeres y niños. Cuando navegaban a la altura de La Arriaga y San Francisco, arreció el viento y a pesar de que algunos pasajeros adivinaron el peligro y le rogaron al capitán que regresara dado que la nave iba muy sobrecargada, no les hizo caso y hasta los amenazó con su pistola.

La “Ana Cecilia” se fue hacia un costado y se volteó. Eran las diez y veinte de la noche. El capitán logró hacer tres disparos pidiendo ayuda pero nadie en Maracaibo los escuchó. Algunos buenos nadadores alcanzaron la playa y notificaron el hecho. Los primeros auxilios llegaron a las dos de la madrugada, casi cuatro horas después de que ocurriera la tragedia. Para ese momento, ya se habían ahogado más de ochenta personas. El dolor en Maracaibo fue indescriptible.

7.3.3.-El puente sobre el lago.

Desde su construcción, el puente sobre el lago de Maracaibo ha estado ligado a la más genuina esencia y vida del zuliano. En cualquier rincón de Venezuela, se identifica a Maracaibo por su lago y por su puente. Pero hay más: el puente se ha metido en el corazón de cada zuliano y lo lleva dentro de él como lleva al lago, a La Chinita y a la gaita. Por ello, todos hemos experimentado la certeza de lo que dice la canción: “Cuando voy a Maracaibo y empiezo a pasar el puente, siento una emoción tan grande que se me nubla la mente”.

A las demás ciudades se entra casi sin darse cuenta, rodando entre el anonimato de chiveras, areperas y ranchos... El puente hace que se entre a Maracaibo como a una fiesta: con el corazón repicando júbilos. Aquí, el puente es puerta y balcón al mismo tiempo: detrás de él se derrama, múltiple y variada Maracaibo, que parece brotar sobre el pecho del calor. El lago repite a la ciudad que crece contra el abismo del cielo.

El puente sobre el lago es una de las maravillas de la ingeniería hidráulica mundial. Tiene una longitud de 8.678 metros con sesenta centímetros. Su ancho es de 17,40 metros, con cuatro vías para vehículos, dos en cada dirección, separadas por una isla en el centro. Para su construcción, fue necesario vencer profundidades de 5 a 20 metros y capas de lodo de consistencia fluida de hasta 35 metros de espesor. Está montado sobre pilotes de 40 a 60 metros de longitud. En su construcción se utilizaron tres millones de sacos de cemento, y en la época de mayor actividad trabajaron 2.860 hombres.

El puente se comenzó a construir en el segundo semestre de 1957, durante el gobierno de Pérez Jiménez, pero cuando en enero de 1958 cayó la dictadura, se hicieron cambios muy importantes al proyecto inicial que era mucho más ambicioso pues contemplaba también una vía de ferrocarril y lugares de turismo y esparcimiento. El puente fue inaugurado el 24 de agosto de 1962, por el entonces Presidente de la República, don Rómulo Betancourt. Como era natural, fue bautizado con el nombre del General Rafael Urdaneta, máximo prócer zuliano de nuestra independencia. Sin embargo, los nombres populares se impusieron al nombre oficial, y todo el mundo lo llama “Puente de Maracaibo” o “Puente sobre el lago”.

El puente fusionó a Maracaibo con el resto del país. Viene a ser como un largo abrazo zuliano al corazón de Venezuela. Antes del puente, Maracaibo vivía cortada del país, y era una ciudad-puerto, abierta más hacia las islas del caribe que hacia Caracas. Después de todo no están tan lejos los días en que viajar a Caracas era una larga y tediosa aventura que incluía sacar pasaporte, pues los barcos hacían sus paradas en las islas extranjeras de Aruba y Curazao.

Es evidente que, con el puente, Maracaibo se hizo mucho más venezolana. Ello tuvo sus indiscutibles ventajas, pero trajo también graves problemas. Uno de ellos, bien serio por cierto, es que precipitó ese proceso ya iniciado desde el comienzo de la explotación petrolera, de dejar de ser ella para parecerse cada vez más a cualquier otra ciudad. Su típica arquitectura de casas de un colorido vibrante, con sus techos de teja y sus gárgolas, con sus amplios ventanales, puertas altas y de doble hoja, por don-

de entraba la brisa que venía del lago, dejó paso a la falsa grandiosidad, anónima y repetitiva, del edificio moderno. El aire acondicionado terminó con puertas y ventanas y Maracaibo dejó de ser una ciudad volcada hacia la calle, abierta a la comunicación. Hoy, las calles del Maracaibo moderno son lugares invivibles. Los amplios parques de concreto son tan sólo habitados por el sopor y la desolación. El típico barrio popular de El Saladillo, enmontado de ruinas y esqueletos de viejas viviendas típicas, es más que otra cosa, un enorme cementerio de la zulianidad.

Es en la reconstruida calle Carabobo y en el barrio el Empedrao donde todavía se pueden escuchar los latidos más hondos del Maracaibo de ayer. Barrio rival del Saladillo, El Empedrao sigue siendo una fiesta para los ojos y para el corazón. Por ello, en ningún otro sitio suena más auténtico el voseo, ni se yergue tan vibrante la altivez de la gaita.

Según muchas tradiciones, la gaita, corazón musical del Zulia entero, nació en El Empedrao, y los empedraeros fueron los primeros en cantarla. Esto está avalado con el hecho de que las gaitas comenzaban el 13 de diciembre, día de Santa Lucía, patrona de El Empedrao. En ese día se desbordaba la alegría con la “bajada de los furros”. Mes y medio duraba la temporada de gaitas, que concluía el 2 de febrero, día de la Virgen de la Candelaria, con la ceremonia denominada “subida de los furros”. Hoy, la gaita suena todo el año, pero al haber sido atrapada en la vorágine de la comercialización, uno teme que deje de expresar latido hondo, correr de sangre. El dinero tiene voz universal pero, por eso mismo, es voz hueca, sin raíces ni verdadero sentimiento.

El puente, que es símbolo y orgullo del Zulia, ha estado desde sus orígenes ligado a una triste historia de problemas, desidia y abandono. Al año y medio de su inauguración, a las 11,55 de la noche del 6 de abril de 1964, el supertanquero “Esso Maracaibo”, de la Creole, cargado con 262 mil barriles de petróleo, perdió el control por una avería, chocó contra la pila número 31 del puente y ocasionó el derrumbe de 255 metros de su estructura. Tres automóviles y una camioneta que cruzaban el puente en esos momentos cayeron al agua desde 40 metros de altura. Posteriormente, se rescataron siete cadáveres.

Con el puente caído, Maracaibo quedó una vez más aislada del país. Tuvieron que volver los ferrys con las largas colas de carros y de gentes, y esa intolerable plaga de je-jén al atardecer.

Ocho meses y siete días después de la catástrofe, el 13 de diciembre de 1964, entró de nuevo en servicio el puente. Fueron pasando los años. El puente, erguido sobre el lago como un colosal arco de triunfo, siguió siendo cabalgadura de carros y gandolas, suscitando emociones y apresuramientos de corazones. Hasta que el informe de los técnicos se convirtió en grito desgarrador en cada zuliano: el puente está enfermo, tiene su estructura corroída, puede derrumbarse.

Durante el gobierno de Luis Herrera Campíns se le cambiaron las guayas y se le hicieron algunos arreglos. Tras muchos trabajos y molestias, volvió otra vez a la normalidad. Pero el descuido y la falta de mantenimiento han vuelto a convertir al puente en una amenaza y un dolor hondo en el corazón de cada zuliano que sufre al palpar su deterioro.

Debajo del puente, enfermo él también, resuella el lago, inmenso corazón del Zulia entero. El lago y el Zulia le han dado a Venezuela la múltiple vida de sus entrañas, han exprimido sus enormes riquezas para posibilitar el desarrollo económico del país. A cambio, sólo han recibido olvido y abandono. El lago es un enfermo sacudido de profundas dolencias, acuchillado sin misericordia por múltiples formas de contaminación. Si antes se podía decir que quien se bañaba en el lago de Maracaibo se hacía poeta, hoy está convertido en la mayor cloaca de América, a la que fluyen derrames petroleros, residuos petroquímicos, diversas sustancias tóxicas, pesticidas, ríos de aguas negras y toneladas de basura. Pero no sólo es el lago: El Zulia entero espera que se haga justicia y se le devuelva en servicios de educación, salud, vivienda, trabajo, transporte...algo de lo mucho que ha aportado con sus inmensas riquezas.

El chavismo tiene una gravísima deuda con el Zulia. La crisis actual sólo la superaremos con más democracia. Más democracia quiere decir en primer lugar elecciones limpias y transparentes, distribución justa del ingreso, dejar gobernar a las autoridades locales, mejores servicios para la población, y mejor trato al ciudadano. Las diferencias abismales entre el lujo de unos pocos y la miseria creciente de la mayoría de la población resultan verdaderamente escandalosas y son un indicador evidente de que la supuesta revolución chavista abandonó una de sus principales tareas: el lograr una vida digna para todos los habitantes. De ahí la necesidad de que todos nos aboquemos a participar en las próxi-

mas elecciones para reconstruir nuestra democracia, que suponga la democratización del poder y el establecimiento de la justicia social.

8.- Chinita de Maracaibo

El personaje más famoso y querido en todo el Zulia es la Virgen de Chiquinquirá, que la devoción popular rebautizó como **Chinita** (Guajirita: en Maracaibo se llama comúnmente a los guajiros chinos).

La Chinita llegó a Maracaibo sobre las ondas del lago como el regalo más maravilloso de Dios. La historia ha sido contada muchas veces y de diferentes formas. El núcleo del relato se mantiene, sin embargo, idéntico: Un día del año 1749, una sencilla mujer acababa de lavar su ropa en las orillas del lago, cuando vio una tablita de madera fina que la recogió por pensar que le serviría para tapar la tinaja de agua de su casa. A la mañana siguiente, cuando se disponía a colar el café, la mujer escuchó unos golpes, como si alguien estuviera llamando. Fue a ver qué sucedía y quedó sobrecogida de asombro al ver que la tablita brillaba y que aparecía en ella la imagen, perfectamente destacada, de Nuestra Señora de Chiquinquirá. La mujer empezó a gritar “¡Milagro! ¡Milagro!” (El Milagro se habría de llamar la calle, hoy una de las principales avenidas de Maracaibo, donde estaba la casita de la lavandera en la que se manifestó la virgen). La gente acudió a presenciar el prodigio y, desde ese día, la casa de la humilde lavandera se transformó en un lugar de veneración de la Virgen, a donde acudían numerosos devotos. Tanto creció la fama de ese santuario popular, que las autoridades eclesiásticas y civiles decidieron trasladar la imagen de la Virgen, en solemne procesión, a la Iglesia Ma-

triz de Maracaibo, hoy Catedral, lugar donde solían asistir las personas más influyentes y acaudaladas de la ciudad. La Virgen era llevada por dos caballeros elegidos por el propio Gobernador. Prácticamente, todo el pueblo de Maracaibo, presidido por sus autoridades, asistió a la procesión. Al doblar una esquina, el cuadro se puso tan pesado que no podían moverlo. Después de muchos ruegos al cielo y súplicas a la Virgen, y como ya se estaba haciendo tarde, uno de los presentes exclamó en voz alta: “Tal vez la Virgen prefiere ir a la iglesia de San Juan de Dios, y no a la matriz donde la estamos llevando”. Esto se tomó como inspiración divina. La procesión cambió de rumbo hacia la iglesia de la gente humilde de Maracaibo y el cuadro recuperó su peso natural. Desde ese día, la Virgen de Chiquinquirá, la querida Chininita, protege desde su templo, hoy basílica, al pueblo zuliano que la ama y venera con especial devoción.. La Chininita fue coronada con gran celebración y regocijo del pueblo zuliano el 18 de noviembre de 1942. En la fabricación de la corona de Nuestra Señora de Chiquinquirá se emplearon ocho kilos y medio de oro de 18 quilates y ciento sesenta y nueve piedras preciosas: brillantes, rubíes, zafiros y esmeraldas. En el año 2004, se inauguró frente a la basílica, un amplio santuario en honor a la virgen. Noviembre en todo el Zulia, y muy especialmente en Maracaibo, es el mes de la Chininita. La celebración, que alcanza su clímax el 18 de noviembre, comienza el último sábado de octubre con la bajada de la Virgen y se enlaza ya con las fiestas de Navidad y año Nuevo. En estos días, la gaita zuliana brota con especial frenesí y la alegría y el fervor inundan el co-

razón de los zulianos. De las numerosas celebraciones que se realizan en honor a la Virgen, tal vez la más impresionante sea el Amanecer Gaitero, donde el pueblo de Maracaibo se congrega en la madrugada del día 18 en la plazoleta de la Basílica a cantarle a la Chinita las Mañanitas y el Cumpleaños Feliz. La fiesta se alarga con el clásico juego de la Chinita entre las Águilas del Zulia y otro equipo del béisbol profesional.

Contenido

Pórtico	5
1.- Leyenda del origen del nombre del Zulia	9
2.- Los primeros habitantes	13
3.- La llegada de los europeos	47
4.- El lento proceso de la colonización	63
5.- La independencia de la provincia de Maracaibo	89
6.- Años de luchas civiles y caudillos	125
7.- El Zulia en el siglo XX	155
8.- Chinita de Maracaibo	195

La primera edición de este libro se diseñó y exportó para su publicación en **Amazon** el día 23 de mayo de 2025, en el Taller Editorial del poeta **Luis Perozo Cervantes**, ubicado en la ciudad de Maracaibo, en el estado federal del Zulia, al norte de Suramérica, en continente descubierto por Cristóbal Colón, dentro del Planeta Tierra; el mismo día pero del año 1942 en que naciera Ylse Judith Godoy Villasmil en Santa Bárbara del Zulia. Licenciada en educación, mención ciencias pedagógicas (LUZ), docente y escritora (poetisa, cuentista y recopiladora de textos infantiles). Autora que aborda temas infantiles y de contenido social en sus textos poéticos y narrativos. Fundadora del grupo Ventana Sur en 1974 y directora de las páginas literarias de Crítica y La Columna, labor donde la acompañó Alfredo Áñez Medina. Con Arcadio Montiel y Carmen Cecilia Rivas ha recopilado cuentos escritos por los niños guajiros, bajo el título de *La serpiente de Ayajui*, obra bilingüe guajiro-español la cual permaneció inédita por años. Se desempeñó como vicepresidenta y como presidenta encargada de la Asociación de Escritores del Zulia, así como vocal de la Federación de Escritores de Venezuela. Obtuvo en la Universidad del Zulia el magister en literatura venezolana. Realizó una obra de promoción cultural en la región y el país.

sultanadellago.com